

EDWIN P. BOOTH

MARTIN LUTERO

Roble de Sajonia

Título original: MARTIN LUTHER, OAX OF SAXONY
Publicado por Round Table Press, New York, 1933.
Traductores: A. A. Lagomarsino y J. De González Massó.

I PLANTACION

LAS MINAS DE HIERRO

1483 - 1497

En la mañana del 11 de noviembre de 1483, Bartolomé Rennebrecher, cura párroco de la iglesia de San Pedro, en Eisleben, bautizó a un hijo de Hans Luther y su esposa Margarita, nacido el día anterior.

Era el día de San Martín, y católicos piadosos como eran, el padre y la madre dieron a su hijo el nombre de Martín. El Padre Rennebrecher tomó al niño en sus brazos, mojó las puntas de los dedos en el agua bendita de la hermosa pila antigua, y tocó suavemente la cabeza de la criatura. "...en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén". Luego hizo sobre la frentecita la señal de la cruz, antiguo símbolo de gloria y humildad, para alejar al diablo y sus obras. Margarita estaba gozosa por haber colocado al niño bajo la protección de la Santa Madre Iglesia, pues ella tomaba en serio la gran lucha entre los mundos invisibles, y trataba de cumplir lo mejor que podía con sus deberes de católica. Terminada la ceremonia, Hans llevó de vuelta al niño a su hogar, y al contemplarlo, Margarita sintió que ahora había comenzado a vivir de veras.

Hans Luther, fuerte y decidido, sin ser tosco, era hijo de la tierra, hijo y nieto de labradores, y se había enamorado de su esposa en el pueblo de ella, Eisenach. Ella pensaba en sus hermosas colinas y valles; en particular una colina, coronada por el glorioso castillo del Wartburgo, dominaba sus recuerdos como los de todo hijo de Eisenach. Sus padres habían sido burgueses. Los Ziegler no estaban seguros de que su hija hiciera un buen matrimonio; hubieran preferido una unión con alguna familia de arraigo en Eisenach. Pero ella no tenía miedo de unir su vida a la de él, porque habían hablado largamente y a menudo sobre la forma en que, cambiando el campo por las minas, podrían avanzar firmemente en la vida. Se quedarían ahora un poco de tiempo en Eisleben hasta que el pequeño estuviera en condiciones de poder viajar, y entonces se mudarían al centro de las actividades mineras y establecerían allí su hogar.

Hans Luther estaba trabajando ahora como jornalero en las minas de Eisleben. Se había criado en el campo, en Mohra, junto con sus hermanos, mayores y menores que él. La costumbre del país era que la casa y la tierra en Mohra le tocaban al hijo menor, no al mayor, de modo que Hans sabía bien que tendría que abrirse camino por sus propios esfuerzos. En viajes que hiciera a Eisenach, había conocido a Margarita Ziegler y se había enamorado de ella, y ahora conocía la suprema alegría de tener un hogar y un hijo. El mismo no estaba completamente seguro de cómo le iría en las minas, pero se sentía capaz para el trabajo, y no titubeó. Era un hombre fuerte e intrépido. Respetaba a la Iglesia, era devoto en las prácticas religiosas, creía, como lo habían hecho sus antepasados durante varias generaciones, en los grandes dogmas de un cristianismo para el otro mundo. Debía mantenerse firme y luchar por el sostenimiento y el adelanto suyos y de su familia. El diablo podía hacer cosas extrañas e inesperadas, las minas eran traicioneras, podían venir pestes pero él no se apartaría de su línea y se conquistaría un lugar de respeto en su mundo. Así pues, con resolución y con confianza en su propia capacidad para abrirse camino, Hans estaba poniendo los cimientos de un hogar seguro. Cuando llevó al niño al sacerdote para bautizarlo, se sentía fuerte y contento.

Hans y Margarita estaban viviendo en una casa de tipo común, pequeña y oscura, en una callejuela estrecha y humilde. Pero estaba cerca de la gran iglesia de San Pedro. En el año en que

los Luther vivieron allí, Eisleben tenía unos cuatro mil habitantes; siendo una aldea de quinientas almas, había crecido con rapidez después de la apertura de las minas. Ellos no tenían allí ni amigos ni parientes, de modo que eran relativamente extraños. Pero la circunstancia de que hayan estado allí ha dado renombre a Eisleben, aunque en lo único que ellos pensaban en la mañana de aquel diez de Noviembre, era en el advenimiento de su primogénito.

Durante aquel invierno de 1483-84, Hans trabajaba, Margarita cuidaba la casa, y el niño crecía. Pero Eisleben no satisfacía las esperanzas de la familia, y a principios del verano se mudaron a Mansfield. Aquí estaban en el centro de uno de los principales distritos mineros, y Hans abrigaba la esperanza de poder arrendar una mina por su cuenta. Los condes de Mansfield, que habitaban un hermoso castillo de piedra sobre una colina cercana, estaban interesados en el pueblo, cuidaban su prosperidad y estimulaban a los trabajadores, Quizá Hans conociera el dicho entonces corriente: "Al que Dios ama, lo hace vivir en Mansfield". Los primeros meses en su nueva residencia no fueron fáciles para los esposos Luther, ni tampoco los primeros años. La competencia económica no da frutos fácilmente, y los recién llegados tuvieron que luchar mucho.

Cuando Martín llegó a ese período de la vida en que acuden a la mente los recuerdos, veía a su madre acarreando leña para el fuego del bosque que estaba más allá de la aldea; veía cómo la pesada carga de haces la hacía encorvarse bajo su peso; la veía acercarse lentamente la casa; oía el suspiro de alivio cuando la carga se deslizaba hasta el suelo, junto a la puerta. Pensando en esto, años más tarde, dejaba que la imaginación construyese experiencias tal vez más severas que la realidad. Llevar leña del bosque era la tarea común de las esposas de los obreros. Margarita no se había equivocado en cuando a las capacidades de Hans, en los días de su noviazgo; ahora veía su constancia en el trabajo y los frutos crecientes de éste, y vislumbraba un futuro de bienestar. La vida transcurría normalmente, y Martín se maravillaba ante los hermanitos y hermanitas que llegaban para compartir el amor familiar.

Los padres de Martín aceptaron las obligaciones de la educación de sus hijos, y desde temprano instituyeron una rigurosa pero justa disciplina. Había que obedecer, y Martín supo más de una vez, para su propio desconsuelo, que ni su padre ni su madre estaban dispuestos a dejar pasar sin castigo una falta. Hans castigaba severamente, pero con justicia. Quería sacar buena a su familia, y lo conseguiría. Su determinación en cuanto a las vidas de los suyos era cada vez más firme. A medida que mejoraba su posición y aumentaba el respeto de sus conciudadanos, crecía en dominio propio y en determinación en cuanto a su familia. Martín, al entrar en los años de la adolescencia, siguió naturalmente los hábitos quizá irritantes, pero bien conocidos, de nuestra humanidad.

Era inevitable, pues, un conflicto entre el recto y expeditivo Hans y su hijo. Faltas leves eran castigadas por el padre severamente. Martín guardaba el resentimiento contra su padre durante horas o quizá días, según la ocasión, para de nuevo amarle cuando un nuevo día traía nuevos intereses y nuevo compañerismo. El hogar estaba orientado según normas estrictamente cristianas, y su severidad turingia no indicaba ni falta de amor ni brutalidad. Martín tenía ciertamente temor a su padre y su madre, pero era un temor basado en el conocimiento de que a cierta actividad indeseable habría de seguir determinada retribución. El amor que alumbró el hogar de Eisleben en 1483 nunca estuvo ausente del hogar de Mansfield. Los nuevos hijos eran tan amados como Martín, y toda la atmósfera llevaba a las vidas en capullo de los niños un sentido de protección y afecto. Mucho después ha de decir Lutero a manera de oráculo, que el miedo inculcado en él en su infancia lo llevó al monasterio. Así es como habla un teólogo. Ese miedo de la infancia es la mayor y más extrañamente amable experiencia en la vida humana cuando un padre y una madre vuelcan toda su ansiedad en la corrección de sus hijos. El amor de

Hans Luther ha de seguir a su hijo Martín a través de vicisitudes tales como pocos padres afrontan, y no ha de faltarle.

Hans y Margarita están edificando bien en Mansfield. Muchas veladas tranquilas debe haber pasado la familia en feliz compañía. Allí en Mansfield se han de haber echado las bases de aquella noble vida familiar de años después en el hogar de Witemberg. Las largas noches de invierno alrededor de la gran estufa enlozada, y la luz del crepúsculo en las tardes de verano vieron la realización de los sueños juveniles de Hans y Margarita y dejaron las marcas del amor de la familia en los tiernos corazones reunidos a su alrededor.

Su madre le enseñó a Martín el Padrenuestro, cuyo pleno significado sólo habría de comprender con los años. Lentamente dominó los Diez Mandamientos, recitándolos al padre y a la madre, quienes le enseñaron cómo el quebrantamiento de uno solo le acarrearía un terrible castigo eterno. También le enseñaron el Credo de los Apóstoles. Valientes palabras que ellos mismos no entendían muy bien pero palabras sobre las cuales estaba construida la Iglesia; palabras tan espléndidas para ser memorizadas por el muchachito, como para ser cantadas por el coro de la catedral. Le hablaron del Dios que crea y gobierna, que vigila, recompensa y castiga. Le hablaron del Cristo que había venido para salvarle, y cantaban con él las tiernas y patéticas canciones de Navidad tradicionales de Turingia. Sus labios pronto pudieron modular el bello "Uns kommt ein Schiff geladen", como los labios de nuestros pequeñuelos aprenden pronto su no menos hermoso "Venid pastorcillos".

Los cantos y las imágenes le presentaron el pequeño Cristo de amor a la vez que el supremo Cristo del Juicio. Le enseñaron que Cristo está sentado en su trono para juzgar a los vivos y a los muertos, que será inexorable en su exigencia de una vida santa, y que su ira es terrible. Cuando cada semana lo llevaban a la iglesia, Martín contemplaba con singular y creciente comprensión la colorida vidriera del ventanal donde un Cristo de aspecto tonante blandía una espada. Le hablaban de los santos que con benévola misericordia le ayudarían si acudía a ellos, pues estaban dispuestos y deseosos de interceder por él ante el gran Juez. No de una vez, sino poco a poco, a medida que pasaba de los cuatro a los cinco, a los seis, a los siete años de edad, iban fijándose en su mente estas vivas enseñanzas. Quizá por ser el primogénito, recibiera más atención, aunque no más amor, que sus otros hermanos, y desde temprano su mente se hizo sensible a la existencia del mundo del espíritu. Sabía que Hans, su padre, tan seguro de sí mismo, tenía una extraordinaria certidumbre de la obra del diablo y de la necesidad de los santos. Observaba a su madre cuando estaba de rodillas ante el crucifijo, y sentía que debía haber realmente alguna fuerza sagrada que comunicara tan extraña belleza a aquel rostro que le era tan conocido. Oía a sus padres rogar con fervor y sinceridad a Santa Ana, protectora de los mineros, y él también en la medida de sus fuerzas, le dirigió más de una balbuceante oración.

Los años anteriores a su ingreso en la escuela estuvieron ocupados con los juegos y trabajos normales de esa edad, con las enseñanzas de la religión ancestral, con el miedo al castigo y el temor de Dios, con la indiscutible absorción de la piedad tradicional y con un sano respeto y amor por Hans y Margarita, sus padres. Y a medida que él crecía, su padre se elevaba a una posición de respeto y afecto en la comunidad. Hans era amigo del cura, cantaba bien y vigorosamente en las festividades de la iglesia, e intervenía cada vez más en los asuntos de la parroquia. Cuando Martín tenía ocho años y cursaba el primer año de la escuela, su padre fue elegido concejal del municipio, cargo en el cual habría de continuar actuando con eficacia hasta su muerte. También comenzó a aliviarse la carga de la pobreza, pues ahora Hans trabajaba por cuenta propia como contratista de minas y fundiciones. De modo que la familia prosperaba, y Martín entró en la escuela pública de Mansfield como hijo de una familia próspera y respetada. Nunca sabremos qué pensó Margarita Ziegler Luther aquella mañana de 1490 en que su hijito

bajó por primera vez la estrecha y tortuosa callejuela, en dirección a la plaza, y dobló a la izquierda para cruzar la calle y entrar en la escuela. Tal vez sus otros hijos exigieran tan pronto su atención, que no tuvo mucho tiempo para pensar en Martín. Pero el chico había entrado en un mundo distinto. El objeto de la existencia de la escuela era la enseñanza del latín, no la instrucción de los niños de Mansfield. Los métodos eran rígidos y brutales, los maestros torpes y nada amables; toda la atmósfera era tal como para llenar de disgusto y aun de odio la mente de cualquier niño. Memorizar lentamente y sin interés alguno las reglas de la gramática latina, del texto milenario de Donato; ser golpeada por el preceptor cuando la memoria flaqueaba, lo mismo que por quebrantar la disciplina; ser obligado a hablar en latín en lugar de alemán: ésta fue su suerte durante los primeros años. Había días de gran excitación e interés, desde luego, cuando llegaban las festividades religiosas y la ciudad entera se entregaba a la celebración, pero la escuela era siempre una carga pesada para los muchachos. Ni torpe ni rebelde, Martín progresó bastante bien durante los primeros años. Según la generalizada costumbre de la gente de Mansfield, cantaba con hijos de ricos y pobres, en más de una serenata callejera, y en el coro de la iglesia. Sus ropas y su alimentación eran las corrientes, y estaba satisfecho. Pero la escuela de Mansfield no era el lugar que más le interesaba; su interés estaba en otros sitios: allí donde estaban sus hermanitos, donde su padre, estimulado por la cerveza fuerte de Mansfield, les cantaba y les narraba cuentos. Mucho después, Martín habría de trazar un cuadro, ciertamente amable, de su padre "achispado", en el cual nos muestra a un Hans jovial, bien humorado y apreciado por todo el mundo. Allí se nos revela el verdadero Hans Luther, olvidadas las faenas del día y relajada la severidad de la disciplina, mientras la amistad, la vida hogareña y el profundo buen humor alegraban la velada.

Mientras los maestros de Martín, a fines de su segundo curso y principios del tercero, hacían todo lo que estaba a su alcance para sujetar su mente a la rutina implacable de las reglas gramaticales, estaban ocurriendo en el mundo sucesos de importancia casi increíble. El ritmo de la vida del escolar de nueve años, en la escuela de Mansfield, no se alteró para nada en el año 1492, y, sin embargo, el mundo en que había nacido estaba desapareciendo. Mientras él estudiaba las viejas declinaciones, los marineros de Colón contemplaban entre aterrorizados y esperanzados las interminables leguas del océano. Mientras él corría del estudio al juego, Lorenzo el Magnífico yacía agonizante en Florencia, honrando en lo íntimo de su corazón la inquebrantable rectitud de Savonarola, y cuando murió Lorenzo, murió también la ciudad-estado que había sido la gloria del Renacimiento. Mientras Martín recogía leña en el bosque cercano y ponía en orden el patio, Rodrigo Borgia ascendía al trono de San Pedro para llevar a su culminación la fatal secularización de la Iglesia que aquellos campesinos del norte apreciaban tanto. Mientras él participaba en las veladas de sobremesa en su hogar, otro hogar en la lejana España se regocijaba con la llegada de un varoncito al que llamarían Ignacio. Mientras él jugaba a la guerra con los otros niños de Mansfield, los ejércitos aliados de Fernando e Isabel, en una última carga de caballería arrojaban de España a los moros, y enarbolaban sobre Granada el estandarte cristiano. Mientras él se estaba en casa, mirando cómo su madre arrullaba a un hermanito menor, otra madre cuidaba a dos pequeños hermanitos, Arturo y Enrique, de tres y un años de edad respectivamente, mientras su esposo, Enrique VII, llevaba a cabo con éxito una vigorosa campaña para nacionalizar a Inglaterra. Y hacia fines de aquel año, bien pudo haber oído a algún vecino comentar con su padre la noticia de que Maximiliano iba a ser el nuevo emperador del Sacro Imperio Romano, al cual su pueblo debía obediencia. Para él y sus mayores en Mansfield, la tierra estaba fija y quieta; empero mientras al pequeño Martín le enseñaban que era plana e inmóvil, un joven llamado Copérnico estaba quemándose las pestañas sobre sus libros en la Universidad de Cracovia. Pequeñas naves y grandes hombres estaban en movimiento, se

levantaban tronos, se derrumbaban antiguas verdades, el fuego que había consumido a Hus se aprestaba para Savonarola —y en Mansfield, Martín, el escolar de nueve años aprendía su latín, cantaba sus canciones populares, amaba a los suyos, soñaba los sueños de la niñez.

MUSICA ANCESTRAL 1497 - 1501

Durante el invierno de 1496-1497, Hans Luther tuvo muchas conversaciones con su amigo, Reinicke, acerca de sus hijos. Martín, el hijo mayor de Hans, tenía ya trece años y Juan, el hijo mayor de Reinicke, más o menos la misma edad. Ambos muchachos habían asistido juntos a la escuela en Mansfield, y había llegado el momento de que prosiguieran sus estudios, en algún pueblo más importante, o los abandonaran para empezar a trabajar. Pero Hans quería que Martín siguiera estudiando, pues era un joven de promesa, que podría seguir una profesión, posiblemente la abogacía.

En el pueblo cercano de Magdeburgo, mucho más grande que Mansfield, había buenas escuelas; vivía también allí un amigo común de ambos, Pablo Mosshauer, quien podría hospedar a los muchachos. Las prácticas educativas de la época exigían un cambio de escuela cada tanto, y era hora de que los muchacho se valieran a sí mismos. Habían dejado atrás ya la niñez, y tenían que entrar en la lid, donde tendrían que probar su coraje y capacidad. Así pues, ambos padres convinieron en enviar a sus hijos, juntos, a la escuela en Magdeburgo. Martín y Juan recibieron la noticia alegremente. Eran íntimos amigos, y habrían de seguir siéndolo toda la vida, y estaban ansiosos por romper con Mansfield y entrar en las nuevas actividades en Magdeburgo.

Podían disponer de algún dinero, naturalmente; pero no mucho, y los muchachos tendrían que arreglárselas como mejor pudieran, mendigando y cantando por las calles. Ambas cosas eran aceptadas como actividades corrientes de los "estudiantes vagabundos", a quienes leyes especiales protegían de la autoridad común de la policía y concedían ciertas libertades. Hicieron con sus ropas un lío lo más liviano posible, para poder llevarlo a la espalda; reforzaron sus zapatos para la larga caminata; prepararon su comida; escribieron cartas a Pablo Mossahuer; les dieron el dinero, y todo estuvo listo.

La vida tomó un ritmo acelerado desde el momento en que Martín dijo adiós a sus padres y hermanos, echó al hombro su atado, y tomando un bastón se unió a su amigo Reinicke y juntos tomaron el angosto y serpenteante camino que de Mansfield llevaba a Magdeburgo.

Martín era robusto y bien desarrollado cuando partió para Magdeburgo, en la época de Resurrección, de 1497. Acostumbrado a la rígida disciplina de su hogar, por lo general podía dominar su temperamento vivo. Ingenuo, espontáneo, su risa era abierta y cordial. Gozaba de la vida y andaba por ella con una inconsciente felicidad. Religioso a la manera de los suyos, aceptaba como la verdadera fe cristiana lo que sus padres y los sacerdotes le habían inculcado.

Sensible a la belleza, conocía las flores nativas de Mansfield, amaba a sus campos y bosques, contemplaba con tranquila serenidad sus colinas. Lo que nosotros consideramos tosquedad y rudeza en el habla y los modales, eran para él y sus compañeros la expresión normal de la civilización de sus días. En comparación con sus congéneres y su época, la única comparación válida, Martín poseía un mayor grado de sensibilidad a la belleza y a las cosas del espíritu que lo que era de esperar en un adolescente de trece años.. No era malhumorado, más allá de lo normal; ni indisciplinado en el hogar o la escuela, ni tenía ninguna anormalidad ingénita. No adoptaba decisiones importantes independientemente de la voluntad de su padre. El viaje a Magdeburgo lo hizo porque su padre lo resolvió. Hans era de voluntad fuerte y estaba decidido a

dirigir él el desarrollo de su hijo. Martín crecía así en el temor, temor saludable, eso sí, al juicio de su padre, y vivía con la firme certidumbre del apoyo de su familia.

El camino no era largo para unos muchachos fuertes y decididos como ellos y así pronto descansaron en la casa de Mosshauer, en Magdeburgo. Se ignora dónde vivió Martín Lutero durante su estancia en esa ciudad pero es probable que el propio Mosshauer le ofreciese albergue todo el tiempo. Fue en Magdeburgo donde Martín conoció lo que eran el hambre y la pobreza, pues aunque cantaba por las calles para ganarse el pan, y aunque la voz y el amor por la música que siempre tuvo convertían esta necesidad en un placer, no eran atributos suficientes para asegurarse un buen vivir.

Magdeburgo, sede de un arzobispado de prominente lugar en asuntos de la Iglesia y el Estado, contaba con una hermosa catedral cuya excepcional arquitectura era orgullo de sus ciudadanos. Adjunto a ella, según costumbre de la época, se alzaba la bien conocida escuela catedralicia donde los estudiantes recibían nociones sobre lógica, retórica, dialéctica a más de doctrina y teología, estudios adicionales, desconocidos en Mansfield y a los que Martín asistía con regularidad. Asimismo, ocupó su lugar en el coro de la Catedral, penetrando inconscientemente en la liturgia de su iglesia. Más importante para él que todo esto, fue el nuevo carácter de sus maestros, los Hermanos de la Vida Común, tan distintos a los ásperos maestros de la escuela municipal de Mansfield.

Basada en la piedad de Gerardo de Groote y su primer discípulo Florencio Radewijns (en Deventer, Holanda), la Hermandad poseía dos objetivos: educación y servicio social. Poseído por el más alto ideal de servicio, Groote practicó sus propios principios, muriendo al ministrar a las víctimas de la peste bubónica, cuando ésta invadió Deventer.

En el terreno de la educación, los hermanos siguieron la práctica de establecer escuelas con el propósito de formar en sus alumnos un carácter cristiano, factor más importante para ellos que la adquisición de conocimientos. No es de extrañar que bajo su influjo un mundo nuevo de simpatía y compañerismo se abriera ante los ojos de Martín, para quien el poder de la disciplina había sido la norma habitual.

Y no fue sólo Lutero quien experimentó esa influencia, sino que un buen número de líderes de la Reforma la recibió en sus años formativos. Erasmo, Calvino, Loyola, Juan Stroom de Estrasburgo y muchos otros, conocieron los efectos de la tranquila, e ilustrada piedad de los Hermanos, cuya regla de vida fue establecida e inmortalizada en el Kempis por Tomás, quien se esforzó por seguir las huellas del dilecto Groote, cuya biografía había asimismo escrito.

Así, día tras día, durante el otoño y el invierno, con sus catorce primaveras Martín siguió la senda de la educación bajo el vigilante cuidado de hombres dedicados a la profesión pedagógica, absorbiendo de ellos mucho más en espíritu e intuición de lo que jamás imaginara.

Magdeburgo estaba también llena de otras órdenes de la Iglesia, y el muchacho se familiarizó con la extraña y a la vez hermosa devoción de los ascetas, quienes despreciando el mundo buscaban severamente la disciplina.

Consciente de la ambición de su familia y lleno de respeto por sus superiores, Lutero fue vivamente impresionado a la vista de un príncipe de la casa de Anhalt que se humillaba a mendigar por las calles de Magdeburgo. Insuficientemente vestido, cansado y enflaquecido se esforzaba luchando por crear los "buenos hechos" de la penitencia. ¡Qué mundo extraño, por cierto, aquel en que siguiendo el impulso de sus conciencias los príncipes seguían el camino de los pordioseros! Este cuadro quedó indeleblemente grabado en la mente de Martín. De los Hermanos recibió la fe católica en toda su pureza. Nunca inculcaron la menor rebelión contra la doctrina en la mente de Lutero. Ellos pusieron en su vida, por el ejemplo y el precepto, la preciada esencia de la piedad histórica de la Iglesia. Vivir en verdadera sencillez, evitar el.

pecado, tomar en serio las obligaciones y los deberes, servir continuamente y sin temor las órdenes de la conciencia, rehusar la riqueza, la importancia y las posiciones, escarnecer el pecado en todo lugar, sentir la mística satisfacción asequible al cristiano en la oración... En la doctrina, simples y obedientes en la vida, tranquilos, sinceros, con pleno dominio de sí mismos. Estos eran los Hermanos. Y en el carácter de Lutero, religiosamente sensitivo por naturaleza, esta tranquila bondad y firme paz se hundió profundamente.

Era feliz aquí, en la escuela, y prosperaba en estudio y carácter; pero el pan era difícil de ganar y no había ningún pariente cerca para mantener un contacto familiar con él, por lo que a menudo anheló la llegada del verano para poder regresar a Mansfield.

Cuando volvió a casa, Hans y Margarita vieron que había crecido; su latín era mejor, sus hábitos más regulares y continuaba siendo el mismo muchacho incólume de siempre. Cuando se habló de estudios superiores, sus ojos se iluminaron, describiendo con entusiasmo sus estudios y a los hombres que habían sido sus maestros en Magdeburgo. Pero Margarita recordó a los suyos y a su hogar en Eisenach y sugirió que fuese allá por un año. Allí su familia podría vigilar a su hijo mayor y él podría recorrer las calles que ella tan bien conocía. Allá había tres hermosas iglesias, muchos monasterios, y tanta actividad religiosa que una de cada diez personas estaba ocupada en asuntos de la Iglesia.

Los Luther no estaban insatisfechos con el año en Magdeburgo, pero Eisenach les parecía un lugar mejor para su hijo. No se conoce una razón mejor para el cambio, que en Eisenach estaba el hogar familiar de Margarita. Así pues, los preparativos fueron hechos. La escuela anexa de la iglesia de San Jorge, dirigida por Juan Trebonius, acogió a Martín. Lutero tuvo con Trebonius una deuda de gratitud toda su vida. Este enseñaba según la costumbre medioeval, con el sistema de conferencia y preguntas, texto y recitación de memoria, pero poseía el gran don de la enseñanza que pasa sobre todo método para llevar su poderosa inspiración al estudiante. Tan sensible era Trebonius a las posibilidades de sus estudiantes, que él y sus ayudantes se quitaban el birrete magistral cuando entraban en las clases superiores, en tácito reconocimiento de los futuros méritos de sus discípulos. Bajo él, Lutero encontró nuevo entusiasmo en el antiguo Trivium y Cuadrivium de la escuela latina medioeval.

En Erfurt le aguardaba el mundo nuevo de las "humanidades", pero aquí el viejo mundo de la gramática, retórica y dialéctica, le era enseñado con experta pericia por la cual estuvo siempre agradecido.

Eisenach le trajo muchas cosas aparte de la escuela. Sus parientes fueron benévolos para con él y en especial Conrado Hutter, parece haberse ganado el afecto del joven Martín; pero además otras familias entran ahora en su vida. El cantaba como en Magdeburgo, en las calles, y aceptaba comida a cambio; mas ahora no dependía de su cantar y mendigar para su vida, ni conoció más el hambre.

Pasado su primer año de permanencia en Eisenach, es seguro encontrarle en casa de una de las dos familias en cuyas casas halló un segundo hogar: los Schalbe y los Cotta.

Los Schalbe, familia rica e importante, desempeñaron por muchos años cargos de honor en la vida municipal de la ciudad. Sostenían una fundación para una orden monástica llamada el Kollegium. Lutero era bien conocido por los monjes de ese Kollegium, en cuya compañía pasó mucho de su tiempo. Los Schalbe ponían los intereses de la Iglesia y la vida de la devoción sacerdotal o monástica por encima de todas las demás cosas, y su influencia se deja sentir sobre el muchacho que los amaba. Los Cotta también llenaron su corazón. La historia de que Frau Cotta lo recogió cuando estaba azotado por la pobreza y el hambre, no es digna de crédito. Es más aceptable que le oyera cantar en el coro de la iglesia, y agradándole el joven lo llevara a su casa, comenzando de este modo una amistad de gran valor para Martín, ya que en este hogar

conoció todo lo grato de las costumbres turingias. No hay que olvidar que hasta este momento conocía sólo la parte más severa de dichas costumbres. Aquí cantaba los cantos tradicionales populares de carácter más libre que los restringidos por la tradición religiosa; aquí bebía, reía y danzaba, aquí conoció la amplia libertad de un grupo de amigos del corazón. El gran don social de la señora Cotta amenazaba sus veladas haciéndolas agradables y tranquilas. De este modo, los hábitos vulgares adquiridos en Mansfield y Magdeburgo, fueron suavizados en los tres años que vivió en Eisenach. No le faltaron los viajes a su hogar, y el trato con su propia familia y sus amigos después, llenaron esta época de su vida de felicidad. Dos profundas tradiciones le esperaban en Eisenach: Santa Isabel y Juan Braun.

Nacida en alta y rica cuna, Santa Isabel había oído el llamado de la pobreza cristiana practicada por San Francisco de Asís. Rechazando las comodidades de su situación social, tomó el hábito de la Tercera Orden de San Francisco y dedicó su vida al servicio del enfermo o necesitado. Hospitales, conventos e iglesias en Marburgo eran testigos de su abnegación, y su dulce espíritu estaba aún vivo en el corazón de todo turingiano.

La mente juvenil de Lutero fue de tal modo cautivada por la belleza espiritual de la santa, que a menudo, consideraba la felicidad de la vida de consagración; pero la afectuosa Úrsula Cotta no le permitía alejarse demasiado por esos senderos, describiéndole en cambio el atractivo de la vida de amor y matrimonio, no cediendo totalmente al sentido general de Eisenach de valorar la religión sobre toda otra cosa.

Juan Braun, vicario de la iglesia de Santa María, era un hombre de una rica y variada experiencia. Mucho mayor que Lutero, tenía la costumbre de cultivar la amistad de los jóvenes que venían a la escuela de Eisenach. En sus habitaciones se reunían en largas veladas de conversación y canto. Era un excelente músico y le enseñó mucho a Lutero. Este amaba la música y desde temprana edad había pertenecido a los coros de iglesia en Mansfield, Magdeburgo y Eisenach; ahora Juan Braun le enseñaba sus conocimientos de una manera sistemática y afectuosa. Juntos tocaban distintas liases de instrumentos y estaban hasta tarde en la noche. El hecho de que Braun fuese un hombre de una profunda experiencia religiosa influyó sobre Martín de tal modo, que éste se afirmó en el supremo valor de la vocación religiosa. Braun ha de haberle contado muchas veces sobre las luchas que precedieron a su decisión de tomar las órdenes sagradas y de la honda paz que siguió a ella. Es fácil imaginarse a Lutero caminando hacia casa en medio de la apacible quietud de la noche, por las tranquilas calles de Eisenach, dando vueltas en su mente a la importantísima cuestión de su propia vocación. Poco a poco su corazón se tranquiliza ante las posibilidades de poder también él llegar a ser sacerdote, y con esta momentánea decisión, ligero el corazón y alegre el rostro, llega a casa. Luego, con el nuevo día le rodean los viejos intereses; su padre quiere hacerle seguir leyes, es necesario, pues, dejar para más adelante su decisión de la noche.

Entretanto, bajo el encantador Wartburgo, el hermoso valle despliega ante él su poderosa belleza terrena. Martín conoce todas las flores, todos los animales que viven en el valle. La inmensa mole del grisáceo castillo le habla del poder de las armas teutonas contra el enemigo; aquí flota la belleza etérea de Santa Isabel; y quién sabe si todavía los cánticos de algunos peregrinos atravesando el bosque le recuerdan que los trovadores tenían aquí su concurso. Pero no imagina que Dios iba a ser para él como "ein Feste Burg"¹ y que serían los muros de ese castillo los que le ocultarían al odio del emperador español y del papa italiano.

Su mente y su corazón aumentaban en conocimientos en esta atmósfera feliz y, no obstante, las raras supersticiones del lugar le eran tan reales como al más humilde de los

¹ "Castillo fuerte".

labriegos. Una astilla de la cama donde durmiera Santa Isabel libraba del dolor de muelas; las reliquias de la Santa curaban a los lisiados; podía obtenerse una indulgencia visitando la tumba de Heinriels Raspe, hombre de extraordinaria santidad; la imagen de la Virgen y el niño situada en el claustro dominicano, ofrecía a los fieles el sorprendente milagro de ver al niño volverse hacia ellos si la ofrenda era lo suficientemente importante... Estas supersticiones, tan numerosas como incontables, sumadas a las fábulas de las "viejas", también considerablemente abundantes, formaban un extraño y oscuro mundo en el que el diablo se movía con sorprendente secreto; únicamente se estaba a salvo de él por el uso de los medios de salvación brindados por la Iglesia y sus tradiciones. Tal era el ambiente en los días de Lutero, y éste, de una mentalidad sólida y terriblemente honesta, no podría desechar por completo este mundo de luz y oscuridad en que se desarrollaron sus años juveniles.

El curso había terminado, y aunque no le era grato dejar sus diarias relaciones con los Schalbe, los Cotta, Conrado Hutter, Juan Braun y tantos otros, era preciso acudir a Erfurt, la mayor de las ciudades universitarias medioevales, que se abría para él a sus dieciocho años.

II PRIMAVERA LAS PUERTAS DEL MONASTERIO

1501 - 1505

Erfurt, ciudad la más grande e importante de Turingia, con más de cien edificios dedicados a la religión profesante, había recibido el título de "La pequeña Roma". Caminando hacia ella, desde Eisenach, Lutero oteaba el horizonte esperando vislumbrar sus capiteles; estaba ansioso por ver las torres de la enorme catedral y, al fin, alborozado, sentó el pie en este mundo nuevo para él.

Aquí estaba situada la que en los albores del siglo xvi fuera la universidad más importante de Alemania. Los antiguos intereses escolásticos estaban bien representados en la facultad, pero a la par de éstos, había se formado un excelente centro de los más recientes estudios humanísticos. Esta combinación había traído renombre a la universidad. Agregadas al departamento principal de artes, estaban las escuelas de Leyes y la de Teología. Hans Luther estaba preparado para que su hijo diese el paso hacia la etapa final de sus estudios. En las minas había prosperado y esto le permitía afrontar todos los gastos de Martín, de manera que éste pudo alojarse en el hotel para estudiantes que llamaban "La bolsa de San José", lugar que acogía a la mayoría de los muchachos de la Turingia.

Llegó cierto día de mayo de 1501, procuróse habitación y subió a la oficina de la Universidad para inscribirse en los registros con el nombre de "Martinus Ludher ex Manfeld". Pagó su matrícula en efectivo y se abocó de lleno a su nueva vida.

Se inscribió en la Facultad de Artes para conseguir el grado de bachiller.

Los nuevos estudios le ponían ahora en contacto con la filosofía y, bajo la dirección de los profesores Trutvetter y Usingen, aceptó la plataforma de los seguidores de Guillermo de Occam, un sistema saturado por entero del pensamiento aristotélico. A las clases acostumbradas sobre retórica y los temas relacionados con ella, agregáronse otros en aritmética, ciencias naturales, ética y metafísica, todas ellas encuadradas dentro de la inspiración escolástica, mundo, cabal que satisfacía por completo las ansias intelectuales de Lutero. Paralelamente, también se relacionó con el mundo nuevo de los poetas y humanistas que estaban aportando renombre a Erfurt y, aunque nunca dispuso del tiempo necesario para estos últimos estudios, pues su rutina le mantenía ocupado, se familiarizó, no obstante, con el espíritu del humanista y con la poesía del muy popular Bautista Mantuan de tendencia renacentista. En las conversaciones sostenidas con sus discípulos durante las horas libres, oyó de la exaltación del humanismo y conoció el goce de una filosofía más humana y más atractiva que la de los escolásticos, No obstante, su preparación en dialéctica era tan intensa y precisa, que durante toda su vida continuó siendo algo así como un maestro en ese arte. Lutero consiguió un éxito rotundo en los estudios que se le asignaron, dado que ya en su promoción al grado de bachiller, en el año 1502, obtuvo una calificación destacada, y dos años más tarde, en su promoción a maestro, logró el segundo lugar en una clase de diecisiete alumnos.

El curso de su vida desde el principio hasta el fin de su experiencia en la Universidad de Erfurt, fue el mismo que había previsto. Su catolicismo era indiscutible; su filosofía, la de sus maestros; su empleo del latín y el de los procesos de la dialéctica, enteramente loables y, aparentemente su mentalidad parecía estar ocupada con la rutina diaria.

Pero otras corrientes más profundas estaban obrando en su alma.

Pareciera que el camino de su vida era, sin discusión, el que había sido trazado por el deseo y fuerza de voluntad de su padre. Aquella voluntad, durante los años de pobreza había mantenido firme a la familia; había también educado a Martín durante los años de la niñez bajo una estricta disciplina; había dirigido su labor en la escuela elemental de Mansfield; le había enviado a Magdeburgo; había escogido Eisenach para sus tres años de enseñanza media; había provisto el estímulo y el dinero para el gran privilegio de estudiar en la Universidad de Erfurt; le había destinado a estudiar leyes y parecía capaz de resolver todos los problemas que se opusiesen a sus designios. Pero ahora el joven Lutero estaba viendo las cosas de una manera distinta. Realmente había estado alejado de la influencia directa de su hogar desde los catorce años, y estos cuatro años de Universidad le enfrentan con los principales problemas de la vida; la exigencia de intereses desconocidos para Hans le desasosiega, la evidencia de conflictos desconocidos para él, no le abandona. Su innata sensibilidad religiosa se deja sentir y muchas veces siente la exaltada devoción de Juan Braun a su llamado sagrado en Eisenach.

La Catedral de Erfurt albergaba un gran predicador cuyas palabras avivaron la divina inquietud de su alma. El poderoso órgano, maravilla de Turingia, le hablaba con un poder desconocido. Toda la influencia de la fe de sus años infantiles afluye ahora a un mismo punto de su corazón. Y así lentamente, en el transcurso de estos días estudiantiles, sobrevino la revelación del llamado eterno. Continuaba siendo feliz y despreocupado, amante de la camaradería estudiantil, cantaba como siempre; pero, sin embargo, el problema se estaba formando; en los momentos de profunda reflexión pensaba en los horrores del pecado y su castigo, y tenía buena causa para pensar en ello, ya que su padre nunca había menospreciado esta fase de la vida; su madre vivía atormentada por los desconocidos castigos de la eternidad; su pueblo vivía con la continua presencia de los tormentos del infierno; su Iglesia incesantemente le hablaba de la cólera y la ira de Dios y del Juicio de Jesús, y entonces venía a su mente la idea de la gran salvación, en la cual se le había enseñado a creer desde pequeño.

Hans y Margarita le habían enseñado también acerca de la gracia de Dios y de la misericordia de Jesús, le hablaban de la protección de los Santos, y podía recordar que todos los mineros vivían con la esperanza puesta en Santa Ana, su Patrona, y que todas las personas de Eisenach contaban con la protección de Santa Isabel; le habían enseñado el valor de las buenas obras, habíanle inculcado la confianza en el sacerdocio y a tener profunda fe en la Iglesia. Su padre llevaba un camino recto y vivía honestamente llevando las doctrinas del catolicismo junto a su corazón.

De esta manera Lutero luchó la gran batalla, y a medida que los meses de estudio llegaban a término, encaró la posibilidad de la escuela profesional. Parecía a Hans que la culminación de sus largos planes estaba a punto de llegar, pero para Martín el aire estaba cargado de un terror desconocido; sentía el llamado religioso definitivamente; pero, también definitivamente, seguía la voluntad de su padre, y estas dos tendencias chocaban continuamente en su mente. El amistoso y alegre vivir de una velada le traía el olvido, pero la mañana le devolvía otra vez su problema sin resolver. El continuo trabajo de su estudio y de la Universidad no podían aquietarlo. Discutir acerca de esto en su hogar, o simplemente escribirles acerca de él, parecía cosa imposible; no sabía cómo dirigirse a su padre para tratar cualquier asunto sobre el que difiriesen sus opiniones.

Por fin llegó el día de su admisión al grado de maestro, y aunque muy impresionado y algo ensoberbecido por la procesión en toga y birrete que atravesaría las calles de la ciudad para la convocatoria, no podía olvidar que muchos de los que hasta entonces fueran sus compañeros de estudio habían muerto o estaban enfermos, víctimas de la plaga que asoló la ciudad durante la primavera de 1505. Como otros estudiantes serios, ante la proximidad de la muerte, Lutero comprendió que la vida tomaba otro significado. El deceso de un condiscípulo suyo acaecido a

las pocas semanas de su graduación, por un lado; los conocimientos adquiridos en los libros de los filósofos, por otro, y también la simplicidad de la Biblia que había llegado a conocer en Erfurt, luchaban encarnizadamente en él.

A pesar de su aprensión y natural disgusto por la abogacía, Martín, de acuerdo con los deseos de Hans, ingresaba en la Facultad de Leyes en mayo de ese año. En razón de su título de maestro, tenía la obligación de enseñar durante dos años en la Facultad de Artes, pero esto no le impidió seguir sus propios estudios. Hans estaba ahora orgulloso de su hijo y le demostraba su deferencia tratándolo de usted en lugar de tutearlo. Como obsequio, al comenzar sus estudios, le envió una copia del costoso pero necesario Corpus Juris.

En junio, por alguna razón desconocida, Martín dejó la escuela para visitar su casa; quizás la plaga era muy violenta en Erfurt, o posiblemente quisiera conversar con su padre acerca de su aversión por las leyes. Largo tiempo después, Martín escribió que, al regreso de esta visita, mientras se aproximaba a la aldea de Stotterheim, se encontró en medio de una tormenta eléctrica siendo arrojado de su cabalgadura por las descargas, y que, temeroso de una muerte instantánea, prometió su vida a la profesión monástica si Santa Ana le salvaba. De esta forma, criado en la simple y sincera creencia de la intercesión de los santos, en el terror del infierno, en el valor de la vida monástica, en la eficacia y obligación de los votos, cara a cara con una decisión urgente, madurada durante larguísimo tiempo de indecisión con una naturaleza intensamente religiosa y vivaz, Martín Lutero admitió el resultado lógico de causas conocidas cuando tomó su impetuoso voto. Sin embargo, su Santa Ana no intervino para nada en esto, ni la tormenta eléctrica fue la causa de su decisión, pues estaba ya hecha cuando el rayo de julio de 1505 se la hizo reconocer. Durante años de preparación había estado progresando en esa dirección. Muchas personas le habían ayudado; el rayo y las proximidades del juicio eterno sólo quebraron el poder de la voluntad paterna. Cuando puso la voluntad de la Iglesia sobre la suya propia, sustituía por otra más poderosa la voluntad de su padre. Pero él, creyó que ganaría la libertad que tanto anhelaba, el aniquilamiento de sus temores y la consecución de sus esperanzas. En la Iglesia esperaba encontrar refugio y retiro para una vida tormentosa e impetuosa. Una cosa anhelaba sobre todo: el conocimiento de un Dios bondadoso y el sosiego de un corazón en paz con su destino, y su Iglesia se lo ofrecía como asequible con más ventaja dentro de la vida religiosa.

Continuando su viaje desde Stoterheim a Erfurt, Lutero, próximo a cumplir los veintidós años, parece haber encarado un mundo distinto a pesar de las indicaciones de haberse arrepentido de su voto; nadie duda que es imposible seguir un camino con tanta obstinación y tan indiferente a la oposición de familia y amigos, sin haber alcanzado antes la paz interior. Cuando entró en Erfurt lo hizo decidido a la inmediata terminación de sus estudios y a la inmediata entrada en un monasterio.

Se desconocen los motivos de su elección del monasterio de la Orden Agustina, fundada a mediados siglo XIII y que estaba dividida por la controversia entre los puritanos y los más libres. La casa de Erfurt pertenecía a la rama más estricta. Juan von Staupitz, vicario General de la provincia sajona a la que pertenecía Erfurt, era conocido por su benévola piedad y su vida ordenada. La congregación local era bien conocida por la rigidez y el honor de sus votos y obligaciones. Tenía también una escuela de teología altamente reputada que atraía a Lutero, pues para él era una visión paradisíaca el estudiar teología sumido en la paz de la vida monástica. Así, pues, pidió permiso para entrar en dicha orden y fue admitido.

La noche del 16 de julio, un grupo compuesto por hombres y mujeres de sus amistades estuvieron en su compañía. Lutero fue feliz y su cálido espíritu fue de siempre. En oportuno momento, él comunicó su inquebrantable decisión de ingresar en el monasterio agustino, lo que promovió conmovidas protestas de sus amigos. Posiblemente esgrimieron cuantos argumentos

encontraron: de las esperanzas de Hans y Margarita, de su utilidad en la enseñanza, de su feliz camaradería, de los años de vida mundana, de las posibilidades de tener una esposa y una familia; pero todo fue inútil: Al día siguiente, 17 de julio, en compañía de sus amigos bajó por las calles familiares de Erfurt hacia los largos y altos muros que encerraban los edificios de su nuevo hogar; tranquilamente llamó al portón de Madera, citando éste fue abierto despidióse de sus acompañantes y entró en lo que para él era el puerto de sus sueños.

Más determinación que verdadera conversión, este nuevo cambio de vida fue muy precipitado, trayendo consigo un desequilibrio bastante violento. Estaba dispuesto para las experiencias del monasterio, hasta ansioso por ellas. Educado en escuelas de la Iglesia o en otras que se hallaban bajo la directa influencia de la misma, desde los seis años hasta los veintidós, estaba acostumbrado a considerar la vocación de la Iglesia como la más alta de la tierra. Alejado de su hogar desde los catorce años había llegado, de una manera inconsciente, a considerarse desligado de las obligaciones que debía a la familia. Ahora, no era tarea fácil escribir a su padre, pues sabía que Hans estaría acongojado por el cambio de sus planes forjados durante tantos años; y verdaderamente, Hans estaba acongojado en su corazón; pero, aparte, su voluntad y su mente estaban furiosas. No era de los que permiten que un plan de vida fuese roto sin más ni más. Rehusó determinadamente y malhumorado a dar su consentimiento. Martín suplicó. Hans vino a ver al muchacho y vio la firmeza de su decisión. Durante mucho tiempo pareció que la ruptura entre el padre y el hijo era definitiva, pero el futuro había dispuesto las cosas de otro modo. La plaga volvió nuevamente a Edad, a fines de otoño, y a Mansfield llegó el rumor de que habíase llevado a Martín. El pobre Hans lo creyó fácilmente, pues estaba luchando día y noche por conservar la vida de otros dos hijos, menores ambos que Martín; la plaga también había llegado a Mansfield. Hans, ahora en la madurez, el corazón oprimido por la deserción de su hijo mayor, permaneció a la cabecera de cada uno de sus dos hijos enfermos y les vio entrar en el reino de las sombras eternas. Aplastado por el dolor, fuéle de algún alivio saber que le noticia sobre Martín había sido falsa. Los vecinos le insistían que permitiera a su hijo el honor de servir a Dios, y comprendiendo la inutilidad de oponerse a tal destino, Hans consintió con su mente, pero retuvo su completa aprobación.

Alegróse Martín con el consentimiento de su padre aunque sabía que era un consentimiento dado sin deleite. Desconocemos la posición de Margarita en este asunto, pero es poco aceptable suponer que una madre que acababa de perder a dos de sus hijos viese con disgusto la decisión de entrar al servicio de la Iglesia de otro de ellos; más seguramente agradecería a Dios la gracia concedida a su hijo.

Y mientras su hogar en Mansfield pasaba por el valle de la sombra de muerte, en el monasterio de Erfurt; el recién llegado a las filas de los agustinos se sometía de buena voluntad e intensamente a las disciplinas de su noviciado.

Cuando Martín se arrodilló para la aceptación inicial de la Orden, oyó al prior orar sobre él:

"Señor Jesucristo, nuestro Guía y Fortaleza, humildemente te rogamos que alejes a tus siervos... de trato carnal y de la impureza de las acciones terrenales por la santidad infundida en ellos desde lo alto, y derrames en ellos la gracia por la cual perseveren en Ti".

Y oyendo esto, la mente y el corazón de Lutero se asentaron con plena devoción sobre el objeto de su deseo: la vida santa. Como el príncipe Anhalt, visto tiempo ha en Magdeburgo, ahora el maestro en artes pordioseaba pan por las calles de Erfurt. Y no mendigaba por el pan en sí, sino por la afable humildad. De la misma manera y por el mejoramiento del carácter, se le

enseñó cómo caminar, cómo sentarse a la mesa, cómo levantarse, cómo entender el lenguaje por signos de la rutina diaria, cómo llevar sus hábitos y cómo hacer las otras pequeñas cosas que hacen del día monástico una existencia ordenada. No existía aquí una gran severidad, sino el natural movimiento de la vida de una orden monástica dedicada a sus reglamentos. La larga disciplina, bien sobrellevada, logrado ya el permiso de su padre y con la mente tranquila, estaba ya Lutero listo para los votos finales, en septiembre de 1506.

De acuerdo con el ritual de su Orden, prometió dar su vida al servicio de Dios en la profesión monástica, explicada para él nuevamente en este mismo servicio como la "milicia Christi". Fue tonsurado. Recibió el hábito de la Orden, y cuando la larga y volandera túnica le fue vestida, invocaron el nombre de Cristo diciendo:

"Señor Jesús, Tú que eres el camino, sin el cual no se puede llegar al Padre, conduce a este tu siervo por el camino de la disciplina metódica y acéptalo como a una de tus ovejas".

Cuando Martín se arrodilló ante el prior para tomar sus votos, oyó esta oración que ofrecían por él:

"Acepta, Señor Jesucristo a Tu siervo entre tus ovejas, para que te conozca, y negándose a sí mismo no siga a un pastor extraño, ni oiga la voz de extraños, sino la Tuya que has dicho: "Si alguno me sirve, sígame".

Hans Luther deseaba devotamente que el llamado de Dios estuviese verdaderamente tras la decisión, y que el diablo no le hubiese llevado a un voto que luego habría de lamentar. Martín Lutero estaba satisfecho de que el llamado de Dios fuese tan evidente y claro.

De esta manera, la primera larga fase de la vida; su adolescencia, juventud y educación, se cerró y los años maduros se abrieron para él con la perspectiva de un servicio vigoroso, eficiente y satisfactorio en la obediencia de la Iglesia. Así la época dominada por la voluntad paterna y el hogar, pasó, y entró en el período en que su voluntad estaba bajo el mando absoluto de sus superiores en la guerra de Cristo.

LA GUERRA DE CRISTO 1505 - 1510

Justamente ahora, el pensamiento de Lutero se volvía hacia los problemas de religión. Su vida en el monasterio avanzaba en el dominio de sus deseos carnales; él y sus compañeros luchaban persistentemente contra la intrusión de pensamientos mundanos persiguiendo su íntima pureza. Este ideal en su vida religiosa le costaba heroicos esfuerzos; examinando su conciencia una y otra vez todavía hallaba en ella los deseos mundanales y entonces intensificaba la rutina de la vida monástica con la esperanza de conseguir la liberación anhelada; día tras día, en oración y trabajo, concentraba su intensa naturaleza en la limpieza de su mente. Pero la mente no se limpia fácilmente.

Así, Lutero se esclavizaba más duramente y en los años posteriores, cuando estaba dominado por el calor de su gran pelea, se refería a esta experiencia como al "martirio" en el monasterio. En realidad estaba andando por los senderos aceptos a la Iglesia histórica cuando se acosaba tan duramente a sí mismo. Este es el camino que hollaron los santos y, de seguir la Iglesia Romana a Martín Lutero en la Reforma que necesitaba, hoy serían consideradas estas

privaciones de sus tempranos años en el monasterio, como el tiempo en que consolidó los recursos de su poder. Ayunaba hasta que las horas parecían irreales, y su fuerza se había agotado tanto que a duras penas podía moverse. En esta situación los pensamientos de su mente tomaban el carácter de realidades: la mente de Lutero luchaba con el pensamiento de Dios y en esa lucha el juicio y el temor eran predominantes, y nadie le traía la liberación de su terror. Se encerraba en su celda para orar y permanecía allí hasta que el agotamiento se apoderaba de él, y sus hermanos debían forzar la puerta para reanimarle. Ante el altar de la iglesia anexa al monasterio pasaba largas horas con espanto, en súplica al Dios que ocupaba aquel lugar, y alguna vez quedó inconsciente en el frío pavimento de piedra delante del altar.

No era que la Orden maltratara a Lutero, sino que éste extremaba los preceptos de su Orden e Iglesia, deseando conseguir la seguridad de que su vida era grata a la vista de Dios. No era éste el Lutero que se describe en las notas tomadas alrededor de la mesa de Wítemberg, después de 1550, cuando la gran lucha había acabado y Lutero había sido idolatrado, sino el Lutero concorde con el pensamiento y actitud normales de la Iglesia Católica de Erfurt, a principios del siglo XVI, según su primera correspondencia sostenida con Braun y Staupitz.

Martín Lutero era un hombre notable en la Orden, en la Universidad conocían su excelente hoja de servicios, todo Erfurt sentía la fuerza de su personalidad y prometía ser muy útil cuando entró al monasterio. Sus superiores eran atentos, amables y benévolos para él. Le pusieron a estudiar y le especializaron en Teología. Su preceptor monástico, cuyo nombre se desconoce, era simpático, y Lutero siempre dió muestras de afecto por él. La dificultad no estaba entre Lutero y sus superiores ni entre Lutero y su Orden, sino dentro de su propia mente. Este era su campo de batalla y ahí sus protagonistas estaban frente a frente.

La interna concentración aumentaba a medida que se acercaba el día de su ordenación y su primera misa. Se aproximaba a estos acontecimientos lleno de terror y exaltación, con una seguridad absoluta en la gloria de los sacramentos de la Iglesia. Iba a sentir la sagrada mano de ésta sobre su cabeza apartándole para el trabajo de salvación. Sus superiores le habían instruido bien acerca del significado de la ordenación; había progresado paso a paso dentro de la Iglesia, pasando de sub-diócono a diácono, y ahora iba a ser ordenado sacerdote.

Preparándose para este nuevo paso leyó el Canon de la Misa, por Gabriel Biel. El vicario general de Lutero, Staupitz, y Juan Nathin, su maestro, habían estudiado bajo Biel, y él leía con plena sensación de autoridad mientras estudiaba el Canon de la Misa. Allí aprendió del supremo valor, importancia y necesidad del sacerdote cuando en la oración ante el altar convierte al cuerpo de Cristo y pide a Dios que considere las necesidades de los fieles. Cuando pensaba que él, Martín Lutero, se pararía ante la cruz y ofrecería al Crucificado nuevamente a Dios en propiciación por el pecado, bajo la ley divina de su Iglesia, apenas si su espíritu sensitivo podía soportar tal idea. Le extasiaba el pensamiento de la misa, mas cuando consideraba lo indigno que era él para tal tarea, sentía un deslumbramiento interior, al tiempo que sus fuerzas le abandonaban.

En un día de abril de 1507, cuando contaba veintitrés años de edad, Martín Lutero se arrodillaba a los pies de sus superiores, para ser hecho uno más en la larga sucesión de sacerdotes de la Iglesia Católica occidental. Estaba seguro de su vocación y aceptaba fervientemente todas las doctrinas.

Cantó su primera misa el 2 de mayo de 1507, a pocas semanas de su ordenación. La fecha fue fijada a conveniencia de Hans Luther y otros amigos. De Eisenach fue invitado Conrad Hutter. En la quietud de su celda, pero con el corazón agitado, Lutero invita a su amado Juan Braun, vicario de Santa María en Eisenach.

Erfurt, 22 abril 1507.

"Saludos en Cristo Jesús Señor nuestro. Debiera temer mi muy benigno amigo, incomodar vuestra benevolencia con una carta inoportuna, si no considerase vuestro sentido afecto por mí, demostrado por los muchos beneficios que Ud. me ha conferido. Por lo cual, contando con nuestra mutua amistad, no titubeo en enviarle esta carta, la que estoy seguro encontrará una afable acogida de su parte.

"Dios, glorioso y sagrado en todas sus obras, ha condescendido en promoverme, pecador despreciable e indigno, y ponerme en su sublime ministerio, solamente por misericordia. Debo estar agradecido por la gloria de tan divina bondad (tanto como el polvo pueda estarlo) y cumplir el deber que se me ha impuesto.

Por lo cual los padres reservaron la cantata del domingo (mayo 2) para mi primera Misa, si Dios quiere. Ese día celebraré la misa ante Dios por primera vez, habiéndose elegido el día a conveniencia de mi padre. A esto me tomo el atrevimiento de invitar a Ud., amable amigo, mas no ciertamente como favor que mereciera la molestia del viaje, ni que yo crea digna a mi humilde persona de su venida, sino porque tuve noticia de su benevolencia y agrado en complacerme cuando recientemente estuve con Ud. como la tuve también en otras veces. Mi muy querido padre, como Ud. está en edad y en dignidad sobre mí, maestro en mérito y hermano en religión, si los asuntos privados le permitieran condescender a venir y auxiliarme con su grata presencia y oraciones, para que mi sacrificio sea aceptable a la vista de Dios, mi pariente Conrado, sacristán de la Iglesia de San Nicolás, o cualquiera que Ud. desee está a su disposición para acompañarle en el camino. Finalmente le pido que venga directamente al monasterio y permanezca con nosotros un tiempo y no vaya a la posada en el camino, pues no temo que Ud. se asiente aquí, ya que debe estar acostumbrado a habitar la calda. Adiós en Cristo Jesús señor Nuestro.

Hermano Martín Lutero de Mansfield.

P. S. Aquellos excelentes hombros de la Fundación Schalbe ciertamente merecen mis atenciones; pero no me atrevo a agobiarles con muchos ruegos, pues estoy persuadido que no será conveniente dados su orden y rango, invitarles a mi humilde cuestión y molestarles con loa deseos de un monje, ahora muerto para el mundo. Con todo, estoy en duda si estarían incomodados o gustosos con mi invitación. Por lo que le ruego no lo mencione, pero cuando se presente la ocasión, dícales cuán agradecido les estoy.

Es una carta de especial interés. El nombre y el pensamiento de Cristo no estaban lejos de su mente, al comenzar y acabar esta carta con la frase familiar. No había sentido de infelicidad en la vida monástica; al contrario, la carta sugería una cierta satisfacción y alegría. No había ninguna dureza por parte de sus superiores monásticos: el día de la misa fue fijado a la conveniencia de Lutero, y cumplía con una costumbre católica al invitar a sus amigos a la celebración. La carta muestra el famoso contraste, que es una parte necesaria de la piedad católica e indudablemente de suprema importancia en la mente de Lutero: "Dios glorioso y sagrado en todas sus obras — yo, despreciable e indigno pecador". Esta separación entre Dios y el hombre ha sido prominente en el pensamiento religioso de los tiempos, y Lutero fue sensible a él tempranamente. Del reconocimiento de este contraste y la adaptación necesaria en el pensamiento del individuo depende la interpretación de muchas experiencias religiosas y la comprensión de la más profunda piedad.

No se conoce la carta que escribió a su casa, pero sus amigos en Mansfield no mostraron falta de interés. En el día señalado, Hans Luther, ahora próspero, cabalgó a la cabeza de veinte

jinetes. Se presentó en el monasterio y fue bien recibido por los monjes, a los que dio un regalo en dinero lo suficientemente grande para pagar todos los gastos. Visitaron y conversaron hasta la hora del servicio y entonces, en silencio, ocuparon sus lugares en la iglesia.

Martín Lutero se había estado preparando durante meses para esta hora; sin embargo, parecía que su voluntad iba ahora a desvanecerse. Las bondadosas palabras que sus superiores le dirigieron antes de entrar le habían tranquilizado algo, pero apenas lo suficiente. El pensamiento de dirigirse personalmente a Dios le aterraba, las palabras se detenían en su garganta, la lengua se le pegaba al paladar y sintió un insistente deseo de volverse y huir del altar.

"Las palabras "Te ofrecemos el Eterno, Vivo y Verdadero Dios", le trajeron —dice el historiador católico romano Hartmann Grisar— tan vívida a su mente la Terrible Majestad Eterna, que apenas si fue capaz de continuar."

El terror, mezclado con una susceptibilidad impresionable, tomaron posesión de él. Este terror no era extraño, aunque si violento, ya que estaba fundado en un vívido sentido de la realidad de la experiencia por la que estaba pasando, esto es, la presencia de Dios, y él, Martín Lutero, tenía que ser la causa y el instrumento del grandioso y abrumador hecho.

Un sentido más agudo del lugar del hombre en la organización de la iglesia, una conciencia plena de la dignidad y valor de las ceremonias, una comprensión más firme sobre la propia convicción, una pequeña experiencia en la técnica del sacerdocio, y vendría la liberación de ese terror. Pero el terror no era todo. Aquí estaba un joven sincero y devoto situado por primera vez en la vida en las cumbres de la experiencia religiosa. Aquí existía un honesto y cabal aprecio del acto de adoración.

Martín Lutero estaba ante el altar de la iglesia medieval con cada uno de sus nervios temblando, mientras las palabras más importantes conocidas por el hombre sellan lentamente y con dificultad de sus labios, no por mala disposición, sino porque enmudecían ante la idea de pronunciar el venerable nombre; sin embargo, fueron forzados a abrirse. Hans Luther inclinó su corazón en oración en la fría y silenciosa iglesia, y oyó la voz de su hijo llenar la casa con la presencia de Dios.

Más tarde, en la mesa en el refectorio, Hans y Martín, que no se habían visto desde julio de 1505, conversan sobre todos los asuntos de su vida. Hans contó de la salud y actividad de Margarita, del crecimiento de los hermanos y hermanas y de la condición general de las minas y los hornos. Le habló de la venida de la plaga en aquel terrible verano y otoño de 1505, y de la muerte de los hermanos de Martín. La vida parecía de pronto seria y tranquila, y la conversación desvióse a Martín y sus asuntos. Hans estaba todavía descontento por la vocación religiosa de su hijo. Martín arguyó que fue la voluntad de Dios y nuevamente contó el llamado divino que oyó en la carretera de Stotterheim. Pero Hans no estaba seguro.

"Quiera Dios que no fuera eso una mera ilusión y engaño", le dijo.

Esto desasosegó a Martín, pero basándose en su felicidad en el claustro sostuvo que el llamado debía haber sido válido, y sugirió que esto era suficiente justificación para su acción. Pero la mente de Hans todavía se movía con cierto resentimiento en la región de sus sueños rotos, y reprochó bruscamente a Martín su desobediencia, diciendo en presencia de todos: "¿No has leído en la Escritura que uno debe honrar a su padre y a su madre?"

Así terminó la conversación, pero Martín jamás olvidó la apelación de su padre u las Escrituras y sintió más de una vez la tentación de creer que la visión de Stotterheim podía haber venido tanto del diablo como de Dios.

Pero cuando finalizó la visita y Hans partió para casa a la cabeza de su cuadrilla, de vuelta a su activa vida, Martín retornó tranquilamente a su estudio y a sus oraciones.

Una línea paralela en desarrollo a su movimiento personal fue el estudio bíblico y teológico en el monasterio de Erfurt. Aquí fue puesto bajo la dirección de los que eran reputados muy buenos maestros. El estudio teológico y la experiencia personal se influyeron mutuamente en forma bien definida. Durante los pocos años que estuviera perturbado por su falta de paz religiosa, estaba al mismo tiempo estudiando a los teóricos de su Iglesia, lo que inevitablemente significaba que cada teoría teológica hallaría su reacción final en su experiencia personal, y por la intensidad de esa experiencia personal, se volvió un fanático religioso. A la vez, estos estudios llevaron al "campo de batalla de su fe", a muchos padres de la Iglesia, a los escolásticos y a las mismas Escrituras.

El monasterio de Erfurt tomaba fielmente su tarea de estudio, suministrando maestros para la Facultad de Teología de la Universidad. Bajo uno de estos maestros, Juan Nathin, Martín Lutero estudió sistemáticamente. Nathin no era un maestro muy notable, pero enseñaba según las tradiciones reinantes, bajo la interpretación de Gabriel Biel.

La tradición de Biel colocó a Lutero frente a una desconfianza aristotélica en cuyos principios de lógica se había fundado el trabajo principal del movimiento escolástico. Asimismo estimuló el desarrollo de sus facultades críticas, cosa que Occam, fundador de esta escuela filosófica, había hecho con la agudeza del filo de una navaja. Occam era franciscano, y había llevado a una conclusión lógica la desconfianza sobre la infalibilidad del papado, estando abiertamente convencido de que los papas y los concilios podían errar; y aunque Biel, su discípulo, no lo admitía, ni Nathin tampoco, Lutero pudo recibir de Occam esa desconfianza en el papado.

De estos maestros recibió, sin embargo, la convicción de que el hombre podía lograr la virtud por propia voluntad y por sus acciones. Le enseñaron que podía mediante el pensamiento severo y riguroso y la acción decisiva y ordenada llevar a su vida el sentido de la propia seguridad. Así pasó Lutero del estudio a la oración y a la acción, esforzándose por hallar en ellas la paz con Dios. Sin embargo, siempre tuvo el sentido de la firme rectitud de Dios, la que él en su humilde vida era incapaz de ganar.

Halló una vislumbre de esperanza en los estudios bíblicos que desarrollaba simultáneamente con los filosóficos. Los reglamentos de la Orden Agustina exigían el estudio bíblico a su ingreso en la Orden, y Lutero recibió una Biblia encuadrada en rojo. Este fue el libro de gran valor para él, el que llevó en la memoria toda su vida al extremo de poder recitar pasajes enteros. Su contenido empezó a ser la medida básica en su pensamiento y lo usaba como criterio para todos sus juicios. Uno de sus maestros, el doctor Usingen, inquietado por su constante actividad intelectual, aconsejóle dejar la Biblia de lado, diciéndole: "¿Qué es la Biblia? Es mejor leer los antiguos doctores que han sacado la verdad de la Biblia. La Biblia es la causa de toda sedición..."

Existe la tradición de que Nathin, una vez, prohibió a Lutero que leyese la Biblia. No parece improbable, ya que estando Lutero disconforme con las enseñanzas de Nathin con razón, pues no se ajustaban a la verdadera posición del catolicismo histórico, debe haberle exasperado con las citas bíblicas a las que un estudiante podía recurrir como motivo para discusiones. Pero el vicario general fue más comprensivo y levantó la prohibición.

La Iglesia medieval tenía suficientes motivos para evitar el estudio independiente de las Escrituras, ya que éstas tanto eran motivo de la gran piedad de un San Bernardo o un San Francisco, como causa de la herejía. La historia es fiel testigo de cómo la Escritura puede llevar al hombre del pensamiento a la acción.

En Erfurt Lutero se sumergió en el estudio de su Biblia, de los veintitrés a los veinticinco años, con especial ahínco. Lo que más tarde había de salir a pública luz en las conferencias de la

Universidad de Wítemberg empieza ahí, donde su mente y corazón hallaran gran refrigerio en el pozo inagotable. El Cristo de los Evangelios y el Cristo de las cartas de Pablo empezó pronto a sustituir al Cristo del juicio duro y severo, que siempre le había atemorizado. Pero no es raro que su mente se hallara en continua exaltación al pasar de la filosofía a la Escritura y viceversa. Aquélla agudizaba su terror religioso, exigiéndole el más riguroso esfuerzo de su voluntad en sus acciones; ésta le presentaba la libre aceptación del amor de Dios, no merecido ni ganado, sino dado realmente en Cristo.

Sus estudios se ampliaban ahora, y en los padres de la Iglesia halló la corriente central de la piedad, la fuente de seguridad, como otros la habían hallado. El problema era grave. Sentía que pertenecía a Dios. El deseo de todo cristiano por alcanzar la perfección pesaba sobre él. No luchaba contra los deseos carnales, sino por conseguir la pureza completa de su pensamiento. Había ingresado en la vida monástica con la esperanza de que allí fuese más fácil conseguirlo, pero cuando se enfrentó con Jesús y sintió el fracaso de todo el régimen seguido, la más elemental honestidad le impidió acallar el grito de su conciencia hasta conseguir la anhelada realización. Esperaba hallar consuelo en el sacramento de la penitencia, pero ese consuelo era impedido por el hecho de que la hermosura de ese sacramento está en que el corazón crea en la bondad perdonadora de Dios, de manera que el sacramento se convierte en una expresión, no en una ayuda. Pero Lutero no creía. Así que habló con su confesor diciendo que Dios necesariamente debía estar enojado con él por sus pecados; el benigno anciano le dijo que fue a leer el credo de los Apóstoles nuevamente y viera que se le ordenaba creer en el "Perdón de los pecados" y, finalmente, a quemarropa dijo a Lutero: "No es Dios quien está enojado contigo. Eres tú quien está enojado con Dios."

Y en la discusión que siguió sobre este punto, el confesor dijo a Lutero que leyese los trabajos de Bernardo de Claraval, añadiendo que Bernardo halló la fuente de paz en la gracia de Dios. Mi, Martín Lutero se sentó en su celda de Erfurt, y los siglos desaparecieron mientras Bernardo hablaba y le contaba de la superior dulzura del Cristo histórico, y le condujo a una visión de la crucifixión en la cual las riquezas del amor de Dios podían ser comprendidas. Nosotros podemos sentir un poco de la exaltación que sintió Lutero cuando, en su necesidad, halló a Bernardo, cuando cantarnos:

*Cabeza ensangrentada, Cubierta de sudor,
De espinas coronada, Y llena de dolor:
¡Oh celestial cabeza, Tan maltratada aquí,
De sin igual belleza, Yo te saludo a ti!*

*Señor, lo que has llevado,
Yo solo merecí;
La culpa que has pagado
Al Juez, yo la debí.*

*Mas, mírame, confío
En tu cruz y pasión;
Otórgame, bien mío,
La gracia del perdón.*

*En mi Última agonía
Muestra, Jesús, tu faz;*

*Y que en tu muerte pía
Fijo mis ojos, haz,
Tu imagen contemplando
Expire en paz aquí,
Tu cruz santa abrazando
¡Feliz quien muere así!*

Trad. de El Himnario Evangélico (Soc. Am. de Tratados).

Influido por la disposición de ánimo que se desprende de este himno, Lutero sintió debilitarse el poder del pecado y el terror a la muerte. Porque también Bernardo había sentido su mismo terror y huido del mundo para buscar en la vida monástica el camino de su redención. Pasaban los inviernos sobre su cabeza, sin que la sensación del pecado se desvaneciera; pero en la histórica obra de Cristo halló la prueba del eterno amor de Dios. Entonces, toda su esperanza se apoyó en Cristo y su crucifixión, de modo que todos los demás actos de la Iglesia que él amaba grandemente se convinieron sólo en caminos de la gracia de Dios por la cual había sido completamente tranquilizado. Mí, Lutero, comprendiendo a Bernardo, halló el camino más fácil, la proximidad de Dios algo más comprensible.

Ambicioso en sus estudios, Lutero volvióse a Agustín, cuyo nombre llevaba su Orden El amigo que le había remitido a Bernardo, le envió a Agustín. La magia de este nombre estaba en todos lados. Lutero leyó sus obras para ver cuánto conocía del camino hacia Dios. Se conservan aún los mismos libros que usó Lutero, y las notas que éste escribiera en los márgenes nos muestran el movimiento de su mente.

Los problemas que Lutero confrontó eran problemas de religión personal, pero buscaba las soluciones en los dominios del pensamiento sistemático. La combinación de estos dos campos es más clara en Agustín que en ningún otro de los Padres de la Iglesia, porque él es, en alto grado, el producto de su propia experiencia religiosa. No conoce otros criterios que los de la experiencia, ya sea de la Iglesia histórica o la suya propia. La gracia tiene el lugar que ocupa en su pensamiento no por lógica, sino porque sentía que sólo la gracia podía haberle rescatado de las profundidades de la depravación en la que se había hundido. El pecado es central, porque para él, el pecado era central. La gracia es irresistible porque él no podía resistirla. La voluntad humana es impotente porque él era impotente. Finalmente, cuando se volvió a la Escritura halló la confirmación de estos conceptos. Su naturaleza pecadora halló su causa en Adán, su doctrina de voluntad esclavizada halló su afirmación en Pablo, y, lo que es de suprema importancia, su Cristo de la fe y la experiencia, lo halló en la Escritura convertido en el gran agente liberador; la metafísica revistió de dignidad la humilde experiencia humana. Así, cuando el estudio escolástico condujo de vuelta a Lutero hacia Agustín y cuando sus maestros y superiores le mandaron también hacia él, lo llevaron a un terreno en que el lenguaje común hizo relativamente fácil la comunicación de la experiencia.

Con creciente satisfacción leyó las páginas de Agustín, quien como ningún otro Padre de la Iglesia podía hablarle más firme y directamente sobre los mismos puntos sobre los cuales se sentía perdido. La dificultad de su sentido especulativo empezó a desaparecer en presencia de la piedad de Agustín. Un fuerte concepto nuevo de Cristo empezó lentamente a establecerse en su corazón.

"Creer, es aceptar en su humanidad que nos es dada en esta vida para vida y salvación. Pues él mismo por medio de nuestra fe en su Encarnación es nuestra vida, nuestra justificación y

nuestra resurrección." Así dice, de puño y letra del propio Martín, en el margen de una página de un ensayo de Agustín sobre la Trinidad.

El retorno de Lutero al punto de vista de Agustín no fue un movimiento en el que sólo él estaba preocupado. El mismo consejo de sus superiores de que leyera a Agustín evidencia la general aceptación que en aquel tiempo tenía el gran padre africano. El hecho de formar parte de la Orden, lleva aparejado un gran interés en Agustín. Albert Ritschl, uno de los más hábiles historiadores protestantes alemanes, mantiene que al fin del siglo xv hubo un retorno general a la posición fundamental de Agustín sobre la gracia exclusivamente, y que este retomo ocurrió al mismo tiempo que se derrumbaba la escuela filosófica occamista, sostenedora de la virtud monacal y dentro de la cual se hallaba luchando Lutero.

Así, nuevamente vemos a Lutero a tono con el movimiento de su época, pero apropiándose en excelente forma de la mejor tradición de pensamiento que heredara.

Teniendo en cuenta que Lutero estaba muy preocupado por el espectro de la condenación eterna envuelto en la doctrina de la predestinación, se puede suponer fundadamente que Agustín tuvo en esta época un valor superior al de cualquier otro guía, para su desarrollo. En Agustín tuvo oportunidad de estudiar al maestro de la doctrina de la predestinación, que al mismo tiempo es el maestro de la doctrina de la libre gracia de Dios en Cristo. Así, la predestinación perdió su aspecto aterrador, pasó a ser parte de la doctrina más vasta de dependencia de la voluntad humana de la de Dios, se convirtió en una consideración verdaderamente piadosa, y encontró en Cristo su solución simultáneamente con su condenación en Adán. Los reprimidos sentimientos de Lutero sobre este atormentador asunto de la predestinación bajo la cual se sentía condenado, hallaron alivio y consuelo al pensar en Cristo. Agustín fue, en realidad, una gran roca en medio del desierto, y Lutero halló transitoriamente descanso.

Ningún historiador moderno con más derecho que Adolfo Harnack, para emitir un juicio sobre la influencia del pensamiento de Agustín sobre el de Lutero, ya que él es un maestro a la vez en cuanto al agustinianismo y en cuanto al luteranismo. Es digna de mención su excelente descripción del movimiento:

"Agustín era el teólogo de la Iglesia antigua que había enseñado que Dios obra en nosotros su «voluntad y consumación», que la fe, la esperanza y el amor son dones de su gracia, y que Dios se une a nosotros en todo esfuerzo para el bien; sobre esto debemos poner plena fe. Al leer esto Lutero, sus tentaciones comenzaron a ser menos frecuentes; no experimentó una súbita liberación y seguridad en Dios, pero gradualmente fue saliendo de sus dudas y ansiedad extrema. Y nótese esto: primero vino la paz a su corazón, la confianza del alma antes que el esclarecimiento de la mente."

Simultáneamente empezó Lutero a descubrir el espíritu oculto bajo las formas externas del ritual. En los oficios de la rutina monástica, oía las afirmaciones históricas de la confianza de la Iglesia en la misericordia de Cristo. Entonaba las grandes alabanzas litúrgicas a Jesús como la esperanza y la salvación del mundo. No siempre sentía el poder y la belleza de esas formas de adoración dentro de su propia vida. Tenía dificultad en dar a las "alabanzas" una vivida realidad. Aunque en teoría y esencia la liturgia fuese hermosa, él la recibía a través del prisma de su medio ambiente: los hombres que vivían a su alrededor eran intérpretes más reales de la fe que la liturgia por ellos cantada. Las teorías de la Iglesia estaban normalmente supeditadas a la interpretación personal y al énfasis de cada uno de los representantes locales. Así, Lutero tuvo que llegar a la esencia a través de la interpretación dada por otras personas; pero hasta que llegó a la parte culminante de sus estudios, a la guía personal, su pensamiento no empezó a aclararse, y se volvió a la posición inicial agustina. Es un hecho históricamente comprobado que, cuando las grandes experiencias religiosas han sido revestidas de hermosas formas y usadas como liturgia

diaria, han perdido invariablemente su fuerza. Por eso, en cierto modo, Lutero y otros que siguieron ese camino esperan a menudo que la repetición de grandes frases y la observación rigurosa de los ritos litúrgicos basten para llevar la recompensa al corazón; pero cada uno debe hallar por sí mismo esta perla de gran precio, y a menudo la lógica vacilante de nuestro corazón es superior a la poderosa elocuencia de la Iglesia.

A pesar de esto, el servicio litúrgico en la iglesia y el monasterio trajeron al pensamiento de Lutero muchas de sus ideas acerca de Jesús, de forma que, aun estando en estado latente o siendo aplicadas muy de tarde en tarde, lograron finalmente culminar en la plenitud de una ajustada estructura teológica y una fe transformada.

• • •

El hombre de más influencia en el desarrollo de Lutero fue Juan von Staupitz. Educado en Leipzig, entró en la universidad en 1485. Recibió su título de maestro en Artes en Tubingen y allí se instruyó en Teología. Ingresó en la Orden Agustina. y en 1503, dos años antes de que entrase Lutero, fue elegido vicario de la provincia Sajona. Cuando el elector Federico estableció la Universidad de Witemberg. Staupitz fue nombrado Decano de la Facultad Teológica. Así, Lutero lo conoció primeramente como Vicario General y como profesor de la escuela vecina.

Staupitz, en sus visitas al monasterio de Erfurt, se interesó en el joven monje que había cambiado tan repentinamente la universidad por el claustro. Observó la lucha interna de Lutero tan plenamente reflejada en su exterior. Lutero había llegado al monasterio a los veintidós años joven, fuerte y entusiasta, y Staupitz lo veía adelgazar víctima de una sobreexcitación nerviosa, que a la vez le fatigaba continuamente.

Ansioso en ayudar y a la vez conservar a este nuevo y brillante miembro de la Orden, Staupitz intimó con él y poco a poco, en el transcurso de los dos primeros años, Lutero empezó a sentir que en Staupitz tenía un superior comprensivo que simpatizaba con él. Así, una vez tras otra, descargó en él su alma; le contó cómo había temido la condenación eterna, cómo le preocupaba la doctrina de la predestinación, cómo era incapaz de lograr en su propia vida la confianza de ser suficiente para ganar la merced de Cristo. El consejo de Staupitz era siempre benévolo, siempre interesado, mediante su discernimiento intentó hacerle ver la cualidad introspectiva de su meditación dirigiéndole a las cosas actuales y verdaderas.

Un día le dijo: "No mires tus propios pecados imaginarios. Mira a Cristo, en quien tus verdaderos pecados son perdonados, y aférrate con profundo valor a Dios." Lutero jamás olvidó esto y toda su vida reconoció su deuda con Staupitz por enseñarle a concentrar el concepto del perdón de los pecados alrededor de la crucifixión de Cristo.

Pasaron muchas horas juntos y el mayor se encariñó con el más joven. Sabía que el inquieto espíritu de Lutero necesitaba trabajar constantemente y apreciaba el valor de su mente. Así, no fue una sorpresa el traslado de Lutero del monasterio de Frankfurt al de Witemberg en 1508 por deseo de Staupitz, y aunque el cambio vino de repente y apenas tuvo tiempo para despedirse de sus amigos de Erfurt, Lutero estaba listo para el trabajo activo.

Escribió nuevamente a Juan Brown, recordando como siempre en los cambios más importantes de su vida a este amigo de sus días de estudiante que tanto había hecho en cuanto a su llamado religioso.

Witemberg 17 marzo 1509.

El hermano Martín Lutero os envía saludos y desea vuestra salvación en el mismo Salvador Jesucristo.

Cese, maestro y padre, aun más amado que reverenciado. cree, le suplico, de sorprenderse como lo ha estado haciendo, de que yo le dejase secreta y silenciosamente, o por lo menos como hubiese dejado a Ud. si no hubiese todavía un vínculo. como si el poder de ingratitude, cual un viento norte hubiera enfriado nuestra estimación y borrado la memoria de vuestra benevolencia en mi corazón. ¡No por cierto! no he obrado, o más bien no pretendí obrar así aunque hubiera podido ser forzado involuntariamente a hacerlo para darle ocasión de pensar mal de mí.

Salí, lo confieso, aunque no del todo, por cuanto dejé mi mejor parte con Ud. Sólo puedo persuadirle de que esto es así por la confianza que me tiene. Como usted la concibió de su propia benevolencia y favor, espero que nunca consentirá que sea menguada o destruida sin culpa mía. Mi me he alejado de Ud. en cuerpo, pero vengo más cerca suyo en pensamiento, suponiendo que a Ud. no le desagrada, cosa que no espero en ninguna manera.

Yendo al caso para no verme más obligado a sospechar que su amistad duda de mi constancia, (¡ojalá que tal sospecha fuese falsa!) mire cuan arduamente he tratado de robar este tiempo de mis muchos y varios asuntos para escribirle, especialmente siendo los mensajeros tan escasos, y aunque fuesen abundantes, raramente podrían ser empleadas a causa de su ignorancia y descuido. Mi único propósito es escribirle y encomendarme a Ud. esperando que continuará recordándome como yo lo recuerdo. Aunque yo no creo que pueda llegar a Morderme a Ud. en ninguna forma, tengo no obstante, un gran afecto por Ud. aunque no puedo demostrarlo ahora como he hecho a menudo en el pasado. Sé que su generoso espíritu no espera nada de mí, salvo lo concerniente al espíritu, es decir, tener el mismo conocimiento del Serme en corazón y alma, como tenernos una fe en él.

No se extrañe que haya partido sin decirle adiós. Pues mi partido fue tan repentina que apenas fue conocido por mis compañeros de claustro. Deseé escribirle pero no tuve tiempo pura nada como no fuera de lamentarme por tener que partir sin poder despedirme.

Ahora estoy en Witemberg por ordena permisión de Dios. Si desea Ud. conocer mi estado, so estoy bien, gracias a Dios; únicamente mis estudios son muy severos, especialmente la filosofía. la cual desde el principio habría cambiado gustosamente por la teología; quiero decir esa teología que indaga buscando la pulpa de la nuez, la médula del grano, y el tuétano de los huesos. Pero Dios es Dios; el hombre o me lo, no siempre. está equivocado en su juicio. El es nuestro Dios, nos gobernara dulcemente para siempre.

Ruégole que condescienda a aceptar esto, lo cual ha sido escrito apresurada e improvisadamente. Y, si puede Ud. conseguir algún mensajero para mi, deme una participación en sus cartas. Trataré de hacer lo mismo para ud. al retorno. Adiós en el comienzo y en el fin y créame tal como me desea. Adiós nuevamente.

Hermano Martin Lutero, agustino.

Estaba ahora decididamente entregado a los estudios bíblicos bajo el énfasis teológico. El deseo de toda su vida se enfocó más y más alrededor de la Biblia. No podía enseñarla, sin embargo, hasta que hubiese ganado su título de doctor. Ahora estaba dando clases sobre Ética aristotélica, la filosofía escolástica que había sido su principal estudio en el curso de bachiller y maestro en Erfurt. El 9 de marzo tomó su primer grado en teología en la Universidad de

Witemberg. Staupitz ahora insistía en que Lutero continuase sus estudios para graduarse de doctor en Teología, de manera que pudiese empezar su profesorado en la Facultad Teológica. Un día le dijo, medio en serio, medio en broma: "Debiera usted tomar el grado de doctor a fin de tener algo que hacer." Lutero puso reparos, dijo que sus fuerzas ya estaban agotadas en el desempeño de sus deberes normales, y que estaba seguro de no poder sobrevivir si se le imponían los deberes del profesorado. Staupitz contestó: "¿No sabe usted que el Señor tiene muchos asuntos que atender, en los que necesita la asistencia de gente hábil? Si usted muriera podría ser su consejero." Lutero rió, y decidió seguir el consejo de Staupitz, comenzando sus estudios para el doctorado. En la preparación para dar clases bíblicas, una regla de la universidad requería que el candidato enseñara durante tres semestres las Sentencias de Pedro Lombardo. Este era el texto normal en la instrucción teológica, habiendo sido escrito en París, cuando su autor fue hecho obispo, en 1159. Para este trabajo, Lutero tornó a Erfurt. Un asiento en los libros de la Universidad de Witemberg dice que Lutero fue enviado de vuelta a Erfurt en el otoño de 1509 "porque no había satisfecho a la Facultad de Witemberg". El mismo Lutero agregó más tarde la nota "porque él no tenía recursos; Erfurt debe pagar". En consecuencia, en el otoño de 1509 regresó a Erfurt y comenzó su labor. Staupitz también intervino en este traslado y se mantuvo en estrecho contacto con su protegido.

Se conoce el texto de las Sentencias que tuvo Lutero durante sus clases, por las notas marginales que le agregó. No le hallamos ahí hostil al pensamiento de Pedro Lombardo, pero es interesante notar el motivo que menciona para no colocar a Lombardo entre los grandes teólogos. "Hubiese sido un gran hombre —dijo Lutero, refiriéndose a él, años más tarde—, si hubiese leído más la Biblia e incorporado ésta en sus escritos."

Las notas que hizo Lutero en aquel invierno, atestiguan la extensión de sus lecturas. Hay referencias a Occam, D'Ally, Biel, Bernardo, Agustín, Scoto, Crisóstomo, Jerónimo, Ambrosio, Hilario; pero sobre todos ellos, su querida Biblia, es citada más a menudo.

Continuamente daba énfasis a la fe contra la razón, a la tradición frente a la especulación, a la teología frente a la filosofía. Era evidente un agudo sentido del ser y el poder del pecado y había una tendencia a llevar cada problema alrededor de la persona de Jesús. Lutero afirma expresamente que Cristo y no la "sabiduría" fue la primera creación; y otra vez señala que Cristo comienza a librarle de Adán. Cristo es el centro de su reflexión sobre el pecado, y por fin "Cristo es el hijo de Dios" y "nuestro Redentor".

Robert H. Fifer, en un estudio titulado *Young Luther*, concluye un excelente estudio de las notas sobre las Sentencias, con el siguiente resumen:

La disposición de las notas marginales sobre Lombardo, es la tradicional, pero existe, creciendo dentro de la trama, un espíritu de confianza en la Gracia de Dios, y de apoyo en las Sagradas Escrituras que nos demuestra que las luchas del alma del joven monje no habían sido en vano.

No se puede afirmar, en manera alguna, que Lutero ganase una nueva posición antes o en el transcurso de estas clases, pero está claro que hallaron expresión algunos de los elementos precisos para esa nueva posición. El pecado y la Gracia eran el centro del pensamiento y Cristo estaba ya recibiendo los calificativos que lo muestran como el camino por el que el pecado es sojuzgado y perdonado, y la gracia recibida. Había fuerza y claridad de pensamiento en estas notas. Lutero estaba adelantando con notable impulso; empezaba a ser dueño de su mente y estaba listo para nuevas y mayores responsabilidades.

III DESARROLLO

¡SALVE! ¡ROMA SANTA! 1510 - 1511

Las experiencias de su segunda residencia en Erfurt fueron interrumpidas por la magnífica oportunidad de poder visitar la ciudad de Roma. Es indudable la posición deferente que Lutero conquistó dentro de la Orden, ya que, cuando surgió la disputa que requería una representación en Roma, Martín fue elegido para acompañar al mensajero que la Orden enviara a la Sede Papal.

En esta dificultad de orden administrativo, Staupitz estaba, naturalmente, implicado. Un grupo minoritario de la Orden protestaba contra una decisión del Vicario General, y fue un gran alivio para él que Martín Lutero fuera el segundo miembro de la comisión.

En Octubre de 1510, Juan von Mecheln y Martín Lutero dejaban atrás Erfurt, y emprendían su larga caminata a Roma. Las noches de viaje debían pasarlas en claustros amigos a ser posible; según los reglamentos de la Orden, cuando andaban debían hacerlo uno detrás del otro y en silencio, aunque es difícil pensar que ese viaje pudiera hacerse en esta forma.

Lutero y Mecheln descendieron por los hermosos valles de la Alemania Central. Los años de adolescencia de Lutero habían estado llenos de amor por la belleza de la naturaleza, y debe haber sentido un extraño y agradable alivio al hallarse en campo abierto. Así como en su niñez había correteado, vestido de labriego, por las colinas de Mansfield, y en los días de estudiantina había viajado con la indumentaria estudiantil, entre Mansfield, Eisenach y Erfurt, así ahora, metido en los largas vestiduras de la Orden Agustina, estaba nuevamente en la carretera.

La larga disciplina de la vida le habían cambiado considerablemente. Ya no tenía el rápido y elástico andar de sus veinte años. Sin embargo, a medida que avanzaba en su camino, recuperaba la vitalidad de su primera juventud. Llevaba dentro del corazón, las grandes luchas del alma que ahora constituían su pasión absorbente; pero también estaba respirando el aire libre. Sus libros, su estudio, habían quedado atrás en Erfurt y Witemberg, y él podía contemplar toda la hermosura de las colinas de la Alemania Austral. Los Alpes le llenaron del reverente temor que inspiran a cuantos los ven.

Descendiendo finalmente por las ricas llanuras del norte de Italia, los viajeros llegaron a Florencia. A un cuarto de siglo de la culminación de su renacimiento, todavía poseía ricos tesoros artísticos insuperables. Rafael, Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, y muchos otros genios creadores, estaban trabajando en Italia, pero Lutero no puso su atención en estas cosas. Desatendiendo la belleza plasmada en la piedra y en la tela, que Florencia poseía, visitó los hospitales y la iglesia de esa regia ciudad. Años después describió detalladamente el excelente trabajo de los florentinos en sus hospitales. Recordaba la limpieza, la eficiencia, la cortesía, la inteligencia de sus trabajos en ese sentido, pero, aparentemente el gran mutuo del Renacimiento humanístico, que vibraba al unísono, no tenía interés alguno para él.

El deiforme "David", de Miguel Ángel, estaba expuesto en la plaza de la ciudad de Florencia, donde había sido colocado en 1504, pero él no habla del efecto que esta obra le produjo.

Oía, asombrado, historias acerca de la Corte Papal en Roma, y en la misma Florencia, pudo ver la vida de eclesiásticos de una naturaleza tal como para llevar a su viva conciencia del pecado a una continua desazón. Sentía, embebido en la atmósfera espiritual de la ciudad el terrible recuerdo de Savonarola, y los monjes que visitara en Florencia, le contaron los terribles sucesos ocurridos hacía justamente doce años y medio, cuando el gran dominico, después de haber sido debilitada su conciencia moral, por la tortura, refirmara nuevamente sus verdaderas

convicciones y fuera ahorcado y quemado en la plaza pública. Jamás conoceremos lo que el misterioso movimiento del destino, sugirió en la mente de Lutero mientras andaba (devoto hijo de la Iglesia), por las calles santificadas por la labor reformista de Savonarola. Quizá, reteniendo el aliento lograra vagamente percibir lo hora en que él también habría de afrontar a los mismos acusadores. Pero dentro de su mente, dentro de su vida, destinadas a ser el epicentro donde convergerían todas las poderosas fuerzas de su época, se infiltró el estado de ánimo del valeroso monje que había lanzado un desafío moral a una iglesia pecadora.

Descendiendo de Florencia hacia Roma, a través de las hermosas campiñas de la Umbría bajo sus cielos siempre serenos, los monjes prosiguieron su camino, pasando por ciudades, consagradas por la presencia de Francisco de Asís, y por iglesias immortalizadas por los trabajos de Giotto.

La noche antes de vislumbrar la ciudad Santa, la devoción religiosa de Lutero, se elevó a alturas casi extáticas. Creía completamente en la remisión de los pecados, que ganaría en los lugares santos de la ciudad de su fe. Su mente se aferraba a las grandes tradiciones de sus padres en la historia cristiana, mientras pasaba la última noche tras las colinas que separaban a Roma del Norte. Al día siguiente, desde la cima del Monte Mario, vio extenderse a sus pies la metrópoli de la Cristiandad Occidental, y subyugado por la alegría y la exaltación, cayó de rodillas exclamando "Salve, Roma Santa. Tres veces bendita en la sangre de tus mártires", y lleno de grandes esperanzas siguió a Juan Mecheln a través de la puerta de la ciudad y entró, por fin en la meta sagrada.

Se alojaron en un monasterio, donde se les trató con cortesía y amabilidad, pero donde les chocaron terriblemente la indiferencia y holgura con que los monjes cumplían sus servicios de rutina. El Papa Julio, estaba ausente de Roma, empeñado personalmente en una campaña contra Bolonia. El futuro León X, en aquel entonces Cardenal Médici, a la cabeza de un ejército papal, estaba atacando su ciudad natal: Florencia. De mudo que Juan von Mecheln llevó sus papeles al Cardenal Secretario de Estado.

Lutero era un verdadero peregrino. Buscaba ansiosamente, y con júbilo, los grandes relicarios de la Iglesia. Visitó las Catacumbas que acaban de ser redescubiertas y eran objeto de gran interés, y sintió la singular influencia que surge al recordar los mártires allí enterrados. Toda su búsqueda religiosa convergía en el deseo de liberarse del terror al pecado. Visitaba los santuarios, no sólo en consideración a su propia alma, sino también por las almas de sus familiares y amigos. ¡Se sintió tentado a desear que sus padres estuvieran muertos, a fin de que sus oraciones los librasen del purgatorio! Nada le impidió hacerlo en obsequio de su abuelo, muerto hacía ya mucho tiempo.

Siguiendo la costumbre de los peregrinos en Roma, se dirigió hacia las grandes escaleras sagradas, situadas cerca de la Iglesia Lateranense, la verdadera Iglesia madre y que conducían a un edificio que guardaba reliquias de los santos. Según la tradición romana esos eran los mismos escalones que había subido Jesús la noche que apareciera ante Pilatos. El Papa León había otorgado nueve años de indulgencia por cada peldaño que se subiera, y... ¡había veintiocho! Durante siglos, los fieles habían ascendido estos escalones, con apropiadas oraciones en los labios y en el corazón seguros de los beneficios que la Iglesia les ofrecía. Lutero era uno de esos devotos. Por esa época llevaba ya cinco años por el camino de la penitencia y en cierto modo esto era una cumbre.

No obstante, en todo este tiempo de penitencia, otro camino se le aparecía como superior; un camino que conocía por las lecturas de la Biblia, y también por las obras de Bernardo y Agustín, y Staupitz se lo había indicado. Setenta y dos años después de que Lutero ascendiera como penitente las antedichas escaleras, decía su hijo Pablo, que había oído contar a su padre

cómo, o la mitad de su ascenso, cruzó su mente como un relámpago, el texto bíblico: "El justo vivirá por la fe" y entonces se puso de pie y volvió abajo.

Esta historia que Pablo había oído a los once años y que llevaba treinta y odio en su memoria, es el único fundamento válido para esta tan repetida anécdota. Pero la rememoración de este hecho en un sermón, largo tiempo después, da un relato más verdadero que el que esbozan la memoria de Pablo Lutero. Predicando en Wítemberg el año anterior a su muerte. Martín habla de ciertas experiencias en Roma, y relata cómo apenas llegó a la cima de la escalera, vino a su mente una duda acerca de la eficacia de la costumbre: "¿Quién sabe si esto es verdad?" pensó. Lutero había leído el gran testimonio paulino de la fe. Bernardo y Agustín habían asimismo, muerto en la fe pura, y Lutero lo sabía. Staupitz y otros le habían señalado ese mismo camino, y toda la tendencia de su más pura tradición católica, acercábale a las oraciones de fe y le alejaba de la supersticiosa confianza en las "buenas obras". Su mente era sutil. Por años y años había estudiado intensamente estas cuestiones, y bien pudo haber sentido la falsedad de este acto, máxime ante la certeza de que estos escalones no podían ser reliquias verdaderas.

Lutero no bajó estos peldaños rebelde a su Iglesia, no orientó su pensamiento hacia ese texto: "El justo vivirá por la fe", ni desechó los grandes consuelos y convicciones de los sacramentos y las obras de su Iglesia. Su mente y su alma se estaban modelando en tremendas y patéticas experiencias. La "Escala Santa" no fue un factor decisivo, sino un incidente más en su experiencia. Hijo de Roma era cuando llegó; hijo de Roma era cuando salió. Pero la Roma de sus sueños e ideales quedó deshecha y rota en mil pedazos para siempre. La Roma de los apóstoles y del Vicario de Cristo, tan preciada para él, volvióse la Roma de la realidad. Vio lo que había quedado de la Roma cristiana después de haber pasado por ella Nicolás V, Calixto III, Pío II, Pablo II, Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI, Pío III y Julio II.

El papado renacentista que dominaba a Roma desde 1447, fecha del advenimiento de Nicolás V, había centralizado paulatinamente su política alrededor de la secularización de la Iglesia. Sin ninguna dirección de los papas la vida moral de Roma poco a poco había ido degenerando. Con cada uno de estos Papas empeñados en quebrantar cada uno de los diez mandamientos, Roma se había transformado en lugar de notoria vida anticristiana. En vez de dar el ejemplo observando los votos de castidad, Inocencio VIII había visto casar a su propia hija en uno de los salones del Vaticano, asistiendo al banquete de bodas en compañía de su amante. En lugar de la comprensión espiritual que la Iglesia debía hallar en su jefe, Alejandro VI le había dado una fuerte dictadura mundana. La totalidad de lo familia Borgia: Calixto III, Alejandro VI, César y Lucrecia, habían rodeado a Roma de tal marco de escándalo y vida licenciosa, que la Iglesia parecía incapaz de recobrase. Siete años antes de la visita de Lutero, Rodrigo Borgia había muerto, al parecer envenenado, Pío III, al que eligieron por estar enfermo, vivió solamente un mes; y ahora Julio II luego de siete años en el cargo, estaba en la culminación de su reinado. Para él estaba pintando Rafael en el Vaticano, al mismo tiempo que Lutero estuvo en Roma. Justamente el año anterior, Rafael había dado el toque final a la "Disputa" que simboliza la verdad de la doctrina de la "Transubstanciación". Esta obra muestra el juicio concomitante del Cielo y Roma. Miguel Ángel estaba a la sazón en Bolonia siguiendo a su patrón, Julio, y había dejado sin terminar el cielorraso y las paredes de la capilla Sixtina. También para Julio iba a esculpir Miguel Ángel su gran Moisés, pero ningún vestigio de la grandeza moral del Moisés podía encontrarse en Julio.

Lutero vio una Roma completamente entregada al dinero, al lujo y a todos los males conexos. Confuso e incapaz de comprender lo que ocurría no permaneció en ella lo bastante para rebelarse contra Roma. Cuatro o cinco semanas a lo sumo, y empezó otra vez su viaje al norte. En cinco semanas uno no puede enterarse de tantos escándalos, ni ver tanto mal como para descartar

una devoción que se mantiene desde la cuna. Sin embargo, a medida que pasaron los años y otras cuestiones de teología y organización eclesiástica fueron aclarándosele, recordó la Roma de su visita y pudo ver con mayor claridad cuán corruptos eran los dirigentes que la gran Iglesia tenía en el año 1510.

Los recuerdos de su visita aparecen aquí y allá en sus Charlas de sobremesa. Esto es lo que pensaba cuando recordaba a Roma, años más tarde:

"Roma es un meretricio. No aceptarla mil florines por no haberla visto, pues jamás hubiese creído el verdadero estado de cosas por lo que otras personas me dijeran, do no haberlo visto yo mismo. Los italianos se burlaban de nosotros por ser monjes piadosos, pues ellos consideran tontos a los cristianos. Ellos dicen seis o siete misas en el tiempo que a mi me lleva decir una, porque ellos reciben dinero por ello, y yo no. El único delito en Italia es la pobreza. Todavía castigan un poco el homicidio y el robo, porque tienen que hacerlo, pero ningún otro pecado es demasiado grueso para ellos... Tan grande y atrevida es la impiedad romana, que no temen ni a Dios ni el hombre, ni al pecado ni a la vergüenza. Todos los hombres buenos que han estado en Roma así lo atestiguan todos los malos regresan peores que antes".

En enero de 1511, el fatigado Lutero, con la mente llena de pensamientos antagónicos, partía de regreso en compañía de Juan von Mecheln. Nuevamente cruzó el norte de Italia, en dirección a Milán. Aquí encontró, con gran sorpresa de su parte, un grupo de sacerdotes que rehusaban obediencia a Roma, alegando que ellos se mantenían en la sucesión del famoso Ambrosio, obispo de Milán de comienzos del siglo IV. También allí, durante ese invierno, estaba trabajando Leonardo de Vinci, que contaba entonces cincuenta y ocho años de edad. La exquisita "Ultima Cena" estaba en preparación, y el genio creador de Leonardo en el arte estaba en pleno desarrollo. Lutero prosiguió hacia el norte, entrando en tierra alemana a través de los Alpes. Cierta día de febrero, los hermanos entraban en Erfurt.

Lutero se alegró de recoger otra vez sus libros y proseguir la rutina de sus estudios. Pero la vida ya no era lo mismo para él. Había estado en Roma. En el viaje había adquirido una confianza, una convicción, un dominio de sí mismo que no había conocido en sus días de constante introspección. Ahora Roma tendría noticias suyas.

LA MAREA CRECIENTE 1511 - 1516

Lutero reasumió su trabajo en el monasterio de Erfurt, como maestro hasta que Staupitz lo llamó nuevamente a Wítemberg en el otoño de 1511.

Wítemberg, la que había de ser su hogar hasta la muerte, era una ciudad pequeña e insignificante. Sus 356 casas albergaban unos 3000 habitantes. Enclavada en una región arenosa y pobre, no podía tampoco esperar nada del río Elba sobre el que está abocada, ya que en este punto, su escasa corriente y su poca profundidad no permiten tráfico alguno. Sus habitantes eran toscos, sin instrucción y en general sin cultura. Dos iglesias se levantaban en ella; la Catedral, adjunta a la Universidad y la iglesia parroquial. La primera atendida por el Elector, se enriquecía con las reliquias de que éste la llenaba, la segunda más pequeña y menos distinguida, servía para los habitantes de la ciudad. También los monjes agustinos poseían allí un claustro, conocido por el "Claustro negro", en razón de las togas negras que vestían los monjes. Aquí fue donde vivió Lutero.

Siguiendo los planes trazados juntamente con Staupitz, Lutero se preparaba para sus exámenes al doctorado, a la espera de una cátedra de interpretación bíblica, pero aunque este primer año fue de intensa labor personal, también se interesó profundamente en los asuntos de su Orden.

La misión que desempeñara en Roma el año anterior, había sido sólo el comienzo del aumento de su reconocimiento entre los monjes. En mayo de 1512 él y Staupitz viajaron hasta Colonia para asistir a la asamblea del distrito, de donde Lutero volvió nombrado sub-prior del monasterio, asumiendo entonces buena parte de sus funciones administrativas.

El 18 de octubre de 1512 recibió el grado de Doctor en Teología. Los cincuenta florines que costaban los derechos usuales fueron pagados por el Elector, al parecer a pedido de Staupitz. Existe todavía el recibo que firmara Lutero por ese dinero.

Escribió invitando a sus superiores en Erfurt, para que asistiesen a su promoción, pero estos no vinieron. Consideraban que Lutero había roto una de las mayores obligaciones del honor universitario al no graduarse en Erfurt; de nada sirvió que Lutero insistiera, ya en el primer párrafo de su carta, aclarando esta diferencia como orden de sus superiores. Las relaciones continuaron tirantes e iban a serlo cada día más a medida que Lutero diese énfasis al aspecto bíblico de la teología frente a la disposición filosófica que se sostenía en Erfurt. Seis días después de recibir su doctorado fue admitido al Senado universitario, el cual le concedió plenos derechos en su profesión docente. Lutero aceptó estas obligaciones con la intensidad y sinceridad acostumbradas en él; consideraba que la Iglesia le había apartado para enseñar y la sentía como autoridad apostólica detrás de él cuando exponía sus doctrinas.

Cuando la joven universidad de Wítemberg (con sólo nueve años de existencia) admitió a Lutero en su cuerpo de profesores, entró en la fila para colocarse a la cabeza de todas las universidades de la Europa Occidental. Hombres fuertes como Nicolás Amsdorf y Andrés Bodenstein (Carlstadio) que formaban parte ya de su cuerpo docente, sucumbieron pronto a la dirección espiritual y al vigor moral de su nuevo colega. Alrededor de él se formó una tradición de Wítemberg, de modo que pronto se hablaba de "la teología de Wítemberg".

Durante este año 1512-13 Lutero llevó a plena luz por primera vez los elementos antagónicos que luchaban en su pensamiento y los vio con tal claridad y en tal armonía, que llamó a esta experiencia el nacimiento de su fe. En la torre del "Claustro Negro" donde a menudo estudiaba, fijó su atención en el gran texto de Romanos 1:17 "El justo vivirá por la fe".

Consciente de la perfecta rectitud de Dios y también de su propio pecado, no podía entender cómo podía alguien justificarse ante Dios. Este habría sido su problema desde los días de su juventud en que sintió el llamado de la religión.

¿Qué quería dar a entender Pablo con "El justo vivirá por la fe"? Pablo, que más que nadie había mostrado la pecaminosidad de la raza humana; Pablo, que exclamó como tan a menudo el propio Lutero lo hiciera: "¡Miserable hombre de mi! ¿quién me librerá del cuerpo de esta muerte?" Pablo, que hablaba de la lucha de la carne contra el espíritu; Pablo, que creía en la eterna e inmutable voluntad de Dios actuando en la vida humana?

Lutero reunió en su mente las posiciones de Bernardo y Agustín y recordó, a la vez, el consejo constante de Staupitz de considerar la crucifixión. ¿Por fe en la crucifixión podía él, encontrar alivio a su carga de pecado? ¿Era pues, por fe en la obra histórica de Cristo? ¿La fe de que hablaba Pablo tenía que ser la aceptación de la obra de Cristo! ¿Y eso tenía que querer decir que Dios por medio de Cristo había justificado a los hombres pecadores que quisieran entregar sus vidas a Su palabra! ¿Podía él mismo, Martín Lutero por su aceptación de la obra histórica de Cristo, hallar salvado el profundo abismo entre él y Dios? ¿Era verdad, pues, que la justicia de Dios, no era la justicia de la condenación, sino la justicia de Cristo transferida a él?

Entonces sintió el ritmo poderoso del pensamiento paulino en el que, si bien el pecado estaba siempre presente, también lo estaba la justificación de Dios. Sintió dentro de sí la fuerza pura tan antigua y bien conocida por los cristianos paulinos. Ya no era cuestión de batallar con Dios para forzarle a reconocer sus buenas acciones, sino que Dios estaba de su parte. Vio, por decirlo así, en una gran visión, todo el tremendo movimiento de la raza humana, desde su pecado en Adán hasta su redención en Cristo, y él, Martín Lutero, podía permanecer inmutable por fe en Cristo sabiendo que el inmenso peso de su pecado había sido compensado por la infinita misericordia, hecha realidad en Cristo.

Esta fue la hora de su libertad, la hora de su gran "iluminación". De ese día en adelante hubo una nueva nota en su mensaje; su enseñanza toda comenzaba, se concentraba y acababa en la historia de la redención. Salió del cuarto de la torre, no con una teología completa, definida claramente, pero sí con una base fija e invariable. Así encaró sus primeras clases bíblicas en la seguridad de que había hallado la clave para entender las Escrituras. Y ya, a través de todas las luchas que había de sostener en su vida, perseveró en su seguridad de que "el justo vivirá por la fe"; no era que la fe actuara sin obras, sino que por la fe venía la vida y las obras eran el resultado.

Dio cátedra en la Universidad desde 1513 a 1515, sobre los Salmos. Una copia (impresa un mes antes de comenzar su cátedra) del salterio, quedaba en su escritorio frente a él, y los amplios espacios interlineales iban siendo llenados por las notas y los comentarios que en letra menuda redactaba Martín; texto y notas que aun hoy se conservan.

Su corazón había sido turbado durante muchos años por importantes problemas religiosos, y ahora sus estudiantes oían cómo toda la profundidad espiritual de los Salmos cobraba vida propia en boca del narrador. Daba su cátedra en latín, pero si el latín le resultaba demasiado escolástico y sin expresión, pasaba rápidamente al alemán; en sus notas se puede ver como cambiaba de idioma en mitad de una frase.

De la misma manera, cuando las viejas formas comunes en las clases universitarias eran insuficientes para expresar la magnitud de su mensaje, él creaba nuevas y vivas ilustraciones. Por ejemplo: "Como la pradera es para la vaca, la casa para el hombre, el nido para el pájaro, la roca para la cabra y la corriente para el pez, así es la Escritura para el alma del creyente". Cuando Lutero hablaba a sus alumnos sobre el salmo 23 o el salmo 57, ellos sentían la autoridad con que

lo hacía y se aglomeraban en sus clases. "Nosotros los estudiantes le oímos con gusto, —escribió uno de sus alumnos—, pues nos habla en nuestra lengua madre".

En 1515 y 1516 dio cátedra sobre la epístola de Pablo a los Romanos. Ahí estaba su fuerte fundamento y a medida que explicaba a sus alumnos la idea de Pablo, capítulo tras capítulo veían claramente descubierto ante ellos todo el drama de la redención celestial.

A punto de empezar la exposición del capítulo noveno, llegó a sus manos la edición de Erasmo del Nuevo Testamento griego, y desde entonces fue su libro de texto. No sólo se valía de la espléndida ayuda griega y latina de Erasmo, sino que, aunque era inexperto en su utilización, tenía siempre sobre su pupitre la gramática y el léxico hebreos de Reuchlin, esforzándose por obtener tanto para el Antiguo como para el Nuevo Testamento, las mejores ayudas que podían brindarle la erudición.

Allí en sus conferencias sobre Salmos y Romanos fue formulando su teología de una manera sistemática. Aunque su interés nunca estuvo puesto en el sistema como tal, sino siempre en la piedad práctica, desarrolló, no obstante sus ideas, de una manera sistemática. Y su gozo iba en aumento a medida que mes tras mes, iba descubriendo que todos los grandes problemas de su vida, iban encuadrando unos con otros, alrededor de su reconocimiento de la base histórica, no especulativa, del pensamiento cristiano.

A medida que daba sus clases sobre Romanos, llevaba ante el tribunal de este vigoroso libro a la sociedad de su día. Atacó acerbamente a Julio II y la escalofriante inmoralidad de Roma. Denunció a la Curia y toda la jerarquía romana por su corrupción y su vileza: el lujo, la avaricia, el orgullo y el egoísmo eran desenfrenados en la ciudad del Papa. Romanos 13:13, el texto que había servido de terrible lección al inconverso Agustín, dio ahora a Lutero un vocabulario para la descripción de Roma: "glotonerías", "borracheras" "lechos", "disoluciones", "pendencias", "envidias". Y Lutero instaba a su generación a prestar oídos a la gloriosa exhortación del versículo 14: "Revestíos del Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne en sus deseos". Con lenguaje severo acusaba al clero de creer que su tarea era defender a la Iglesia, en lugar de predicar el Evangelio.

Algunos años antes, Lutero le había manifestado a Staupitz que no sobreviviría muchos meses a los deberes del doctorado, pero con gran sorpresa de su parte vió que a medida que su vida se organizaba en este campo, sus fuerzas aumentaban, Staupitz había sentido el calibre de Lutero y ahora se regocijaba en el continuo progreso del maestro.

En 1516, durante el desarrollo de este curso, publicó su primer libro. Había descubierto las obras de Taulero y los grandes místicos alemanes, y se entusiasmó tanto con un librito titulado Teología alemana, que lo editó, diciendo en el prefacio que, después de la Biblia y Agustín, no había libro mejor para aprender la naturaleza de "Dios, Cristo, el hombre y todas las cosas". La influencia de esta escuela mística del pensamiento alemán, suavizó considerablemente la piedad interior de Lutero. El nunca adhirió completamente a la escuela mística, siendo sus intereses demasiado prácticos, pero la contribución de la aceptación tranquila y pasiva de la voluntad de Dios, que era el pensamiento central de los místicos alemanes, le dio un dichoso sentido de paz en esos días de tormenta interior.

Las obligaciones de Lutero en Witemberg no se reducían a la cátedra, pues su elevación al doctorado incluía el deber de predicar a sus hermanos monjes. En los primeros años se había revelado abiertamente contra esta obligación, considerándola con temor y temblor. Discutió el caso con Staupitz, diciéndole que tenía miedo de hacerlo. Staupitz le dijo que él también había tenido miedo de predicar al principio, pero que el miedo desaparecería. De modo que Lutero empezó, predicando al principio solamente a los monjes, en su capillita de madera, de 6 por 9 metros, adjunta al claustro.

Sus sermones tuvieron tal tónica y despertaron tal interés , que el consejo municipal de Witemberg le pidió que predicase en la iglesia parroquial. El sermón más antiguo que se conserva es uno que predicó probablemente en 1514. Su texto era: "Todo lo que quisiereis que los hombres hicieren con vosotros, así haced vosotros con ellos"; y el sermón mostraba lo que iba a ser la cualidad más importante de su predicador. Hablaba de una manera directa y clara, refiriéndose frecuentemente al ambiente en que vivían sus feligreses, a las cosas que ellos conocían y con las que estaban en diario contacto y las analizaba a la luz de los principios cristianos, exhortándoles a seguir por el camino del cristianismo.

A las tareas del profesorado y la predicación, se sumó el cargo de Vicario de Distrito de los monasterios de Meissen y Turingia, que le fue adjudicado por la Orden, en Gotha, en 1515. Diez monasterios caían bajo su jurisdicción, que después con la adición de Eisleben, su pueblo natal, llegaron a once. El reglamento exigía que fueran visitados una vez al año. Esta visitación implicaba ciertamente tiempo, esfuerzo y resistencia. Su correspondencia aumentó extraordinariamente con esta elección. Todas las horas del día estaban ocupadas en tareas importantes.

Tenía que predicar a los monjes y a los aldeanos; tenía que dar sus clases en la universidad, y su exposición debía ser intensa y razonada, de acuerdo a su posición de jefe reconocido de un nuevo movimiento, y tenía que ejercer disciplina administrativa sobre monasterios distantes.

Dejó de ser el monje introspectivo y preocupado de Erfurt y se transformó en el líder fuerte, audaz, confiado que gozaba de la confianza y del respeto de todo su círculo. Sin embargo, la humildad, la sinceridad y la profunda piedad continuaron siendo las características más arraigadas de su vida. Veía claramente cada uno de los detalles de sus muchas tareas y mantenía una comprensión enteramente personal de los problemas que le concernían; humilde en su íntimo pensamiento, poseía la fascinante cualidad de saber actuar en público manteniendo su responsabilidad profesional.

Sus cualidades de administrador verdaderamente cristiano, aparecen nítidamente en una carta que dirige a un monasterio, y en la que se refiere a un hermano que ha incurrido en la necesidad de disciplina. "

"A Juan Bercken.
Prior Agustín en Maguncia

Dresde, 1 mayo 1516.

"¡Os saludo en el Señor reverendo y excelente padre Priori Me siento apesadumbrado al saber que está con su Reverencia uno de mis hermanos, un tal Jorge Baumgartner hermano de nuestro convento de Dresde, quien ¡ay! busco en Ud. refugio, do una manera vergonzosa y también por una causa vergonzosa. Agradezco vuestra caridad en haberlo recibido, acabando así con esto oprobio.

Esta oveja perdida es mis, y es deber mío buscarle y traerla de vuelta, si es la voluntad del Señor Jesús. Por lo tanto, ruego a vuestra reverencia, por nuestra común fe en Cristo y por nuestro común voto agustino, haga la merced de enviármelo a Dresde o Witemberg, o mejor aún, mire de persuadirle con tiento que venga por su propia voluntad. Le recibiré con los brazos abiertos. Dejadle venir, no tiene motivo para temer mi desagrado.

Sé que tienen que venir escándalos. No es asombroso que un hombre haya caído, pero si es un milagro que pueda levantarse y permanecer en pie. Pedro cayó para que comprendiera

que era hombre. Los cedros del Líbano cuyas copas tocan al cielo, caen también, ¡maravilla de maravillas, un ángel cayó del cielo y el hombre en el mismo Paraíso! ¿Qué extraño es, entonces, que una caña sea agitada por el viento y un pabilo sea apagado?

Que el Señor Jesús os enseñe, ayude y perfeccione en toda buena obra. Amén. Adiós.

HERMANO Martín Lutero, Profesor de Teología y Vicario Agustino del Distrito de Meissen y Turingia.

Como si todas sus tareas y responsabilidades no fuesen suficientes para poner a prueba su espíritu, la peste llegó a Witemberg en el otoño de 1516. Muchos de sus habitantes huyeron inmediatamente y muchos monjes fueron transferidos a otros claustros, pero Martín Lutero permaneció en Witemberg; éste era el lugar donde sus superiores le habían colocado, donde tenía su obra y aquí permanecería. Ese valor es patente en toda su vida; ni peste, ni emperador, ni papa alguno podrían moverlo del camino que se había trazado.

En 1516, el año antes de empezar su controversia pública, Lutero era ya un líder inteligente en los asuntos de su medio ambiente, dueño de sí mismo; la firme y dura disciplina de su hogar en Mansfield le hizo ser útil; la profunda intensidad de sus luchas religiosas en Erfurt había sido resuelta ya dentro de una tranquila firmeza; su mente, su alma y su vigor físico estaban ocupados en el reino de la Iglesia. Por su posición en la vida monástica, tenía la obligación de rezar los oficios de la Iglesia a intervalos regulares cada día, pero la presión de sus muchos deberes era tan grande, que pasaba días sin orar ni dormir. Algunos de sus críticos llamaban a esto negligencia.

Para Lutero era necesidad. Muchas eran las noches en que llegaba a su celda tan agotado, que era incapaz de desvestirse antes de caer dormido en su angosto catre. Cuando se producía una interrupción en la rutina de la semana trataba de recuperar lo perdido rezando sus oraciones todas de una vez. Estaba realmente en la lucha por Cristo, la lucha a que se había entregado con su entrada en el monasterio de Erfurt.

El 26 de octubre escribía a Juan Lung, uno de sus más íntimos amigos:

"Saludos:

Necesito un par de escribientes o secretarias, pues me paso el día entero escribiendo cartas. Tengo que multiplicarme continuamente, juzgue Ud. si no. Soy el predicador del convento, el lector en las comidas, se me pide que de un sermón diario en lo iglesia parroquial, soy vicario de distrito, es decir once veces prior, gerente de nuestro pesquería en Litzkan, abogado en nuestro caso contra los Herzbergs (ahora pendiente en Torean), catedrático en San Pablo. catedrático ayudante sobre el Salterio, además de tener mi correspondencia le que, como ya he dicho, ocupa la mayor parte de mi tiempo. Raras veces tengo tiempo para cumplir con los ser vicios canónicos y nada digo de mi atención a mis propias tentaciones contra el mundo, la carne y el diablo. ¿Ya veis cuán ocioso soy?

Creo que ya tendréis mi respuesta sobre el hermano Juan Metzel, pero veré qué puedo hacer. ¿Cómo pensáis que puedo con. seguir lugares pero vuestros sibaritas y epicúreos. Si lee habéis criado en esa pernicioso costumbre debéis mantenerlos en el mismo estilo pernicioso. Tengo bastantes hermanos "inútiles" en todos lados —si se puede llamar inútil a una alma sufrida— y estoy convencido de que los inútiles son los más útiles de todas— asá que puede tenerlos un tiempo más.

Ud, me escribe que ayer empezó a dar cátedra sobre el segundo libro de las Sentencias; mañana empiezo yo o dictar cátedra sobre Gálatas aunque temo que la peste no me permita

terminar el curso. La peste se lleva dos o a lo sumo tres en un día, y eso no todos los días. Un hijo del herrero que vive enfrente, ayer estaba bien, hoy está enterrado, y un hermano suyo enfermo. La epidemia empezó repentinamente al fin del verano. Ud. quisiera que Bernardo y yo buscáramos refugio junto a Ud. pero ¿huiré yo? Espero que el mundo no se acabará cuando el hermano Martin lo haga. Si empeora la peste enviaré afuera a los hermanos. Yo estoy relacionado aquí y no puedo huir a causa de mi voto de obediencia, hasta que la misma autoridad que ahora me manda quedarme, me ordene salir. No es que no tema a la peste (pues no soy el apóstol Pablo, tino un disertante suyo), mas espero que el Señor me libraré de mi temor".

Como si el destino lo estuviese preparando para ser el foco de los problemas de su época, sé encontró en un medio ambiente experimental: la iglesia parroquial. Del trabajo pastoral, la dirección estudiantil, el estudio bíblico, la especulación filosófica, de su vida devocional privada y de otros muchos cargos personales e impersonales, entre ellos la dirección de los once monasterios, Martha Lutero iba atesorando dentro de sí una experiencia tan grande que le daba una idea amplia y exacta de su medio ambiente. De todas las cosas que le preocupaban, no era la menor uno de los puntos sensibles de la antigua doctrina de las "buenas obras": la veneración de las reliquias, con la anexa idea de que tenían poder espiritual. El Elector de Sajonia, el propio señor civil de Lutero, era particularmente aficionado a coleccionarlas. Había reunido centenares de reliquias en la catedral de Witemberg; pero muchas de las pretensiones en cuanto a las mismas eran completamente fantásticas. Lutero mismo, por ejemplo, había visto la túnica de una sola pieza de Nuestro Señor expuesta a la vez en varios sitios muy distantes unos de otros. Esta y otras cosas de naturaleza idénticamente increíble molestaban al predicador de Witemberg, y así, de 1515 al 17, varias notas de protesta aparecen en sus sermones y clases. No era un rebelde. Hijo devoto de la Iglesia visible y completamente dentro del ambiente de piedad histórica del catolicismo, su protesta, no contra la idea o la historia, sino contra el abuso, es cada vez más frecuente. Roma no pudo mantener por más tiempo el secreto sobre la corrupción en Europa. Juan Colet, Sir Tomás Moro y otros en Inglaterra habían pedido una administración más limpia de la Iglesia. La pluma de Erasmo había insistido en algunas de las mejores críticas de la historia cristiana, en que la Iglesia se reformara. Líderes de la iglesia en Italia trabajaban en una sociedad dedicada a la reforma. En toda la amplitud de la cristiandad occidental, el grito de escándalo había sido oído con tanta insistencia durante cincuenta años, que la nueva corriente de reforma adquiriría una presión terrible. Lo que se esperaba, lo que se ansiaba era una dirección segura, consagrada e inteligente.

La raíz del litigio era religiosa; la dirección, pues, tenía que salir de las fuentes religiosas. Los Hermanos de la vida en común, magníficos reformadores en esferas limitadas, no habían llegado muy lejos con sus ataques; Erasmo, con toda su escuela de humanistas, no entraban en el campo de la religión pura. Los eclesiásticos de Italia estaban anulados porque vivían demasiado cerca de los focos de infección. Pero aquí, en la lejana Witemberg tan miserable e insignificante, que excepto unos pocos favoritos del Elector de Sajonia, nadie le prestaba atención, aquí se estaba formando una experiencia religiosa lo bastante fuerte, inteligente y valiente para llevar la dirección. Pero Martín Lutero, tan ocupado en sus muchos campos de actividad, vivía ignorándolo todo, salvo que había descubierto la fuente de la primitiva piedad de la Iglesia y que no podía callar ante el abuso. No era rebelde por naturaleza, sino conservador. Amaba su tradición, su Iglesia y su gente, pero era honesto. Odiaba el pecado en todas sus esferas, altas o bajas. Protegería a su gente; honraría las obligaciones de su ministerio docente. Hablaría, pues, clara y decididamente, sin rodeos.

En la cátedra y en el púlpito, defendía la causa del hombre corriente, del hombre de su esfera. El ansia del pueblo contenida durante medio siglo halló ahora una voz. Defendió al campesino condenando el derecho de la nobleza a promulgar y aplicar las terribles leyes por las cuales se reservaban la caza para sí, castigando aun con la muerte al pobre hombre que mataba un conejo.

Llamaba a los grandes señores "ladrones" e "hijos de ladrones". Se enfurecía ante la opresión ejercida por las clases altas, tanto eclesiásticas como civiles y clamaba contra ellas. La codicia y la avaricia que se agazapa tras todas las guerras recibió su condena. Llegó aun a nombrar a Julio II, al Duque Jorge de Sajonia, al Elector de Sajonia y a otros príncipes como culpables de ese devastador estado de guerra. Se convirtió en un elocuente portavoz religioso de todas las causas que elevan a la humanidad. Llevaba en sus manos los estandartes de las causas más nobles. Luchó sin timidez; la sangre de los campesinos estaba en él y señores y gobernantes debían responder ante las Escrituras por su explotación de los hijos de Dios.

¡Roma con los abusos que había creado y de los cuales vivía era la hereje! ¡Martín Lutero el católico!

IV SEÑOR DE LA FLORESTA

LA LIBERTAD DEL CRISTIANO 1517 - 1520

Una noche, a mediados de noviembre de 1517, Hans Luther, sentado junto a su casa en Mansfield, recibió de manos de uno de sus más íntimos amigos, un folleto llegado de Witemberg, en el que, en tipo pequeño y a dos columnas, pudo leer:

Por amor a la verdad y con el deseo de sacarla a luz, se discutirán en Witemberg las siguientes proposiciones, bajo la presidencia del Reverendo Padre Martin Lutero. Maestro en Artes y Sagrada Teología, y profesor ordinario de las mismas en este lugar. Por consiguiente, ruega a todos aquellos que no puedan estar presentes y discutir oralmente con nosotros, quieran hacerlo por carta.

1. Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, cuando dijo Poenitentiam agite, quiso que toda la vida de los creyentes hiera arrepentimiento.

2. Esta palabra no puede ser interpretada como penitencia sacramental, es decir, la confesión y satisfacción que administran los sacerdotes.

5. El papa no entiende remitir, ni puede remitir, otras penas que las que él mismo ha impuesto, y sea por su propia autoridad o por la de los cánones.

6. El papa no puede remitir ninguna culpe, sino sólo declarar que ha sido remitida por Dios —si bien es cierto que puede conceder remisión en casos reservados a su juicio.

11. Este cambio de la penitencia canónica a la del purgatorio es una cizaña sembrada cuando los obispos dormían.

28. Lo que sucede cuando suena la moneda m que aumentan lee ganancias y la avaricia, pero el resultado de lo intercesión de la Iglesia está en el poder de Dios solamente.

El papel le tembló en las manos, al tiempo que una gran excitación se apoderaba de él al comprender con fuerza aplastadora, que su hijo estaba desafiando a la institución más poderosa de la tierra. Para Hans, Martín era un muchacho todavía; no tenía más que treinta y cuatro años. Sin embargo, esas palabras procedían del yunque de la experiencia. Sus ojos se posaron nuevamente sobre la página:

29. ¿Quién sabe si todas las almas del Purgatorio quieren salir de allí?...

50. Se debe enseñar a los cristianos que si el papa conociere las exacciones de los predicadores de indulgencia, quisiera más bien que la iglesia de San Pedro se redujera a cenizas que no fuera construida con la piel, la carne y los huesos de sus oveja,.

62. El verdadero tesoro de la Iglesia es el Santísimo Evangelio de la gloria y la gracia de Dios.

71. El que habla contra la verdad de los perdones apostólicos sea anatema.

72. Pero que el alerta contra la ambición y licencia de los vendedores de perdones, sea bienaventurado.

82. ...¿Por qué el papa no vacía el Purgatorio por puro amor santo...?

Este razonamiento agudo e incisivo tomó desprevenido a Hans. ¡Martín tenía razón! Si el papa podía ayudar a los que estaban en el Purgatorio, entonces la caridad debía moverle a

hacerlo. Cerró los ojos un momento e intuitivamente sintió que se aproximaba una hora en que Martín sería llamado a responder por eso.

La Iglesia no aguantaría que la desenmascarasen así. Pero era efectivamente un abuso de la Iglesia el que hiciera tales cosas, y se sintió enardecido al pensar que su propia carne y sangre tenía tal coraje.

82. *¡Afuera, pues, con todos esos profetas que dicen al pueblo de Cristo: "Paz, paz", y no hay paz!*

93. *¡Bienaventurados aquellos profetas que dicen al pueblo de Cristo: "Cruz, cruz", y no hay cruz!*

Lenta, reflexivamente, Hans leyó una a una aquellas noventa y cinco declaraciones; luego preguntó al amigo que se las diera qué informes tenía el mensajero que las había traído de Wítemberg. Supo así que Martín había clavado esas proposiciones en la puerta de la iglesia catedral, que era el tablero de anuncios de la universidad, a mediodía, el día de todos los santos; que el original era de puño y letra de Martín, pero los impresores de Wítemberg habían publicado rápidamente el texto en latín y griego, y ahora corría por toda Alemania.

Hans pasó revista a los últimos años y recordó cuánto celo y sinceridad había demostrado su hijo Martín, y cuán larga y enconada había sido su lucha por obtener la paz de su alma. Muchas veces le había parecido a él que Martín era demasiado atrevido en las cosas que decía contra algunas prácticas bien conocidas de la Iglesia. Sabía que en el púlpito de Wítemberg, dos años atrás, había denunciado el abuso de las indulgencias. Ahora se preguntaba si después de tantos años de estudios y lucha, Martín estaría por verse abocado a graves y desastrosos acontecimientos.

Más tarde, Hans entró en casa y contó a Margarita acerca de estas cosas. No conocía del todo la situación, ni tampoco cuál era la intención final de Martín, pero sí sabía que, durante mucho tiempo, tanto él como sus conciudadanos en Wítemberg se habían inquietado por la presión financiera y abusiva de la Iglesia. Si su hijo, ya hombre, podía defender con éxito la práctica de un sistema más antiguo y mejor, indudablemente alcanzaría más distinción de la que él soñaba cuando se empeñó en que estudiara leyes.

Ahora ya, todo Mansfield estaba alborotado estos meses de noviembre y diciembre por los temas expuestos en sus tesis, y no sólo Mansfield, sino toda Alemania y aun Europa.

• • •

En Wítemberg, Lutero estaba seguro de que en la práctica se había llegado a tal extremo en la cuestión de las indulgencias, que lo único que se podía hacer era atacar directamente tales abusos. El habíase lanzado a la palestra después de una larga y cuidadosa preparación.

En su búsqueda de una piedad sincera y honesta había llegado a estar disconforme con algunas prácticas de penitencia de la Iglesia, y cuando a fines de 1517 sus feligreses le enseñaron unas cartas de indulgencia que habían comprado, pretendiendo librarse con ellas de ciertas consecuencias del pecado, ya no pudo quedarse tranquilo. No creyendo las historias que le contaban sus feligreses, se consiguió las instrucciones dadas por Alberto, arzobispo de Magdeburgo, al vendedor de estas indulgencias. Ahí encontró la base para todas las posiciones sostenidas por la gente de Wítemberg.

Sabía que Alberto, príncipe de la casa de Brandeburgo, arzobispo de Magdeburgo y obispo interino de Halberstadt, había intentado conseguir también el arzobispado de Maguncia;

pero lo que no sabía era que, con el fin de asegurarse esos tres obispados (contra la propia ley canónica), Alberto había hecho un acuerdo financiero con el papado. El no sabía que la casa de Fugger, banqueros de Ausburgo, había anticipado a Alberto el dinero que necesitaba para el soborno y para dar a León X la retribución por su confirmación en estos cargos. No sabía que los representantes de Alberto y los del Papa se habían reunido para tratar del precio que debía pagarse. Estos pedían doce mil ducados, por los doce apóstoles; aquéllos ofrecían siete mil, por los siete pecados capitales. Habían acordado al fin que el precio sería diez mil ducados. Lutero también ignoraba, por consiguiente, que para asegurarse esta operación León X había concedido a Alberto el privilegio de vender una indulgencia, el producto de la cual sería dividido en dos partes, una de las cuales serviría para pagar la deuda con los Fugger y la otra mitad iría a las arcas de León X. Lo que sí sabía era que se suponía que todo el producto de la venta iría a parar a Roma, para la reconstrucción de la iglesia de San Pedro. Desconocía los entretelones de la operación, una de las más escandalosas de la historia de la Iglesia. Todo lo que él sabía era que la intención clara y expresa de la piedad cristiana estaba siendo brutal e inexcusablemente destrozada con la venta de esa particular indulgencia.

También el Elector de Sajonia, demasiado inteligente para permitir que sus súbditos fueran sangrados por Roma, había rehusado autorizar la venta de dicha indulgencia en su territorio. Conocía bien el viejo proverbio: "¡Cuando se acerca Roma, aprieta los cordones de tu bolsa"! De manera que la gente de Witemberg no podía comprar las indulgencias en su ciudad; pero eso no era obstáculo para conseguirlas, pues era fácil trasladarse a Zerbat o a Juterborg, villas cercanas, y adquirir allí sus billetes de indulgencia.

Lutero, en su estudio del Claustro negro, discutió consigo mismo esta cuestión durante los meses de agosto, setiembre y octubre, mientras continuaba la venta. Le resultaba difícil creer las cosas que sus feligreses le contaban. El sabía que la Iglesia creía que Cristo había acumulado grandes beneficios para el género humano por medio de su pasión. Sabía que la Iglesia creía que el heroico comportamiento de los santos aprovechaba también al cristiano común. Sabía que la Iglesia creía que el Obispo de Roma tenía el "poder de las llaves". Y él también creía estas cosas. Pero esa venta era una cosa distinta.

Juan Tetzel, prior del convento de dominicos de Leipzig, estaba vendiendo la indulgencia, y cuando entró en Juterborg, adonde fueron a verlo y escucharlo los feligreses de Lutero. Iba a la cabeza de una procesión, conduciendo sobre un paño de terciopelo la bula papal anunciando la indulgencia, y con gran pompa y ceremonia había recorrido las calles del pueblo hasta el lugar de la predicación. Una vez allí, con increíble audacia, aseguró a los sajones que podían comprar la revisión de todas las penas impuestas por la ley de la Iglesia; y que también podía comprar la remisión de las penas que deberían cumplir en el purgatorio por sus pecados. Aún más, con fingido sentimiento y brutal hipocresía, pintó ante la imaginación de sus oyentes los sufrimientos de sus queridos deudos en el purgatorio, y les dijo claramente que podían librarlos de esos padecimientos con unas cuantas monedas. Embaucados así, los ignorantes y sencillos alemanes que Lutero consideraba como ovejas de su rebaño, creyeron que podían comprar así la salvación.

El Claustro negro se convirtió en la escena de un combate furioso en su mente y corazón. ¿Cómo podían los jefes de la Iglesia actuar de esa manera? ¿Era que no comprendían hasta dónde llegaba el poder papal y cuáles eran sus limitaciones? ¿No sabían que la gracia de Cristo no estaba en venta... o era que, en efecto, como se decía, en Roma todo estaba en venta?

Indignado en su espíritu al ver cómo eran destruidas las cosas sagradas, pero sin perder la serenidad mental, redactó tranquilamente noventa y cinco sentencias precisas, cada una de las cuales era un punto discutible dentro de la gran cuestión del oficio de la penitencia, con referencia particular al valor de las indulgencias. Estas eran cosas que él creía debían ser

aclaradas, y él, como maestro de Teología, poseedor del sagrado derecho de esclarecer las Escrituras, estaba en condiciones de expresarse.

Así, el 31 de octubre, estando Wítemberg colmado de gente, porque era el día del aniversario de la iglesia catedral, él fijó sus noventa y cinco tesis, con un breve preámbulo, en el tablero de anuncios de la Universidad. Las puertas de madera de la catedral, que estaba junto a la Universidad, servían para ese efecto, y allí aparecieron las tesis. No fue como si hubiera tomado el martillo, símbolo de la revolución, para golpear las puertas de la iglesia, simbólicas de la Iglesia misma. Muy por el contrario. Era un simple profesor de teología y predicador popular, que llamaba a sus colegas, en correcto estilo académico, a discutir sobre cuestiones fundamentales para su generación.

Ni siquiera imprimió su declaración, como dos meses antes había impreso y enviado a todos sus amigos una lista similar de tesis sobre la debilidad de la teología escolástica. Le había desilusionado que aquéllas no provocaran mayor discusión. Pero no estaba preparado para la torrentosa reacción que estas tesis sobre las indulgencias habrían de provocar en toda Europa. "Como transportadas por mensajeros celestiales", aparecieron en todos los idiomas y en todos los lugares de la cristiandad.

Tampoco esperaba los plácemes que recibió, entre ellos una serie de grabados en madera del propio Alberto Durero, el gran pintor que se plegó al vigoroso movimiento de Lutero desde su principio y que habría de ser su admirador durante toda la lucha de la Reforma. Y así, el tranquilo, fuerte y tenaz maestro de Wítemberg se encontró súbitamente convertido en el jefe de la reacción de medio siglo de descontento. Así, el hijo de Hans Luther se encontró forzosamente al frente de una campaña para esclarecer el Evangelio y reformar la Iglesia.

• • •

Lutero no tenía intención de encubrir ninguno de sus actos. Simultáneamente con la publicación de sus tesis, escribió a Alberto, el responsable de la venta, la siguiente carta:

"Gracia y misericordia de Dios y de todo cuanto pueda ser y es. Perdonadme, muy Reverendo padre en Cristo, e ilustre Señor que yo, el más humilde de los hombres, me atreva a dirigir una carta a vuestra alta grandeza...

Se pregonan por ahí indulgencias papales para la construcción del templo de San Pedro, con vuestra ilustre anuencia. No censuro los sermones que acerca de ellas se han predicado pues no los he oído; pero lamento que la gente haya concebido acerca de ellas las más erróneas ideas. Ciertamente creen esas almas infelices que si compran el perdón tienen segura la salvación: asimismo que las almas del purgatorio salen volando en cuanto depositan el dinero en el arca. En síntesis, que la gracia conceda es tan grande, que no hay pecado que no pueda ser por ellos perdonado ni siquiera, como dicen tomando un ejemplo imputable, el de violar a la madre de Dios. Creen también que las indulgencias les liban de toda pena y culpa.

¡Dios mío! así son conducidas a la muerte las almas confiadas a vuestro cuidado, Padre, por las cuales vas tenéis ara crecida y terrible cuenta que pagar...

¿Qué menos podría hacer yo, ilustre Príncipe y excelente obispo que rogar a vuestra Reverencia, por amor del Señor Jesucristo, que retiréis de inmediato vuestras Instrucciones a los Comisionados, imponiendo otra forma de predicar a los que proclaman tal perdón de pecados. no sea que al fin alguien se levante y los refute junto con sus Instrucciones para vergüenza de vuestra Alteza? Yo desapruuebo esto vehementemente, mas temo que suceda, a menos que esta injusticia sea rápidamente reparada...

Vuestro indigno hijo.
Martín Lutero. Agustino Dr. en Teología.

La recepción de esta carta fue motivo para que Alberto iniciara el movimiento de oposición a Lutero por su acción. Llevó el asunto a Roma, pues Lutero había logrado minar la confianza del pueblo en tal forma, que la venta estaba siendo últimamente muy restringida. Pero el jefe de la Iglesia en Roma no estaba en disposición de ánimo para atender una controversia sobre la práctica de la piedad.

Juan de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, tonsurado a los siete años de edad, hecho cardenal a los catorce, con derecho al voto en la Curia a los diecisiete, había sido elegido papa en febrero de 1513. El 15 de marzo, después de su elección, fue ordenado sacerdote; el 17 fue consagrado obispo, y el 19, instalado en la silla papal tomando el nombre de León X. Se cuenta que cuando fue informado de la elección dijo a su hermano: "Ahora gozamos del papado puesto que Dios nos lo ha dado." Sea o no exacta esta cita, lo cierto es que la idea central del goce es una fiel descripción de la intención de León.

Culto, refinado, agradable y excepcionalmente listo, León era el hombre adecuado para elevar el papado hacia nuevas alturas renacentistas. El arte de Italia estaba en deuda con él. Pero como gastaba más de lo que ganaba, en asuntos de finanzas siempre su papado estuvo lleno de perturbaciones. Se le suponía bondadoso, pero ello no fue obstáculo para que hiciera ejecutar despiadadamente a varios cardenales sospechosos de un complot para envenenarlo. Entregado completamente a los asuntos seculares, no era capaz de discernir el significado religioso de esta disputa. Para su desgracia, estaba rodeado de consejeros que eran enteramente incapaces de obrar con verdadera capacidad en la cuestión suscitada por Lutero. El brillante heredero del Renacimiento de los Médici entronizado en Roma, rodeado por lo mejor del arte y la poesía de Europa, ahora tenía que enfrentarse con el hijo de campesinos de Turingia. Y en este campo de batalla, León X, muchas veces triunfador en los campos de la literatura y la política, el arte y la vida regalada, no estaba equipado para encontrarse con un hombre cuyo único interés se cifraba en la religión práctica.

Lutero escribió al papa en mayo de 1518. Le decía cómo había aceptado siempre la autoridad del papado y no deseaba en modo alguno entrar en el terreno de la herejía; pero que la reciente indulgencia papal había difundido el escándalo y la burla, y él se había sentido impulsado a protestar contra esos abusos. Ahora sólo deseaba que el papa entendiera su posición y que prestara cuidadosa atención a los asuntos en cuestión. Pero para prestarles atención era precisamente para lo que no estaba preparado León X. De modo que dejó que la situación siguiera desarrollándose al azar.

El intento de dominar a Lutero comenzó, como era de esperar, a través de su Orden. León pensó que las tesis habían sido escritas por un monje beodo, que estando sobrio vería las cosas con más claridad, y así encomendó al General de la Orden agustina la tarea de apagar el fuego de la rebelión. En consecuencia, el asunto fue llevado ante la asamblea de la Orden, en Heidelberg en mayo de 1518. Lutero estaba presente, así como también su amigo Staupitz. Allí los hermanos discutieron tranquilamente y sin violencia la posición del acusado. Lutero habló explicando sus tesis. Encontró que algunos de los hermanos compartían sus ideas y otros no, por lo cual, no queriendo envolver a su Orden en una cuestión tan seria, renunció el cargo de Vicario de Distrito. No hubo en el capítulo de Heidelberg ninguna indicación de cambio alguno en la posición de Lutero. El hecho de que uno de sus más íntimos amigos fuera designado para sucederle, demuestra que no estaban enojados contra él. Un joven y entusiasta conservador lo desafió a que se atreviera a enseñar sus doctrinas a los campesinos sin que lo mataran a pedradas. Pero Lutero

conocía mejor que él el carácter de los campesinos. La vida de Lutero no peligraba entonces; en cambio, Tetzl, que había vendido las indulgencias, tenía miedo de salir de su convento de Leipzig.

Martín Lutero regresó a Witemberg, y allí aguardó los acontecimientos.

• • •

A la una de la tarde, el 25 de agosto de 1518, entraba en la ciudad de Wítemberg un joven de veintidós años, llamado Felipe Melanchthon. Iba a enseñar griego, asignatura que había penetrado lentamente en las universidades del Norte. Él era el primer profesor de griego nombrado en Witemberg. Lutero, que había pedido el nombramiento de otro candidato, miraba ahora a éste con profunda ansiedad. Pero su ansiedad habría de desvanecerse cuando, cuatro días después, Melanchthon pronunció su discurso de instalación ante el cuerpo docente de la Universidad. Revestido con su toga académica, Lutero escuchó a aquel muchacho defender apasionadamente la orientación del plan de estudios alrededor de las humanidades y el Nuevo Testamento.

Lutero tenía entonces treinta y cinco años, y estaba en la plenitud de sus fuerzas. Melanchthon tenía veintidós años y estaba al comienzo de su carrera. Entre ellos se estableció inmediatamente una íntima amistad, que sólo la muerte habría de interrumpir. La capacidad y la devoción de Melanchthon cobraban cada día más importancia para Lutero. Ahora tenía a su lado, ligado a él por una íntima amistad, al mejor humanista que Alemania había producido. Sobrino de aquel iniciador de los estudios hebraicos en Europa que fuera Juan Reuchlin, y gran admirador de Erasmo, el primero de los humanistas europeos, Melanchthon llegó a Witemberg lleno de entusiasmo en cuanto a la significación del humanismo en la esfera cristiana. Cuando abogaba ante los profesores y estudiantes de Wítemberg por la unión de los estudios clásicos y paulinos, el corazón de Lutero se regocijó. La fina, sensible y precisa erudición gramatical de Melanchthon se unía ahora al poderoso y emotivo dinamismo de Lutero.

En ocasión de publicar Melanchthon un comentario a la epístola a los Colosenses, Lutero escribió en el prefacio:

"Yo soy rudo, turbulento, violento y enteramente belicoso.

"Nací para pelear contra innumerables monstruos y diablos. Debo arrancar tocones y piedras, cortar nudos y espinas, y allanar la selva virgen; pero el maestro Felipe llega suave y gentilmente, sembrando y regando con alegría, según los dones que Dios le ha concedido abundantemente".

Durante todo el resto de sus vidas, en los días de más enconados combates públicos, Lutero y Melanchthon acostumbraron reunirse en el jardincito detrás de la casa de éste, y allí, sobre una mesa de piedra, entre cerveza, risas y solaz, gozaban los frutos de la amistad. Y sus hijos, Felipe y Juan y Martín y Pablo, jugaron juntos en su infancia.

• • •

Roma no iba a dejar el asunto de lado. Pronto Lutero recibió orden de presentarse ante el representante del Papa en Augsburgo, y esto porque el propio Elector había discutido y conseguido que se modifican una comunicación anterior, recibida el 7 de agosto de 1518, ordenándole comparecer en la propia Roma. Lutero había pasado momentos de ansiedad ante esta

eventualidad pues sabía, como todo adalid de su tiempo, que entrar dentro de los dominios de sus enemigos era ir a la muerte. Así que se alegró cuando supo la alteración del plan.

Llegó a Augsburgo en octubre, encontrándose allí con el General de la Orden Dominica, cardenal Cayetano. Como buen dominico, el hombre era activo, celoso e inflexible por los derechos papales, que su amo León X lo había apresurado a reforzar por la bula "Pastor Aeternus" en 1516, en la que se asentaba la autoridad del papado por sobre la de un concilio de la Iglesia. Por lo tanto, el cardenal Cayetano estaba dispuesto a no dejar siquiera hablar a Lutero; éste, por su parte, había ido a Augsburgo creyendo que podría defenderse, de modo que, en esta contradicción, no llegaron a ningún acuerdo. El mismo Martín describió después cómo había tratado de contener las continuas contradicciones e insultos de que le llenó el cardenal, gritando cada vez más fuerte, hasta que él mismo olvidó toda moderación y le gritó también, terminando la conferencia en completa desinteligencia. El cardenal exigía una retractación. Lutero pedía una discusión del asunto. El cardenal lo acusaba de herejía. Lutero lo desafiaba a probar que fuera herética cualquier declaración de sus tesis. Y el cardenal fue incapaz de hacerlo.

El segundo encuentro ocasionó una ruptura definitiva. Los amigos intervinieron tratando de encontrar una fórmula conciliatoria. Lutero se disculpó por escrito por su conducta en la discusión. El cardenal aceptó la disculpa, y se reunieron de nuevo por tercera y última vez, para llegar al mismo resultado: la exigencia de una retractación y la negación a la misma. Lutero permaneció luego unos días en Augsburgo, pero como los rumores de que se le preparaba una trampa para prenderle se agravasen, abandonó la ciudad de noche, cabalgando sin parar hacia el norte. Caballo y jinete estaban igualmente flacos y macilentos.

A su regreso escribió una descripción de su entrevista con el cardenal Cayetano, destinada a ser leída en público, y una carta al papa León, que tituló: "Una apelación del Papa mal informado al Papa bien informado".

La tentativa siguiente para reconciliar las partes en disputa vino en forma de un embajador papal al Elector Federico. Esta tentativa era impulsada por necesidades políticas, pues habiendo de reunirse la Dieta del Sacro Imperio Romano para la elección de Emperador, al Papa le convenía contar con el voto del Elector. Pero éste, aunque ferviente católico y no del todo convencido de la teología de Lutero, defendía por sobre todo los derechos de sus súbditos y no estaba dispuesto a entregar a Lutero sin una defensa imparcial. Carlos von Miltitz, tomado de improviso en esa rápida fluctuación de condiciones, no fue capaz de conducir satisfactoriamente las negociaciones. Pero en enero de 1519, Miltitz obtuvo de Lutero la promesa de escribir una carta de excusa al Papa. Prometió escribir a Roma accediendo a apoyar las indulgencias en su sentido propio, y reiterando su invariable reverencia a la Santa Sede. Pero la misión de Miltitz fue desautorizada por sus superiores y tampoco esta vez se consiguió nada. La próxima etapa de la controversia fue mucho más grave y dramática que todas las anteriores. Juan Eck, profesor de Teología en la Universidad de Ingolstadt, monje dominico, extraordinariamente hábil en el debate, desafió a Lutero y a su colega de Witemberg, Andrés Bodenstein, a una discusión pública en Leipzig.

Los problemas no estaban del todo claros, pues no siendo Lutero hereje no podía ser clasificado como tal. Pero Bodenstein, más impetuoso, estaba más expuesto a perder la paciencia, y si Eck podía arrancar a cualquiera de los dos alguna declaración herética, Roma podría silenciados a ambos. En esto Eck era maestro. El ambiente era contrario a Lutero en esta discusión. Leipzig estaba en el territorio hostil del duque Jorge de Sajonia, Su Universidad estaba celosa del creciente prestigio de la Universidad de Witemberg y el convento de Tetzels estaba en Leipzig. Muy inquieto emprendió el viaje, pero no iba solo. Con él, repartidos en dos carretas, marchaban los profesores de la Universidad, Melancthon, Justo Jonás, Nicolás Amsdorf, Andrés

Bodenstein y el duque de Barnim, rector de la Universidad. Doscientos estudiantes armados escoltaban los vehículos. Cuando el grupo arribó a Leipzig la ciudad se llenó de un clima de revuelta. En las posadas donde se alojaron establecieron guardias armadas. Se dirigían en grupos bien armados de la posada a la iglesia y a la sala del Concejo, donde se efectuaría el debate. La misma ciudad de Leipzig reforzó sus fuerzas policiales para guardar el orden. Después de un debate preliminar entre Eck y Bodenstein, Martín Lutero entró en lista el 4 de julio de 1519. Estaban reunidos en el salón mayor del palacio del duque Jorge, estando éste presente. Juan Eck era la figura dominante.

"Tenía un corpachón cuadrado; su voz, más bronca que clara, era más adecuada para actor trágico o pregonero de pueblo; la boca, los ojos y todo su aspecto sugerían la idea más bien de un carnicero o un soldado, que de un teólogo. Daba la sensación de un hombre que quería dominar a su opositor, más bien que de quien estuviera esforzándose por ganar una victoria para la verdad. En sus argumentos los sofismas se mezclaban con el razonamiento legítimo; continuamente interpretaba mal las palabras de su opositor, tratando de darles un significado que no tenían".

Cuando Lutero se levantó para hablar, el mismo testigo presencial lo vio como:

"De estatura mediana, delgado de cuerpo, extenuado por el estudio y la ansiedad; casi se le pueden contar todos los huesos; está en la flor de In vida, su voz es clara y serena —por mucho que su adversario le presionara, conservó la calma y el buen genio, aunque a veces usó palabras duras... Llevaba un ramo de flores en la mano, y cuando la discusión sabía de punto, lo miraba y lo olía".

Mantuvo su buen genio... usó palabras duras en el debate... ¡y llevaba un ramo de flores!

El debate derivó hacia un terreno en el que Martín no quería entrar. Eck intentaba continuamente apartar la cuestión de las consideraciones presentes, llevándola a situaciones del pasado, con la evidente intención de conseguir que Lutero admitiera que su posición era similar a la de los grupos heréticos de la historia de la Iglesia. Si lo lograba, podría calificar de hereje al profesor de Witemberg. Probó con la historia de los valdenses, pero sin resultado. Luego habló de la actividad de Wyclif, pero Lutero no cayó en la trampa. Finalmente, trajo a colación la obra de Juan Hus.

Después de una expresión de opinión particularmente vigorosa por parte de Eck, Lutero le interrumpió diciendo: "Pero, mi. buen doctor Eck, todas las opiniones husitas no son erróneas."

Ante esto, el duque Jorge, que tenía buenos motivos para mirar con desconfianza todo lo que fuese husita, lanzó un juramento a media voz: "¡Esa es la peste!", le oyeron murmurar.

Eck estaba alborozado. Contraatacó a Lutero diciendo que la Iglesia había condenado las opiniones husitas; que el Concilio de Constanza las había condenado; que el Papa las había declarado heréticas. Finalmente, con rigurosa e inflexible lógica, llevó a Lutero a la condenatoria aceptación de que los papas y los concilios podían errar.

El debate de Leipzig terminó. Eck partió triunfante hacia Roma. Había desenmascarado a otro hereje. Tetzal, que tenía que ocultarse de la ira del pueblo, al que había engañado, no cabía en sí de contento: Martín Lutero, la voz que había llegado a Leipzig como un grito de protesta y reforma dentro de la Iglesia, abandonaba la ciudad calificado como "hereje, rebelde, una cosa digna de escarnio".

Cabalgando por los ásperos caminos de Sajonia, de vuelta a Witemberg, Lutero meditaba profundamente sobre los días amargos que le aguardaban. Pero no se sentía derrotado; los días de indecisión habían pasado; ahora podría desenvolverse en una forma descubierta.

El invierno de 1519-20 no trajo novedades a Witemberg. Lutero, Melanchthon y sus colegas conversaban constantemente y mantenían correspondencia con todos sus amigos en Europa y se preparaban para la próxima reunión, mientras sus enemigos se fortalecían. Pero a principios de verano, el 15 de junio de 1520, León firmaba la bula Exurge Domine. Esta era obra de Eck, no de León. En ella se exigía la retractación de Lutero dentro de los sesenta días, bajo pena de excomunión. Afirmaba que la posición de Lutero al oponerse a la venta de indulgencias, era herética. Esta afirmación estaba en contraposición con el mejor pensamiento de la Iglesia Católica histórica. Preparada por los belicosos consejeros de León, a la cabeza de los cuales estaba Eck, esta bula, lejos de unificar la iglesia, sólo sirvió para agravar el descontento. En muchas de las provincias y ciudades del norte, la población era tan adicta a Lutero que impidieron su publicación rompiéndola en pedazos y lanzando éstos al arroyo. En Wítemberg sobre todo, y dado que Martín había decidido actuar como si la guerra estuviese ya declarada, la bula tuvo un recibimiento real.

El 10 de noviembre, por la mañana temprano, los estudiantes pudieron leer la siguiente nota sobre su tablero de anuncios:

"Quienquiera que adhiera a la verdad del evangelio esté presente a las nueve en la Iglesia do la Santa Cruz, fuera de las murallas, donde impíos libros de decretos papales y teología escolástica, serán quemados do acuerdo a la antigua usanza apostólica, por cuanto la osadía de los enemigos del evangelio ha llegado a tal extremo que diariamente queman los libros evangélicos de Lutero, Acudid a este espectáculo religioso, juventud pía y entusiasta; ¡quizá sea este el momento en que el Anticristo deba ser revelado!

Poco después, el propio Lutero encabezaba la marcha de los estudiantes y todo el cuerpo docente, que atravesando un portón del muro de la ciudad, se dirigieron a un campo vecino. Allí se preparó una enorme fogata y uno de los profesores de la Universidad le prendió fuego. Entonces, con su característica serenidad. Lutero echó al fuego los libros de la ley canónica como señal de que se libraba de las ataduras de ella. Luego, tomando la bula que exigía su retractación y echándola al fuego, dijo:

"Porque tú has humillado la verdad de Dios, él te humilla en este fuego hoy. Amén".

Después retornó con los profesores a la Universidad, mientras los alumnos se divertían desfilando burlonamente ante el fuego, aunque finalmente se retiraron cantando solemnemente el Te Deum.

Ese mismo verano aparecieron sus tres panfletos famosos en los que razonaba su posición. En agosto publicó A la nobleza cristiana de la Nación alemana, sobre el mejoramiento del Estado cristiano, en el que con una lógica clara atacaba la autoridad del papado. Sintiendo plenamente la nueva corriente de nacionalismo alemán, apelaba al pueblo a que se librara de la tiranía papal. Contradecía las famosas posiciones de Roma: de que los clérigos son superiores a los laicos en la dirección de la Iglesia, que sólo el Papa puede interpretar con autoridad los Sagradas Escrituras y que sólo el Papa puede convocar un concilio eclesiástico. Estas, decía, son las tres murallas detrás de las cuales se ha parapetado siempre el poder de Roma, y todas ellas son insostenibles a la luz

de la gran doctrina esencial del sacerdocio de todos los creyentes. No hay distinción esencial entre sacerdocio y pueblo, pues en realidad cada cristiano, espiritualmente, es un sacerdote.

Para oídos alemanes ésta era una gloriosa incitación a libertarse del dominio italiano, y aun su acérrimo antagonista, el duque Jorge, tuvo un estremecimiento de exaltación al leer este llamado a Alemania. Por un lado, había sido escrito cediendo a un sentimiento nacionalista; pero por otro lado había un sentido más hondo, más poderoso, que hallaba expresión en su doctrina del sacerdocio de todos los creyentes.

Todavía no estaba Europa repuesta de la sorpresa que le causó este ataque a lo que durante siglos se había considerado una autoridad, y ya Lutero publicaba, en octubre, otro trabajo destinado a minar aún más el poder de Roma.

De la cautividad babilónica de la Iglesia es una consideración sobre el creciente poder que en los siglos más cercanos a Lutero había tomado el sistema sacramental en la Iglesia Romana. Lutero mantenía la invalidez de todo sacramento que no pudiese hallar su justificación en el Nuevo Testamento, y partiendo de esta premisa, sólo se podía justificar la Eucaristía y el Bautismo, aunque admitía una justificación parcial para la Penitencia. Según él, los cristianos estaban en una esclavitud similar a la de los judíos en Babilonia, y los siete sacramentos eran las cadenas con que Roma los tenía sujetos a la esclavitud. No existía justificación para la Confirmación, el Casamiento, las Ordenes sagradas o la Extrema Unción; podían ser buenas costumbres del pueblo cristiano, que merecían la bendición de la Iglesia, pero no eran sacramentos.

Estos belicosos documentos fueron seguidos, en noviembre del mismo año, por esa sensible y bella presentación del corazón de su propia creencia, "La libertad del cristiano". Aquí es donde expone la paradoja:

*El cristiano es el más libre señor de todo,
no sujeto a nadie.
El cristiano es el sumiso siervo de todos,
sujeto a todos.*

Y de ella extrajo una gloriosa exposición de la vida espiritual libre del cristiano. La gracia de Dios aceptada por fe, hace del cristiano el señor del universo. Ya pase hambre en una mazmorra, ya reine en trono de príncipe, lleva dentro de sí la libertad de los hijos de Dios. Esto es un don gratuito hecho posible por la fe en Cristo. Pero porque es así libre, está obligado por la ley del amor cristiano y por el espíritu cristiano que mora en él a servir en perfecta caridad a toda la humanidad. De modo que la libertad del cristiano es la libertad creada por el espíritu de Cristo que habita en él, y ella le conduce a un permanente servicio cristiano. Es la antigua doctrina paulista de los "frutos del espíritu".

Fiel a su promesa a Miltitz envió este documento a León. Y acompañó el pequeño opúsculo con una carta en la que decía:

"De vuestra persona, querido León he oído solamente lo que es honorable y bueno... pero de lo Sede Romana como Vos y todos debéis saber, es más escandalosa y vergonzosa que cualquier Sodoma o Babilonia, y por lo que puedo ver su maldad está más allá de todo consejo y ayuda, habiendo llegado a una situación desesperada y abismal. Me angustia ver que bajo vuestro nombre y el de la Iglesia Romana los pobres y todo el mundo son defraudados y damnificados. Contra estos rosas me he opuesto y me opondré mientras tenga vida, no porque

tenga la esperanza de reformar esa horrible Sodoma romana, sino porque sé que soy deudor y siervo de todos los cristianos y que mi deber es aconsejarles y prevenirles.

Finalmente, no vengo ante vuestra Santidad sin un presente. Os ofrezco este pequeño tratado dedicado a vos como un augurio de paz y buena voluntad. Por este libro podréis ver cuán provechosamente podría emplear mi tiempo si esos impíos aduladores vuestros me lo permitieren. Es Mi libro pequeño en lo que respecta a tamaño, pero si no me equivoco toda una vida cristiana está reseñada en su contenido. Soy pobre y no puedo enviaras otra cosa, ni Vos tenéis necesidad de nada más que mis ofrendas espirituales".

Esta carta y el panfleto habían sido enviados a Roma dos meses antes de la fogata de Wítemberg que señaló la iniciación de la rebelión abierta.

LA HORA GLORIOSA 1521

Durante el invierno de 1520-21 Lutero se dedicó activamente a sus tareas normales. Predicaba diariamente y a menudo dos veces en el mismo día. Enseñaba sus clases regulares en la Universidad. Escribió comentarios sobre el Génesis y los Salmos. Publicó un delicado y tierno comentario sobre el Magnificat, "en el que el cántico de María volvió a ser nuevamente, el canto de los humildes y los mansos". Respondía a las polémicas de sus enemigos con duras invectivas y mordaz sarcasmo. La división se hacía diariamente más seria y los hombres eran llamados a la decisión.

Entristeció a Lutero en gran manera el encontrar que su querido Staupitz no estaba dispuesto a declararse en abierta rebelión. Staupitz, ya muy entrado en años, se había retirado a Salzburgo, incapaz de andar todo el camino sobre el que había puesto a Martín. En setiembre de 1519 le había escrito a Lutero:

"Posee tu alma en paciencia para salvación". Tengo bastante que escribir como para llenar tal libro, pero me expresaré brevemente. Me parece que el mundo está exasperado contra la verdad; ese odio tan grande ya una vez crucifico a Cristo y hoy veo para ti también la cruz. A no ser que yo esté equivocado, prevalece la opinión de que nadie debe examinar las Escrituras sin la licencia del Papa a fin de hallar por sí mismo como Cristo nos manda hacer. Tú tienes algunos defensores y ojalá que no se ocultasen por temor al enemigo. Me agradaría que dejases Wítemberg y vinieses junto a mí para que podamos vivir y morir juntos. Esto también agradaría al arzobispo. Aquí termino. Conviene que sea así, para que olvidados, podamos seguir al abandonado Cristo. Adiós y buen viaje.

Lutero le escribió en octubre de 1519, después de Leipzig:

..Ahora acerca de mi mismo. ¿Qué quiere? Me abandona Ud., y he estado por este motivo triste como un niño destetado por su madre. Le ruego que alabe al Señor aún en un pecador como yo. Odio mi vida despreciable; temo e la muerte; estoy vacío de fe y lleno de cualidades de las cuales, Cristo sabe que preferirla prescindir si no fuera para servirlo.

...Anoche soñé con usted. Soñé que usted me abandonaba mientras yo lloraba amargamente, pero usted me hacía señas y me decía que cesara de llorar, pues volvería a mí, lo que ha sucedido ciertamente en este mismo día. Pero ahora, adiós, y ore por mí en mi miseria.

Staupitz escribió en enero de 1521 a su común amigo Link:

Martín ha emprendido una gran tarea y se conduce con gran coraje iluminado por Dios; yo balbuceo y soy como un niño necesitado de leche.

Finalmente el anciano vicario escribió una carta abierta en la que trataba de ser conciliatorio, pero que evidenciaba su lealtad a Roma. Pero ya no era hora de titubeos y Lutero le escribió cortésmente:

Saludos. Me extraña reverendo Padre. que mi carta y panfletos no hayan llegado o Ud. como colijo de su carta a Link. El trato con los hombres me toma tanto tiempo que predicando u otros me he vuelto un proscripto.

En Worms aun no han hecho nada contra mí, aunque los papistas traman el mal con furia extraordinaria. Con todo, Spalatin escribe que la causa evangélica tiene tanto favor allí que él no cree que será condenado sin ser oído...

He sabido sin gran dolor que es atacado usted por el Papa León, pues así la cruz que usted ha predicado para otros puede manifestarla por sí mismo. Espero que ese lobo, pues usted le honra demasiado llamándolo León, no estará satisfecho con su declaración, lo que tiró interpretado como que usted me niega a mí y lo mío, ya que se somete al juicio del Papa.

Si Cristo lo ama a usted, hará que revoque esa declaración, puesto que la bula del Papa debe condenar todo lo que usted hasta ahora ha hecho, enseñado y creído acerca de la misericordia de Dios. Como usted sabe que así debe ser. Me parece que usted ofende a Cristo proponiendo por juez a León, en quien ve usted un enemigo de Cristo que corre desenfrenado (debacchari) contra la palabra de su gracia. Usted debiera haber apoyado a Cristo y haber contradicho la impiedad del Papa. Este no es momento de temblar, sino de gritar fuerte, mientras nuestro Señor Jesucristo es condenado, quemado y blasfemado. Por lo que, en la misma medida que usted me exhorta a la humildad, yo le exhorto al orgullo. Usted es demasiado condescendiente, yo demasiado obstinado.

Ciertamente es un asunto solemne. Vemos a Cristo sufrir. ¿Debemos callar y humillarnos a nosotros mismos? Ahora que el mundo hace mofa y escarnio del bien amado Salvador que se dio por nosotros ¿no debemos ofrecer nuestras vidas y pelear por él? Querido padre, la crisis actual es más grave de lo que muchos piensan. Ahora tiene aplicación el gran texto del Evangelio: "Todo aquel que me confesare delante de los hombres, el Hijo del Hombre le confesará también delante de los ángeles de Dios, porque del que se avergonzare de mí y mis palabras, de este, el Hijo del Hombre se avergonzará cuando viniere en su gloria". Mejor es ser hallado culpable de orgullo, avaricia, adulterio, homicidio, oposición al Papa. y todos los otros pecados antes que estar en silencio cuando el Señor sufre y dice: "Miré a mi diestra y vi; pero no hubo quien quisiera conocerme. ¡Refugio me falta! no hay quien se cuide de mi alma?" Confesándole espero ser absuelto de todos mis pecados, por eso he levantado mis cuernos con confianza contra el ídolo romano y verdadero Anticristo. La palabra de Cristo no es palabra de paz, sino de espada. Pero ¿por qué habré yo, un tonto, de enseñar a un hombre docto?

Lutero se detuvo aquí un momento en su escritura y recordó los días cuando Staupitz fuera su gran consuelo. ¡Cuán discreto y benévolo había sido con él! ¿Por qué no podría ver el conflicto vital entre aquella bendita piedad que había enseñado y la terrible corrupción del sistema presenta? No sabiendo cuán importante era el asunto, Staupitz estaba a punto de detenerse entre las dos opiniones. La pluma tocó el papel nuevamente y Lutero derramó su alegato para retener a su incomparable maestro de otros tiempos.

He escrito esto con más confianza porque temo que esté usted tomando una posición intermedia entre el Papa y Cristo, quienes ahora, como usted ve, están en enconada contienda. Roguemos al Señor Jesús que destruya o este hijo de perdición con el hálito de su boca. Si usted no desea hacerlo, al menos permítame que vaya a unirme en la lucha. Con la ayuda de Cristo no he de permanecer silencioso ante los crímenes de este monstruo.

Sinceramente, su sumisión me ha entristecido mucho y me ha demostrado que usted es diferente del Staupitz que fue heraldo de la gracia y de la cruz. Si hubiese usted dicho lo que dijo, antes de saber de la bula y de la vergüenza de Cristo, no me hubiese entristecido.

Hutton y muchos otros escriben vigorosamente en mi favor y diariamente se cantan agudos cánticos que no deleitan a Babilonia. Nuestro elector actúa tan constante como prudente y fielmente; y por su mandato estoy publicando mi defensa en ambos idiomas...

Durante todo el invierno Lutero tuvo indicios de que sería llamado a la Dieta Imperial. El 25 de enero de 1521, Carlos V, recién elegido cabeza del Imperio, inauguró su primera Dieta en Worms, un pueblo alemán sobre el Rhin. En ella se proponía considerar todos los asuntos del Imperio.

Una de las cuestiones técnicamente de menor importancia, era la de "Tomar nota de los libros y descripciones hechas por el fraile Martin Lutero contra la Corte de Roma". La manera de tratar este problema había sido discutida antes de la llegada del séquito imperial a Worms. Federico, el Elector, se había encontrado con Carlos en Colonia, durante el mes de octubre y noviembre de 1520. El Elector llevaba una carta de Lutero para el Emperador, en la que le pedía protección y un juicio imparcial. Los dos hombres conversaron sobre las posibilidades y el Emperador prometió a Federico que Lutero sería tratado legalmente. Luego el Elector sostuvo una conferencia con los representantes papales ante la corte de Carlos quienes pedían que los escritos de Lutero fuesen quemados y que éste fuese sentenciado.

Erasmus se hallaba en Colonia y el Elector mandó llamarlo:

—¿Ha errado Lutero?

—Sí, ha errado en dos puntos; en atacar la corona del Papa y los vientres de los monjes — conteste, el más grande de los humanistas.

—Pero ¿qué debe hacerse? preguntó Federico.

Erasmus redactó veintidós axiomas, probando que el Papa debía nombrar un tribunal imparcial para considerar las proposiciones de Lutero.

Federico decidió entonces apoyar a Lutero y tratar de sacarlo adelante en la próxima Dieta.

La Bula Exurge Domine sólo había amenazado con la excomunión. Pero la recepción que Lutero le había hecho precipitó las cosas, y el 3 de enero de 1521, León X firmó la bula final en la que se confirmaba su completa excomunión. De modo que cuando la parte romana actuó en Worms lo hizo sobre el principio de que Lutero ya estaba condenado; no debía ser oído; debía ser tratado como hereje y la autoridad civil no estaba obligada a guardar una promesa hecha a un hereje. Debía retractarse o morir, y aun retractándose no había ninguna seguridad de que viviera.

Jerónimo Meandro y Marino Caracciola eran los representantes de Roma. El primero, con categoría de jefe era bibliotecario del Vaticano, conocía el griego y los clásicos, había dado clases en París; más tarde fue cardenal. Inquisidor por temperamento, le era fácil encender hogueras para libros u hombres. Habiendo muerto a cinco hombre por la pérdida de un perro favorito (¡y se atreve a culpar a Lutero por una revuelta de campesinos!) podía ver morir a un hombre por la gloria de Dios sin remordimientos de conciencia. Ahora en Worms él insiste sobre este punto. Lutero tiene que morir. El 13 de febrero habla en la Dieta durante tres horas pidiendo que Lutero sea condenado sin ser oído.

Pero para Lutero la causa era la gran cuestión. Debía ser explicada y defendida. La disputa no había concluido. El debate estaba abierto, y él era el portavoz de un movimiento vivo y creciente.

El 26 de marzo, en Wítemberg Lutero recibió la citación de Carlos V. El leyó "Honrado, apreciado y querido hijo", y se le llamaba a comparecer a fin de "Obtener información acerca de algunas doctrinas originadas en Ud. y ciertos libros escritos por Ud.". Lutero no era cobarde pero sabía el juego que ahora se jugaba. El sensible equilibrio podía romperse en cualquier momento y él se hallaría a merced de sus enemigos. Pero no se echaría atrás. Había nacido para esta hora; ahora el Emperador, el representante del Papa y el pueblo alemán oirían su bendita doctrina. Su vida no era problema. Así pues, el 2 de abril partió para Worms.

Melanchthon quiso acompañarle, pero Lutero no se lo permitió, diciendo: "Querido hermano, si mis enemigos me condenan a muerte, si yo no regreso, permanece tú firme en la verdad y sigue enseñando; si tú vives, mi muerte poco importará".

Una multitud le despidió. Los magistrados de la ciudad alquilaron un conductor y caballos para el carretón medio lleno de paja que había de llevarlos. Amsdorf, Pedro Swaven, estudiante danés (quien había también ido armado a Leipzig en 1519) y Juan Petzensteiner, compañero agustino, iban con él. Gaspar Sturm, el heraldo imperial, cabalgaba delante llevando la cota de armas real, y un pendón amarillo, cuadrado, con un águila negra de dos cabezas. Martín llevaba su laúd para entretener las largas horas en las posadas.

Por la vieja carretera familiar llegaron a Leipzig y allí la población, los magistrados y los estudiantes le dieron cordial bienvenida. De Leipzig pasaron a Weimar donde se les unió Justo Jonás, su entusiasta amigo. Y prosiguieron hacia Erfurt, lleno de recuerdos de sus felices días de estudiantina, donde había oído el llamado de Dios y donde fueran tomados sus votos. Recordaba el voto "la lucha de Cristo" del que conocía ahora su profundo cumplimiento. Lutero se preguntaba cómo le recibirían en la ciudad, estaba ansioso a medida que se acercaban a ella, y su corazón se llenó de gozo al advertir la larga procesión de estudiantes y profesores que encabezada por el Rector acudía a recibirle. Los magistrados dieron un banquete en su honor y Erfurt reconoció a su hijo ahora famoso y distinguido. Durmió en su antiguo convento de los agustinos. El domingo 7 de abril por la mañana predicó en la misma Catedral donde su joven corazón ya una vez se había conmovido. La galería rebosando de gente crujió bajo el peso excesivo, alarmando a los ocupantes que empezaron a precipitarse hacia la puerta. Lutero les detuvo con estas palabras: "Estad quietos, queridos amigos, es sólo una broma del diablo; no hay peligro".

Siguió después a Eisenach. En todas partes era recibido con júbilo. En Eisenach, exhausto, se enfermó. El médico le hizo una sangría, pero "Dios le había curado —decía él—, luego de un trago de un fuerte cordial y un largo sueño".

Después de Eisenach se acercaron a la zona de peligro, deteniéndose en Frankfort, no lejos de Worms, para predicar y visitar escuelas.

Muchas veces sus amigos intentaron detener su marcha. Gaspar Sturm, el heraldo del rey, le había enseñado el edicto del Emperador del 10 de marzo en el que se ordenaba la incautación

de todos sus libros, preguntándole después si quería proseguir hasta Worms. La respuesta de Lutero fue "Sí".

También se intentó detenerle en el castillo de Ebernburg a una jornada de Worms, Francisco von Sickingen, su propietario, deseaba proteger a Lutero y era muy capaz de hacerlo. Pero Lutero no había de ser detenido, la fuerza del destino estaba en él. Por último en Offenheim envió a Spalatin, secretario del Elector, en respuesta a las repetidas advertencias de éste, la siguiente esquela concisa y valiente: "Iré a Worms aunque allí hubiese tantos demonios como tejas en los tejados". Así la pequeña procesión prosiguió hacia Worms.

Su llegada fue anunciada por el vigía de la torre poco antes de las diez de la mañana del 16 de abril, con un fuerte toque de corneta. Millares de espectadores se congregaron a lo largo de la carretera y así Martín Lutero, sobre su humilde carreta, entró triunfalmente en Worms. El legado papal escribía a Roma que Lutero bajó del vehículo diciendo: "Dios estará conmigo", a la vez que miraba con ojos "demoniacos" a la gente que le rodeaba.

Se le alojó en la Casa de los Caballeros de San Juan. Allí acudió rápidamente lo multitud de manera que estuvo ocupado en atender visitas hasta bien entrada la noche. Alejandro dijo que todo el mundo fue a visitar a Lutero. Sus amigos y partidarios estaban alojados en la misma posada y en la cercana de "El Cisne".

La mañana del miércoles la pasó preparándose para su presentación, pero aun así tuvo tiempo para administrar el último sacramento a un noble sajón moribundo que le mandó llamar. A las cuatro de la tarde, el heraldo y el maestro de ceremonias imperial llegaron en su busca.

Martin les aguantaba vestido con su negra sotana de agustino. Entonces Martín Lutero era robusto, aunque no grueso; sus ojos profundos brillaban con extraordinario fulgor; su tonsura recientemente rasurada se destacaba entre un círculo de cabellos espesos y negros. Cranach pintó su retrato ese año y destacó sus facciones fuertes y resueltas aunque fogosas y animadas. Estaba en sus treinta y ocho años, con el corazón aun no contaminado por los terrores de la lucha pública, la mente todavía en su pleno vigor y el espíritu no afectado aún por las largas vicisitudes de derrotas y compromisos.

Aunaba en sí la resistencia del campesino, la preparación monástica, la piedad personal. la honestidad elemental y el valor.

La muchedumbre era tan densa en las calles principales, que para poder entrar en el hall del palacio episcopal, tuvieron que pasar de uno a otro por los jardines de las casas particulares. Lutero tuvo que aguardar dos horas fuera hasta que por fin a las seis fue anunciado a la Dieta. Por el camino vio a un viejo amigo al que saludó con las siguientes palabras: "¡Ah! doctor Peutingen, ¿usted también aquí?".

Ya había oscurecido y grandes lámparas humeantes enrarecían el aire del ya caluroso aposento, colmado de dignatarios. Allí Carlos V era la figura central; pálido, tranquilo, de sólo veinte años de edad, estaba rodeado por todos sus consejeros, seis Electores del Imperio, entre ellos el elector Federico, el propio señor civil de Lutero.

Allí estaban los legados del papa, y en ese momento impedidos de manejar los acontecimientos a su antojo. Obispos, príncipes, diputados y embajadores llenaban completamente el salón. Soldados alemanes y españoles montaban guardia. Millares de personas se apiñaban en las puertas y pasillos.

Ante la persona de Carlos V y la representación de León X, el hijo de Hans Luther quedó un momento callado. Mirando alrededor vid a Alejandro que le clavaba furiosamente la mirada.

"Así han de haber mirado los judíos a Cristo" pensó. Finalmente fijó su mirada en el Emperador. Los ojos se encontraron, pero los espíritus no. Ambos fueron incapaces de reconocer

su respectiva fuerza. Lutero vio a Carlos rodeado por tan numerosa corte, como "un pobre corderillo entre cerdos y sabuesos".

Su inmovilidad fue rota por un movimiento delante de él y vio cómo un funcionario se ponía en pie y se dirigía a él diciéndole que su caso estaba ahora ante la Dieta y que no podía hablar sino para responder a las preguntas que se le formularan. Pensó que esta era una extraña advertencia, y aguardó ansiosamente. Luego el Dr. Eck, en representación de la corte arzobispal, señalando un grupo de libros colocados sobre la mesa central, preguntó a Lutero si esos eran libros suyos y si se retractaba de las ideas expuestas en ellos.

Atacado de improviso Martin no supo qué responder. El había acudido no a una demanda sino a una audiencia, conforme decían las citaciones de Carlos. Jerónimo Schurf, su amigo y abogado acudió en su ayuda exclamando: "Que se lean los títulos de los libros". Fueron leídos: ¡A la nobleza cristiana de la Nación alemana!, De la cautividad babilónica de la Iglesia, La libertad del cristiano, etc., etc. Cuando terminó la lectura Lutero había recobrado el dominio de sí mismo; no lo arrollarían tan fácilmente. Esta era su hora.

Lentamente habló:

Su Majestad Imperial me pregunta dos cosas: primero si estos libros son míos. y en segundo lugar, si es que me seguiré adhiriendo a ellos o me retractaré de parte de lo que ya he publicado. Primeramente, los libros son míos y no desconozco ninguno de ellos. En segundo lugar, si me retracto o no de lo que se dice haber sido escrito sin la autoridad de las Sagradas Escrituras, es cosa que concierne a la fe y la salvación del alma y también a la Palabra divina; y como no hay, nada de más importancia en el cielo y en la tierra, a lo cual todos debemos reverenciar, sería imprudente y peligroso decir algo sin la debida consideración pues, que si yo dijera más de lo que se me pide y menos de la verdad me haría reo de la sentencia de Cristo: "Cualquiera, pues, que me negare delante de los hombres yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos. Por ello ruego humildemente a su Majestad Imperial me conceda tiempo para reflexionar, de manera que pueda responder sin ofender a la Palabra divina o poner en peligro mi alma.

A estas palabras siguió una gran confusión en la que Carlos conferenció con sus consejeros y luego con el Dr. Eck. Este se dirigió luego a Lutero con las siguientes palabras:

Aunque tú, Martin sabes por el mandato oficial imperial para qué fuiste citado, y llorar tanto no mereces que se te dé un plazo más largo, no obstante la clemencia de Su Majestad Imperial te concede un día más ordenándote que comparezcas mañana a esta hora y des tu respuesta oralmente, no por escrito.

Se retiró de la sala y regresó a sus habitaciones. La experiencia había sido agotadora. Por un momento el asunto se había presentado mal. Sus enemigos casi habían tenido éxito en su intento de arrancarle una declaración precipitada. Pero ahora concejo a la pregunta y estaría listo.

Esa noche escribió, presa de una gran agitación, a un amigo: "Hoy he estado frente al Emperador y la Dieta; me preguntaron si quería revocar mis libros... Por cierto que con la ayuda de Cristo no revocaré ni una jota ni un tilde"

Toda la noche la pasó en espíritu de oración.

Por la mañana, uno a uno, todos sus amigos fueron a verle: se encontraron con el mismo hombre, fuerte, alegre, del mejor humor. Con ellos planeó la labor de la tarde y estaba ya listo cuando a las cuatro llegó el heraldo. Otra vez tuvieron que atravesar los jardines para poder entrar

en el palacio. También ahora tuvo que permanecer en medio de una multitud excitada durante una hora y media. Pero su mente estaba fija en su gran tarea. Es verdad que su vida le era preciosa y que sus enemigos eran fuertes. Fácilmente podrían hacerle marchar de la Dieta a la hoguera de Hus. No ignoraba que Roma había pedido a Carlos que no respetara el salvo-conducto. Pero allí estaba su verdadera y gran oportunidad de confesar al mundo su verdad. Poseído por una mezcla de fe, temor, fortaleza y exaltación, ahora veía la cuestión con singular claridad. ¡Sería honesto!

A las seis entraron el Emperador y la corte. Alejandro y Caracciclo no fueron. ¡Habían dicho que no escucharían a un hereje! Entero entró entre los vítores de los caballeros y soldados alemanes.

El Dr. Eck, como el día anterior, lo interpeló en esta forma, estando ambos de pie:

Su Alteza Imperial te ha señalado esta hora, Martín Lutero, para responder de los libros que ayer reconociste abiertamente como tuyos. Pediste tiempo para reflexionar sobre si te retractabas de alguna parte de lo dicho o si seguidas sosteniéndole todo. No merecías esta tregua que ahora acaba, pues de tiempo atrás sabías para qué habías sido citado, y todos — sobre todo un profesor de teología— deben estar seguros de su fe, de manera que, en cualquier momento que sean interrogados sobre ella, puedan dar una respuesta segura y positiva. Responde ahora a Su Majestad, cuya clemencia has experimentado al obtener tiempo para reflexionar. ¿Quieres defender todos tus libros o retractarte de alguna parte de ellos?

Lutero estaba sereno. Había ganado la hora de su vida. Habló, a la mayor asamblea de príncipes que Alemania pudiera congregarse. No era la súplica de un perseguido, sino una vibrante apelación con antiguo fervor profético.

Serenísimo Emperador, Ilustrísimos Príncipes, Clementísimos Señores! A la hora señalada ayer, obedientemente comparezco, rogando por la misericordia de Dios que su Serenísima Majestad y sus Ilustres Señorías quieran dignarse oír esta causa, que espero pueda ser llamada la causa de la justicia y la verdad, con clemencia; y si por mi inexperiencia dejara de dar a alguien los títulos que le corresponden o pecara contra la etiqueta de la corte. suplico se perdone a un hombre que no ha vivido en cortes, sino en retiros monásticos; y sea mirado como hombre que, no siendo nadie por sí mismo, sólo ha tratado hasta ahora de escribir sencilla y claramente para la gloria de Dios y edificación de los cristianos.

¡Serenísimo Emperador, Ilustrísimos Príncipes! Dos preguntas me fueron hechas ayer; a la primera de si reconocía que los libros publicados con mi nombre eran míos, ya di clara respuesta, respuesta que aun sostengo y sostendré siempre, a saber: que los libros son míos, tal como los publicara, salvo que por ventura pueda haber sucedido que el fraude, o la entrometida sabiduría de mis adversarios les haya cambiado algo, pues yo reconozco lo que ha sido escrito por mi solamente y no lo interpretación añadida por otro.

En respuesta a la segunda pregunta, niego a su Secretísima Majestad y a sus Señorías que tengan a bien considerar que todos mis libros no son de la misma clase.

En algunos he tratado de la piedad, la fe y la moral de una manera tan sencilla y evangélica, que mis propios adversarios se ven obligados a confesar que estos libros son útiles, inocentes y merecedores de ser leídos por los cristianos. Aun la bula, tan cruel y violenta. dice que algunas cosas en mis libros son inofensivas, aunque los condena con un juicio simplemente monstruoso. Por lo tonto si yo me retractara de estos ¿no ocurriría que yo solo entre todos los hombres reprobada la verdad que todos, amigos y enemigos reconocen?

Lutero hablaba pausadamente, con pleno dominio de sí mismo, pero tan intensamente que su voz acallaba todo ruido en la sala y se le oía claramente.

La segunda clase de mis trabajos ataca al papado por haber asolado a la cristiandad entera con sus preceptos y ejemplos, en cuerpo y alma. Nadie puede negar o disimular este hecho, puesto que las quejas generales atestiguan que las conciencias de todos los creyentes son defraudadas, vejadas y atormentadas por las leyes del Papa y las doctrinas humanas, y especialmente que los bienes de esta famosa nación alemana, han sido y son devoradas de mudas e innobles maneras. Sin embargo, la ley Canónica prevé (y. gr. distinciones IX y XXV, preguntas 1 y 2) que las leyes y doctrinas del Papa contrarias al Evangelio y los Padres han de ser tenidas por erróneas y rechazadas. En consecuencia, si yo retirara estos libros añadiría poder a la tiranía y abriría ventanas y puertas a su impiedad que brotaría con más empuje y libertad que antes; sucedería que su perversidad se tornaría más licenciosa al quedar sin castigo por mi retractación, y de este modo, pudiendo ellos alardear de que yo me he retractado con plena autoridad de vuestra Sagrada y Serenísima Majestad y de todo el Imperio Romano, su gobierno del pueblo sería afirmado y se volverla intolerable: ¡Dios mío! en ese caso yo sería el instrumento de la inicuidad y la tiranía.

El sonido de su voz, levantada para reprochar así el pecado provocó en más de un corazón un saludable estremecimiento. Los hombres olvidaron el calor y el humo, mientras continuaba la defensa:

En una tercera clase de libros he escrito contra algunos particulares que tratan de defender la tiranía de Roma y destruir mi pía doctrina. Confieso que en ellos, estuve más severo de lo que conviene un ministro religioso. Porque, no adopto poses de santo ni discuto mi vida, sino la doctrina de Cristo. Pero tampoco es justo que retire lo que en ellos he dicho, pues dada pie a que la tirana y la impiedad reinaran sobre el pueblo de Dios, con más violencia que nunca a causa de mi aquiescencia.

Lutero se detuvo un momento. Luego continuó con tono triunfante, pasando con humildad, de la reprobación a la prueba y exhortando a todos los presentes a levantarse y responderle:

Como soy hombre y no Dios, no reclamo otra defensa para mi doctrina que lo que el Señor Jesús adelantó cuando fue interrogado ante Anás y abofeteada por un sirviente. Entonces dijo; "Si he hablado mal, da testimonio del mal". Si el mismísimo Señor, sabiendo que no podía errar no desdeño oír el testimonio de un miserable sirviente contra su doctrina, ¿cuánto más yo, hez de los hombres, que no puedo hacer más que errar, debo pedir y esperar que alguno testimonie contra mi doctrina? Por lo tanto ruego por la misericordia de Dios que si Su Majestad o sus Ilustres Señorías, desde el más alto al más bajo pueden hacerlo, quieren testificar contra mi doctrina y convencerme de mi error, venciéndome con pruebas sacadas del evangelio o los profetas, pues yo estoy en disposición de ser instruido y en cuanto me convenza seré el primero en arrojar mis libros al fuego.

Así me parece que está bien claro que he reflexionado cuidadosamente acerca de la discordia, peligros, rivalidades y disensiones excitadas por mis enseñanzas, sobre lo que fui ya seriamente amonestado ayer. Para mí, lo mejor de toda esta cuestión es que la Palabra de Dios

es hecha objeto de competencias y disensiones, pues este es el curso, el destino y el resaltado de la Palabra de Dios, como Cristo dice: "No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para traer paz sino espada. Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre y de la hija contra su madre". Debemos considerar que nuestro Dios es maravilloso y terrible en tus designios. Si arregláramos nuestras diferencias renegando de la Palabra de Dios, únicamente conseguiríamos desatar un diluvio de infortunios.

Hablaba ahora a las cabezas del Imperio. Con una autoridad que nacía de su conocimiento de las Sagradas Escrituras y de su conciencia, exhortaba a las autoridades alemanas en términos que ningún otro subordinado podría usar. Españoles y alemanes observaban en la cálida media luz, al monje que, sin gesticular, pronunciaba palabras increíbles:

Cuidemos de que el gobierno de este joven excelente, el Príncipe Carlos (en quien después de Dios, tenemos muchas esperanzas), no comience bajo malos auspicios: pues yo podría mostrar con muchos ejemplos sacados de las Escrituras que cuando el Pecado, el rey de Babilonia o los Reyes de Israel, creyeran pacificar y afirmar ras reinos por medio de su propio juicio, tan saos consiguieron arruinarse ellos mismos. "Porque El prende a las sabios en su misma astucia", y remueve las montarlas antes que lo sepan. Debemos temer e Dios. No oigo esto como si vuestras señorías necesitasen de mis enseñanzas u amonestación, sino porque no podría eludir el deber que tengo con Alemania. Con estas palabras me encomiendo humildemente a Vuestra Majestad y a vuestras Señorías rogándoos que no dejéis que mis enemigos me presenten ante vosotros de una manera aborrecible, sin causa. He dicho.

Había hablado en latín, según la costumbre, pero como muchos de los septentrionales no lo entendieran, se oyeron gritos pidiendo que hablara en alemán. La atmósfera del salón estaba cargada. Lutero transpirando, parecía a punto de un colapso. Un sajón, Federico von Thum, gritó: "Si no puede hacerlo doctor, ya ha hecho bastante". No obstante, Lutero repitió su discurso en alemán. ¡Pero Carlos V, en cuyas manos estaba el destino de Europa no entendía ni latín ni alemán! Y León X, cabeza de la Iglesia, el único con poder suficiente para la reconciliación estaba muy lejos. Eck se puso en pie asombrado de que Lutero se hubiese atrevido a hablar de este modo y dijo:

Lutero, no has respondido a la cuestión. No tienes por qué discutir lo que ya ha sido decidido y condenado por los concilios. Por lo tanto, te ruego que des una respuesta clara, sin cuernos. ¿Te retractas o no?

Entonces Lutero, dándose cuenta de que el momento crítico había llegado, dijo breve y concisamente:

Ya que Su Majestad y sus Señorías piden una respuesta clara, lo daré sin cuernos ni dientes. A menos de que se me convenza por las Escrituras o por correcta razón -pues no creo ni en papas ni en concilios que a menudo han errado y se han contradicho entre sí— al menos de que sea convencido de esa forma, yo estoy ceñido por los textos de la Biblia, mi conciencia es cautiva de la palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme de nada, pues no es seguro ni justo actuar contra la conciencia. Dios me ayude. Amén.

Eck estaba furioso y volvió a pedirle una retractación. Lutero le contestó, mientras el tumulto aumentaba. Carlos V, poniéndose en pie rápidamente, abandonó la sala dando por terminada la audiencia. Inmediatamente el maestro de ceremonias retiró a Lutero de la sala entre los silbidos de los españoles y los vítores de los alemanes.

Temiendo un atentado contra su vida los partidarios de Lutero le rodearon marchando con los brazos en alto, en una antigua señal sajona de victoria, y así pasaron a través del populacho que se apiñaba en los patios del palacio y en todas las calles. De vuelta en su habitación Lutero batió palmas exclamando con alegría: "¡He terminado! ¡he terminado!". Pero no había terminado todavía.

Sus amigos se congregaron esa noche en la posada llenos de alegría por la actitud de Lutero frente a la Dieta. Un viejo patriota alemán acompañó sus saludos poniéndole delante una jarra del mejor vino. El Elector Federico estaba muy contento y comentó con Spalatin lo bien que su Dr. Martín había hablado en la Dieta ese día.

Las cuestiones políticas estaban tan tensas que, tanto los consejeros de Federico como los del Emperador, trataban diligentemente de llegar a un acuerdo y visitaron varias veces a Lutero en los días siguientes pero él se mantuvo firme: si cualquier avenencia involucraba el abandono de su posición, sería imposible. Había tomado sobre su conciencia su decisión pública y no admitía en este punto otra autoridad que la de las Sagradas Escrituras como él la comprendía. De manera que sobre ese punto, toda componenda quedaba fuera de la cuestión y los intermediarios tuvieron que darse por vencidos.

Sintiendo que su permanencia en Worms era ya innecesaria y deseando salir de allí antes de que su salvo-conducto expirase, Lutero emprendió viaje silenciosamente en la mañana del 26 de abril, en compañía de los pocos amigos con quienes había venido. El heraldo imperial Sturm, no salió con ellos por temor de llamar demasiado la atención, pero se reunió con el grupo unos cuantos kilómetros al norte.

V TORMENTA

EL WARTBURGO 1521 - 1522

La vuelta a casa fue más descansada, y libre de la ansiedad que le acompañara en el camino hacia el sur. En la zona de Eisenach, Lutero visitó a sus parientes en Mohra. Heinz Luther, hermano de su padre, le hospedó por la noche y así pudo predicar al día siguiente en el pueblo. Allí, en el campo, en los bosques de su familia, pudo descansar de las experiencias de los últimos meses, y visitó a muchos amigos y parientes por sus alrededores.

Retomó la ruta principal de su viaje el 4 de mayo. Cabalgaba con algunos parientes por el estrecho camino a través del bosque, cuando fue repentinamente sorprendido por un grupo de jinetes armados. Detuvieron su carruaje a la fuerza, y tras asegurar a sus acompañantes que no tenían intención de hacerles daño alguno, susurraron algo a Lutero. Este se volvió a sus amigos, díjoles que debía dejarles pero que todo iba bien y les aseguró que pronto les escribiría, montó a caballo y se alejó al galope con los que les habían detenido. Después de galopar de firme todo el día, llegaron, bien entrada la noche, al Castillo de Wartburgo, donde sus acompañantes le entregaron al comandante.

Rápidamente corrióse la voz por toda la comarca de que Lutero había sido secuestrado. Lo poco que se sabía de lo ocurrido era lo que relataran los testigos oculares, pero nadie sabía quiénes eran los secuestradores o el porqué de tal secuestro. Otros rumores aseguraban que Lutero había sido muerto. Alberto Durero oyó ese rumor y lamentándose de la muerte del que llamaba "el hombre santo", se dirigió a Erasmo para que asumiera la dirección del movimiento y se hiciese acreedor a la corona de mártir. Pero Erasmo no estaba hecho para el martirio.

Aleandro supo la noticia y comunicóla a Roma en esta forma: "Algunos dicen que yo lo he hecho matar, otros que el Arzobispo de Maguncia. Pluguiese a Dios que fuera verdad!" El secreto de su desaparición fue celosamente guardado. Se sospechaba que el Elector Federico había tenido participación en ella, pero esta sospecha no pudo ser probada, y nadie, salvo unos pocos íntimos, tenían una idea de lo que había sucedido: Para tranquilizar a algunos de sus más íntimos amigos Lutero les escribió después de transcurridas algunas semanas, dándoles noticias de su salud y seguridad; pero no descubrió su escondite. El Elector Federico, temía que fuese asesinado de acuerdo a los deseos que los romanistas habían expuesto en el Consejo. Seguramente el rapto fue planeado en los propios aposentos privados del Emperador, entre Spalatin y unos pocos de confianza. El mismo Lutero fue tomado por sorpresa pero en el Wartburgo recobró rápidamente la confianza. Allí fue tratado como huésped de honor, con el debido respeto. Oculto al mundo tumultuoso, transcurría su vida en completo apartamiento de ese mundo. Vestía como un caballero y se le conocía como "caballero Jorge". Su tonsura quedó oculta por el grueso cabello negro, y una barba entera le cubrió el mentón.

Las primeras semanas de su retiro, pasaron rápidamente, pero la antigua inquietud se apoderó de él nuevamente. Parecía haber nacido para la batalla, y estos diez últimos años había estado moviéndose continuamente en público combate. Ahora podría llevar a la práctica el gran deseo de su corazón: dar al pueblo de Sajonia lo que él llamaba una "dirección evangélica". De modo que, aprovechando la tranquilidad del Wartburgo, libre de los deberes rutinarios del profesorado y la parroquia puso sus excelentes dotes en una tarea que de mucho tiempo atrás

había previsto, Pondría su amado Nuevo Testamento en lengua alemana. Muchas eran las traducciones existentes ya en alemán, pero todas ellas lo estaban en dialectos. El vertería con fuerza y vigor las benditas historias en un lenguaje que todos pudieran entender. De manera que durante los largos meses de verano y aun en los primeros del invierno, trabajó en ese grato empeño. Y no sólo progresó la traducción del Nuevo Testamento, sino que de su pluma salieron nuevos opúsculos sobre todos los temas principales de la controversia. Escribió sermones sobre los Evangelios y las Epístolas para ser usados en las iglesias siguiendo el ciclo regular del año eclesiástico. Escribió sobre la Misa y los votos monásticos.

Al escribir sobre los votos monásticos, acudió nuevamente a su mente, la antigua controversia habida entre él y su padre cuando él tomara sus primeros votos. Podía ver ahora que había algo intrínsecamente erróneo en la práctica romanista sobre, los votos. Él estaba seguro de la profunda devoción de su padre, y ahora entendía que la piedad y la resistencia a la organización podían aunarse en una misma persona. Cuando el libro estuvo listo para el público, escribió a Hans:

La Soledad, 21 de noviembre de 1521 Querido padre: Deseo dedicarle este libro, no para hacer su nombre famoso en el mundo, pues la fama envanece a la carne, según la doctrina de San Pablo, sino para tener oportunidad, en un corto prefacio, como si fuera entre Ud. y yo, de señalar al lector cristiano el argumento y contenido del libro, con un ejemplo ilustrativo...

Han pasado diez y seis años, desde que me hice monje, habiendo tomado los votos sin su conocimiento y contra su voluntad. Usted estaba temeroso de mi posible debilidad, ya que era un joven animoso de 22 años, es decir, para usar una palabra de San Agustín, todavía el ardor de la juventud se albergaba en mí, y Ud. sabía por numerosos ejemplos que la vida monástica había hecho desgraciados a muchos, y estaba por lo tanto decidido a casarme honrosamente y hacerme sentar cabeza. Este temor, esta ansiedad, este no consentimiento suyo nos tuvo por un tiempo separados.

Y, ciertamente mi voto no valía una higa, desde el momento que fue hecho sin el consentimiento de los padres que Dios me dio. Más aun era un voto impío, por haber sido tomado a la vez contra su voluntad y sin todo mi corazón. En síntesis era simple doctrina de hombres, es decir, el estado espiritual de los hipócritas, una doctrina no impuesta por Dios...

Querido padre, ¿quisiera Ud. todavía sacarme del claustro? Si es así, no se jacte de ello, pues Dios se anticipó a Ud. y me sacó él mismo. ¿Qué diferencia hay si retengo o hago a un lado la cogulla y la tonsura? ¿Hacen ellos al monje?... Mi conciencia es libre y redimida, por lo tanto aunque todavía soy un monje, no soy monje, y sí una nueva criatura, no del Papa, sino de Cristo, pues el Papa también tiene criaturas y es un creador de títeres y máscaras, ídolos y hombres de paja, de los cuales antes fui uno, pero ahora he escapado por la Palabra ...

El Papa puede estrangularme, y condenarme y mandarme al infierno, pero no puede resucitarme después de muerto ni condenarme definitivamente. El ser proscripto y condenado está de acuerdo a mi propio corazón y voluntad. ¡Ojalá no me absuelva nunca más! Espero esté cerca el gran día en que el reinado de abominación y horror será quebrantado y destruido. Pluguiese a Dios que yo hubiera sido digno de ser quemado por el Papa.

Que el Señor te bendiga querido padre, junto con mamá y Margarita y toda nuestra familia. Adiós en el Señor Jesucristo...

Trataba el problema de los votos en la misma forma que todos los demás, preguntando solamente: "¿Qué dice la Escritura? De la Escritura dedujo que los votos eran contrarios al bien de la cristiandad. Con fuertes argumentos eliminó la base del gran énfasis monástico sobre el

celibato. La Biblia estimula el matrimonio, no tiene premio para la virginidad, destruye la distinción entre el clero y los laicos. Su libro fue ampliamente leído y muy influyente. Otra vez tocaba una de las fuentes de ingreso de Alberto, el Arzobispo de Maguncia, quien vendía a los sacerdotes licencias que les permitían tener concubinas. Después de este libro los casamientos del clero se convirtieron en una fase importante de la lucha.

Su estancia en Wartburgo le deparó numerosos incidentes agradables. Las colinas que circundaban el castillo, tan familiares para él en sus días de estudiante en Eisenach, fueron el escenario de muchos paseos. Trataba de vivir la vida de un caballero y cazador, y tomaba parte en cacerías, pero no lograba que su mente se reconciliara con la caza. Siempre le sugería analogías teológicas. Y su corazón tierno y sensible no podía gozarse al hallar un conejo preso en el cepo. Pero las mismas flores y los mismos campos que le habían deleitado en su niñez ahora eran su alegría.

La profunda intensidad de su vida, sin embargo, se centralizaba en las horas que pasaba en su habitación, cuando todo el vigor de su naturaleza podía concentrarse en sus estudios religiosos.

Supersticioso como siempre, ahora tenía tiempo para alimentar sus supersticiones. Libre de deberes rutinarios, podía oír en las largas horas de silencio extraños ruidos resonando por todo el castillo, y como siempre que no se veía una causa directa de la acción, asociaba la acción con el diablo o con el Espíritu Santo. Así escuchaba al diablo haciendo extraños ruidos en su propio cuarto, debajo de la cama, delante de su puerta. A veces hacía un rápido movimiento para espantar al diablo de atrás de una silla, o (según una tradición no comprobada), le arrojaba el tintero, que se hacía añicos contra la pared. No es de extrañar que con una naturaleza tan impetuosa, forzada a la inactividad después de cinco años de intensa actividad, teniendo que concentrarse en la gramática griega y hebrea y luchando para trasladar las frases del Nuevo Testamento a su amado idioma alemán, imaginara que el diablo le importunaba, le miraba de reojo desde la pared frontera, y se reía de él cuando el griego no le respondía. No sorprende tampoco que se apoderase de él una furia tan intensa que le hacía perder la coherencia del pensamiento, al pensar en la forma en que Roma ¡y él mismo! habían manipulado el precioso evangelio. En esos mismos días en que él se encontraba en el Wartburgo, impotente para impedirlo, el arzobispo Alberto estaba exhibiendo en Halle nueve mil reliquias, entre ellas maná del desierto, la zarza ardiente de Moisés, y botijas de las bodas de Caná, ¡con la promesa de indulgencias para todos los que asistieran a la exhibición! Alberto estaba iniciando otra vez la venta de indulgencias. Contra este abuso escribió Lutero un terrible opúsculo titulado "El ídolo de Halle". Lo entregó a Spalatin para que lo imprimiese, pero Spalatin lo mostró al Elector y Lutero fue instado a no publicarlo. No obstante, escribió una fuerte carta a Alberto, exigiéndole nuevamente que retirase las prácticas abusivas.

A Alberto, Arzobispo y Elector de Maguncia
(El Wartburgo), 1º de diciembre de 1521

Mi humilde servidor, a su Gracia Electoral, mi honorable y gracioso Señor.

Su Gracia sin duda recuerda claramente que le he escrito dos veces, la primera vez al comienzo del fraude de la indulgencia que se escudaba con el nombre de su Gracia. En esa carta prevenía a su Gracia fielmente, y lleno de amor cristiano me puse contra los predicadores engañosos, solapados y codiciosos, así como también contra sus libros infieles y herejes. Si no hubiese preferido actuar con moderación fácilmente podría haber llevado la tormenta sobre su Gracia, como el que ayudaba e instigaba a los comerciantes, y podría haber escrito

expresamente contra sus libros heréticos, pero en lugar de esto, yo perdoné a su Gracia y por tanto a la casa de Brandenburgo, creyendo que su Gracia podría haber actuado por ignorancia, siendo inducido por falsos murmuradores. De modo que sólo ataqué a éstos con las molestias y aun peligros que su Gracia conoce. Pero como esa misma amonestación fuera escarnecida por su Gracia, obteniendo ingratitude en lugar de agradecimiento, le escribí nuevamente (Feb. 4, 1520) solicitándole humildemente información. A esto obtuve una respuesta ofensiva, impropia, no episcopal ni cristiana, remitiéndome a más altas autoridades para tal información.

Como estas dos cartas no surtieron efecto, envió a su Gracia una tercera advertencia, de acuerdo con el Evangelio, esta vez en alemán, esperando que tales amonestación y ruego, que debieran ser superfluos, sirvan de ayuda.

Su Gracia ha erigido otra vez en Halle ese ídolo que roba a los pobres, y humildes cristianos su dinero y sus almas, mostrando así que el criminal error por el cual Tetzel fue culpado no se debió solamente a él, sino también al Arzobispo de Maguncia, quien no tomando en cuenta mi gentileza para con él, insiste en tomar toda la culpa sobre sí. Quizá su Gracia piense que yo ya no debo ser tomado más en cuenta y que lo que estoy buscando es mi propia seguridad y que Su Majestad Imperial ha destruido al pobre monje. Quiero que sepa que contrariamente a esto, yo haré lo que exige el amor cristiano sin temer a las puertas del infierno, cuanto menos a Papas; obispos y cardenales ignorantes. No toleraré ni callaré cuando el obispo de Maguncia proclame que no es asunto suyo el dar información a un pobre hombre que se la pide. La verdad es que su ignorancia es voluntaria siempre que la cosa ignorada le produzca dinero. Su propia conducta le censura, no yo.

Lutero era celoso en cuanto a esto. Su mente trabajaba clara y rápidamente. Sus palabras iban al grano todas las veces. Oía el rugido del León de Amós y no podía guardar silencio.

Ruego humildemente a su Gracia, por consiguiente, dejar en paz a la pobre gente, sin robarla ni engañarla, y actúe como un verdadero obispo y no como un lobo. Ya ha sido bastante aclarado que las indulgencias son sólo bribonada y fraude, y que solamente Cristo debe ser predicado a la gente, de modo que su Gracia no tiene como excusa su ignorancia. Sírvase recordar los comienzos y qué terrible incendio prendió la pequeña y despreciable chispa, y como todo el mundo coincidió plenamente en la opinión de que un solo pobre mendigo era infinitamente débil frente al Papa, y que estaba emprendiendo una tarea imposible. Pero Dios quiso dar al Papa y a sus secuaces bastante que hacer y hacer un juego contrario a lo esperado por el mundo y a pesar de él, en tal forma que el Papa difícilmente se repondrá, empeorando cada día, en lo cual puede verse la mano de Dios. Nadie duda que todavía vive el mismo Dios, y sabe cómo resistir a un cardenal de Maguncia aunque fueren cuatro los emperadores que quisieren ampararlo...

Extrañas cosas habían sido hechas por el poder de Dios, y Martín estaba seguro de que en esta causa los emperadores no eran contrincantes adecuados para el Espíritu Santo. Tomando sobre sí la autoridad del profeta dirigió un ultimátum al cardenal:

Por lo tanto, le escribo para decirle a su Gracia que si el ídolo no es retirado, mi deber hacia la doctrina religiosa y a la salvación cristiana me obligarán a atacar a su Gracia públicamente como lo hice con el Papa, y oponerme a su empresa exponiendo al Arzobispo de Maguncia a ser blanco de los mismos odios que ya una vez sintió Tetzel, demostrando a todo el mundo la diferencia entre un obispo y un lobo... Además, ruego a su Gracia que deje en paz a los

sacerdotes que para evitar la falta de castidad han recurrido al matrimonio. No les prive de los derechos concedidos por Dios. Su Gracia no tiene autoridad, razón ni derecho para perseguirlos y ese despótico crimen no sienta bien a un obispo... Así su Gracia puede ver que, si no anda con cuidado, el partido evangélico se levantará en un clamor puntualizando que corresponde a un obispo primero quitar la viga de su ojo y despedir a sus mancebas antes de separar a piadosas esposas de sus respectivos maridos... No guardaré silencio pues, aunque no lo veo probable, tengo la esperanza de ver salir a los obispos cantando bajito...

Pido y espero una correcta y rápida respuesta de su Gracia dentro de la próxima quincena, de lo contrario mi opúsculo sobre El ídolo de Halle será publicado a la expiración de ese plazo. Y si esta carta es retenida por los secretarios de su Gracia, no por eso me detendré. Los secretarios deben ser fieles y un obispo debe dirigir a su corte de modo que llegue a él lo que debe llegarle. Dios conceda a su Gracia la gracia necesaria para una recta mentalidad y voluntad.

Su humilde servidor

MARTÍN LUTERO

La carta de Lutero fue fechada el primero de diciembre. Antes de finalizar el mes un mensajero llevó al Wartburgo una carta dirigida a "Martín Lutero, a cuidado de Spalatin". Lutero la abrió y leyó:

Halle, diciembre 21, 1521

Mi apreciado doctor. He recibido su grata carta de la que tomo buena nota, y cuidaré que la cosa que lo molesta sea suprimida y yo obraré, si Dios quiere, como es propio de un príncipe piadoso, espiritual y cristiano, mientras Dios me dé gracia y fuerzas, por las que ruego encarecidamente y hago que rueguen por mí, porque por mí mismo nada puedo hacer y sé bien que sin la gracia de Dios no hay bien en mí, sino que soy de un barro tan detestable como cualquier otro, si no más. No deseo ocultar esto porque estoy deseoso de mostrar a Ud. gracia y favor, por amor de Cristo y bien puedo soportar el castigo fraternal y cristiano. Tengo la esperanza de que Dios misericordioso y benévolo me dará más gracia, fuerza y paciencia para resolver este asunto y otros por su voluntad. ALBERTO, de su propia mano

No le era fácil a Lutero permanecer alejado de su puesto de combate, en esos días tan decisivos para el nuevo movimiento. Recordaba con amargura y desdén a cuánta bajeza habían descendido Aleandro y Carlos V en Worms. Cuando leyó el Edicto de Worms pidiendo al pueblo de Alemania que lo entregase para ser condenado, colocando en interdicto a todos aquellos que le facilitasen albergue, alimentos o ropas, o que leyeran, vendieran o compraran o imprimieran algunos de sus libros, medía a grandes pasos los salones del Wartburgo impacientándose por su obligada reclusión. Tenía días en los que sus dotes de clara exposición llegaban a su máximo, días en los que se sentía trabajar con un máximo de eficiencia, pero también conocía días amargos en que todos los sufrimientos y toda la amargura acumulada en esos años de disputa se posesionaban de él. Tan impaciente llegó a ponerse, que finalmente el Elector le permitió abandonar su retiro, en vista del curso que tomaron los acontecimientos de Wítemberg.

Allí, en su ausencia, colegas como Andrés Bodenstein estaban avanzando demasiado aprisa. Querían abandonar completamente la organización antigua y la antigua fe. Lutero era conservador por naturaleza y educación. Había sido llevado por las experiencias más duras de In

vida a poner en descubierto los abusos de la Iglesia; pero amaba entrañablemente a esa Iglesia y quería conservar sus más antiguas costumbres. No así los hombres más radicales que le reconocían como guía. Su presencia en Wítemberg era muy necesaria, según podía apreciarlo por la correspondencia que había mantenido durante el invierno con sus amigos, por la cual estaba enterado exactamente de la situación. Melanchthon también le rogaba que volviera. Y finalmente, en la primavera de 1522, abandonó silenciosamente el Wartburgo. Sus crecidas barbas y su espeso cabello, el traje de caballero y la espada al cinto le proporcionaron el incógnito necesario para atravesar a caballo el territorio del Duque Jorge de Sajonia, quien de buena gana le hubiera entregado a sus enemigos en caso de haberle prendido en sus tierras. Lutero conocía bien la presión que el Duque estaba ejerciendo sobre el Elector Federico, para que le entregara, pero emprendió valerosamente el viaje; cuando le habían advertido del peligro, había escrito que iría a Wítemberg, a través de Leipzig, "aunque durante nueve días consecutivos llovieran duques Jorge, uno más fiero que el otro". Así, pues, en dirección a Wítemberg marchó "Sir Jorge", pasando por Erfurt, Jena y Leipzig.

Una noche, en una posada de Jena, dos estudiantes observaron una extraña contradicción entre la espada que ceñía el caballero y el libro que estaba leyendo: los Salmos en hebreo. Bien informados de los movimientos de la Reforma, los dos estudiantes, que habían ido a Wítemberg por motivos de estudio, conversaron con el caballero y barruntaron que era Lutero. Uno de ellos lo describió en una carta, diciendo que era "algo grueso, pero erguido, más bien echado hacia atrás que encorvado, con ojos profundos y oscuros, como las pestañas, que pestañeaban y centelleaban como estrellas, de modo que uno no podía mirarlos fijamente".

Nadie más que los dos estudiantes suizos sospechó de su identidad, y llegó sano y salvo a Wítemberg. Una vez allí, conversó con Melanchthon y sus otros amigos, analizando la situación. Luego, durante ocho días consecutivos predicó en la iglesia del pueblo contra las actividades fanáticas que habían dado por resultado la destrucción de cuadros e imágenes y el derrumbamiento de la moral de la organización. Al finalizar la semana, Lutero era otra vez el jefe del movimiento de Wítemberg. El ala extremista de la Reforma debería en adelante establecer su centro en alguna otra parte.

Lutero volvió entonces su atención a la defensa de su causa ante Europa. Lo primero que requirió su atención, fue el panfleto escrito por el rey Enrique VIII de Inglaterra, en respuesta a su Cautividad babilónica de la Iglesia. En 1520, Erasmo había sido el primero en llamar la atención de Enrique sobre Lutero, intentando disponerle en su favor; pero el cardenal Wolsey, más influyente que Erasmo, había conseguido dirigir el pensamiento del rey hacia los aspectos destructivos de la obra de Lutero, entregándole un ejemplar de La cautividad babilónica y sugiriéndole que la contestara. Este así lo hizo, publicando Una afirmación de los siete sacramentos, que dedicó a León X. En este opúsculo no se trataba a Lutero con cortesía. En realidad, ninguna obra polémica del siglo xvi guardaba miramientos con el adversario. Su lenguaje era fuerte y lleno de insultos.

¿Qué peste tan perniciosa como Lutero ha atacado nunca a la grey de Cristo? ¡Es un lobo del infierno! ¡Un miembro de Satanás!

Estas y otras expresiones similares merecieron tal aprobación de parte de León X, que confirió a Enrique el título de "Defensor de la fe". ¡Bien merecería tal título quince años después! Lutero leyó el libro, y para no dejarse sobrepajar en el calor de su ira y en la escogido del vocabulario, replicó con un ataque violentísimo contra Enrique, en un panfleto que publicó en abril de 1522, y que empezaba: "Ese rey de mentiras, el rey Enrique, por desgracia de Dios rey de Inglaterra".

Años después, Lutero se disculpará por la violencia de su lenguaje cuando sepa que Enrique ha abandonado la fe romana; pero en esos momentos Enrique y sus consejeros ingleses se cuentan entre sus enemigos más implacables.

Entretanto estudia intensamente con Melanchthon la manera de dar forma a la posición de Wítemberg. Durante los años 1520 y 21, Melanchthon había estado trabajando en un bosquejo de teología basado en la carta de Pablo a los Romanos, que envió, en pruebas, a Lutero en el Wartburgo. Ahora, y previa la aprobación de éste, lo publicó en Wítemberg con el nombre de *Loci communes rerum. theologicarum* (Lugares comunes teológicos).

Esa teología seguía el círculo de las ideas evangélicas, empezando con la doctrina de la Trinidad, y luego exponía la idea del "Hombre, el Pecado, la Ley, el Evangelio, la Gracia, la fe, los sacramentos, la magistratura, el gobierno de la Iglesia, la condenación y la bienaventuranza" Hacía falta esa presentación lógica y sistemática, y la habilidad de Melanchthon estaba a la altura de la tarea. Las pruebas argumentales eran todas bíblicas, y el libro señaló un tremendo avance para la causa de Lutero.

Allá lejos, en su retiro de Salzburgo, Staupitz observaba con mezcla de alegría y pesar los progresos de Lutero. El había amado al muchacho sensible y entusiasta que fuera al monasterio agustino de Erfurt. ¿Agustino? El viejo vicario general meditaba sobre las vicisitudes de la vida que lo habían alejado de la Orden que amaba, refugiándose, por dispensa papal, con los benedictinos, mientras que el joven monje, ahora maduro, batallaba por la piedad en el mundo abierto.

El último cambio de cartas entre los viejos amigos, data del año 1523 al 24. Después que la gran crisis hubo pasado, Lutero escribía a Staupitz:

Reverendo Padre en Cristo: su silencio es injusto y usted sabe bien que estamos obligados a pensar en ello. Pero aunque usted ya no esté contento conmigo, no está bien que yo olvide a quien hizo que la luz primera del Evangelio brillara en mi corazón.

La respuesta, fechada en Salzburgo el 19 de abril de 1524, fue la última carta de Staupitz. Mi afecto por usted es siempre constante e invariable ... Pero como yo no entiendo todas sus ideas guardo silencio sobre ellas. Reconozco que nosotros le debemos mucho a usted, Martín, por habernos llevado de los desperdicios que comen los cerdos, a los pastos de vida y a palabras de salvación. Staupitz murió en diciembre de 1524.

EL TORBELLINO

1525

La prueba más dura que jamás tuvo que afrontar Lutero, tuvo lugar en los años 1524-1525, durante la llamada "Rebelión de los campesinos". Las causas de esta revuelta yacen en lo más profundo de la historia humana, completamente desconectadas de la Reforma.

"La larga paciencia de los pobres expoliados —como dice Edwin Markham— es siempre un enigma." En Europa central, la clase campesina había estado durante siglos sometida al látigo de los nobles, civiles o eclesiásticos. Y en la historia de Europa occidental es perfectamente discernible la larga serie de levantamientos realizados en el intento de conquistar y mantener sus derechos. En la región de Alemania donde Lutero se vería confrontado con el movimiento, esos levantamientos habían sido cada vez más frecuentes y graves durante los ciento cincuenta años

anteriores a 1525. Y los príncipes de la Iglesia eran más culpables que los mismos civiles, pues los obispos y otros altos dignatarios eclesiásticos habían mantenido durante siglos a sus siervos en la mayor opresión. El impulso de rebelión en los campesinos procedía de dos fuentes: primero, la natural negativa de los oprimidos a soportar la opresión más allá de cierto punto, y segundo, la predicación del Nuevo Testamento. Porque la misma Iglesia que educaba y mantenía príncipes eclesiásticos, conservaba en otros de sus sacerdotes el extraño mensaje evangélico de la igualdad. Mucho antes de Lutero, estas dos corrientes de la rebeldía y el evangelio se habían encontrado en las selvas de la Alemania central. Organizaciones como la "Bundschuh" atestiguan el prolongado esfuerzo de los campesinos. La "Liga del Bundschuh" era una organización secreta destinada a promover la rebelión social, que tenía como símbolo un zapatón de labriego, anudado en señal de servidumbre, en contraposición a los zapatos enlazados de la nobleza. Cuando vate estandarte fue paseado por los bosques, atrajo un sinnúmero de simpatizantes. Los grandes predicadores del evangelio social, tales como Hans Boheim, atestiguan asimismo los vigorosos esfuerzos de los campesinos. En cierto sentido, la historia parece ser una interminable lucha entre las clases oprimidas y las más favorecidas. Los campesinos parecían reunir fuerzas durante un siglo y estallar, sólo para caer abatidos bajo la técnica y los recursos superiores de sus contrarios. Entonces volvían a alimentar su ira durante muchas generaciones, para volver después a asaltar los castillos de los príncipes, cuando otra vez la presión se hacía insoportable.

Ahora, a fines de los siglos xv y xvi, la marejada de insurrecciones abarcó toda la Europa central. El Papado, antiguo símbolo de autoridad autocrática, se debilitaba en su lucha por conservar el dominio de Europa. Ya el imperio no era la fuente poderosa de fuerza que antes fuera, y muchos eran los príncipes que rehusaban obediencia a su jefe. El feudalismo estaba en sus últimas etapas: Francisco I en Francia, Enrique VIII en Inglaterra, Carlos V en España, César Borgia en Italia, Julio II en Roma, todos actuaban siguiendo sus designios personales, en un violento menosprecio de los derechos del hombre y de la ley aceptada por el mundo medieval. La riqueza se concentraba cada vez más en manos de unos pocos, y la riqueza no puede hallarse en manos de los pocos a no ser que sea robada a los muchos. El lujo y sus asiduos acompañantes, la inmoralidad y la brutalidad, se extendían por las clases armadas de Europa. Centenares de las mejores mentalidades del cristianismo atacaban desde todos los ángulos los abusos de todas las autoridades reconocidas.

Al día siguiente de la partida de Lutero de Worms, Magallanes era muerto en las islas Filipinas, y durante los primeros meses de la estancia de Lutero en el Wartburgo, Cortés llevaba a cabo su cobarde conquista de Méjico que culminaría con el asesinato de Moctezuma. Y en este mundo que se despedazaba y reformaba y transformaba, también los campesinos tuvieron su hoya para atacar de acuerdo con el ritmo del momento. El movimiento de insurrección crecía acercándose a los aciagos días de 1524, y su mayor desgracia fue que la dirección recayese en hombres no preparados para la tarea. La crisis llegó a fines de ese año. La condesa de Lupfen, cuyos latifundios lindaban con el lago Constanza, quiso obligar a sus siervos a recoger caracoles para sus huéspedes en una fiesta de la Iglesia en la que los siervos no tenían obligación de trabajar. En respuesta al capricho de su ama, se levantaron en rebelión. A ellos se unieron todos los campesinos suavos. El estallido se expandió hacia el Norte y el terror se posesionó del pueblo.

Un joven conde, Von Helfenstein, casado con la hija del extinto emperador Maximiliano, creyéndose seguro en su castillo cercano a Weinsberg, se mostró particularmente arrogante. Un día degolló a varios campesinos que encontró en la carretera. En represalia, una gran fuerza de campesinos, al mando del "Pequeño Juan" Rohrbach, puso sitio al castillo. Helfenstein ofreció rescate, pero fue rehusado. Derrotado se rindió, siendo sacado del castillo entre dos filas de hombres que le apuntaban con picas, y aunque su esposa con un niño en brazos imploró

misericordia, las picas se cerraron sobre el conde mientras un flautista ejecutaba una burlona danza de muerte.

Un mes más tarde, algunos de estos campesinos cayeron en poder de los nobles después de un sangriento encuentro. Entre ellos se encontraba el flautista. Lo ataron a un manzano con medio metro de cadena, rodearon el árbol con una hoguera, y después de prenderle fuego sus captores se dedicaron a beber y cantar estrepitosamente mientras aquél se asaba lentamente entre saltos y alaridos.

Tomás Munzer, que en Zwickau había organizado una secta fanática dedicada a la reforma de la Iglesia y el estado, tuvo durante estos años en este movimiento una dirección precaria. Desalojado de aquella ciudad y también de Wítemberg, había deambulado por varias ciudades, fijando finalmente su residencia en la ciudad alemana de Muhlhausen. Allí predicó la rebelión violenta, pretendiendo tener derecho divino y que había llegado la hora en que el Espíritu Santo conduciría a los campesinos a un mundo justo. Era realmente un desequilibrado, ignorante y atolondrado, pero estaba animado por un fiero espíritu, pues su padre había encontrado una muerte brutal a manos de los nobles. De la Biblia sacaba que los campesinos debían luchar por la "tierra prometida", asegurándoles que legiones de ángeles lucharían por ellos. Dios sabe qué legiones de ángeles deberían luchar por ellos. Pero el hombre sabe que esa esperanza es sólo una ilusión, de modo que Tomás Munzer dio a los campesinos alemanes el consejo más brutal que podía haberles dado.

"¡Levantaos! ¡Pelead la batalla del Señor! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Ahora es el momento! ¡Los malvados tiemblan cuando os oyen! ¡Sed despiadados y no déis oídos a los gritos de los impíos! Levantad ciudades y aldeas; ¡sobre todo, levantad a los mineros de las montañas! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante mientras arde el fuego, mientras la espada está caliente por la matanza! No déis lugar a que se enfríe, no permitáis que el fuego se apague. Matad a todos los orgullosos. Mientras viva uno sólo de ellos no estaréis libres del terror. ¡Mientras ellos reinen sobre vosotros, no vale la pena hablar de Dios!"

Al principio de la rebelión, durante el verano de 1524, los campesinos fueron afortunados en todas partes. Cuando ocupaban un castillo o los latifundios de los acaudalados, robaban, saqueaban y asesinaban sin freno. La tea y la espada se cernían amenazantes sobre toda Alemania con todo el cortejo de espantosa brutalidad a que puede descender la turbamulta.

Cada vez era más evidente que Lutero debía hablar. El tenía una posición clara. Era conservador en asuntos civiles y jamás había apoyado la fuerza sino en manos de las autoridades. Si en Worms hubiese sido condenado a la hoguera, hubiese muerto sin resistirse. Nunca habría autorizado una defensa armada en su favor, aunque hubiese sido patrocinada por el Elector Federico y sus guerreros.

Y a su regreso del Wartburgo a Wítemberg, en 1522, en aquella memorable semana de predicación que aplacó la revolución, había dicho:

Predicaré, hablaré, escribiré pero no forzaré a nadie, pues la fe ha de ser voluntaria. Tomadme por ejemplo. Me levanté contra el Papa, los papistas y las indulgencias, pero sin alboroto ni violencia. Solamente aconsejé con ahínco y prediqué la palabra de Dios. Y, sin embargo, mientras yo dormía o bebía la cerveza de Wítemberg con Felipe Melanchthon o Amsdorf, la palabra ocasionaba más perjuicio al papismo que príncipe o emperador alguno hubiesen podido lograr. Yo nada hice, la Palabra lo hizo todo. Si hubiese apelado a la fuerza toda Alemania hubiese sido anegada de sangre, y hubiese podido encender en Worms un conflicto del que ni el emperador hubiese estado a salvo. Pero ¿cuáles habrían sido los

resultados? La ruina y la desolación de cuerpo y alma. Por lo tanto, me mantuve tranquilo y di libre curso a la Palabra por todo el mundo.

¿Sabéis lo que piensa el diablo cuando ve emplear la violencia para propagar el Evangelio? Se sienta con los brazos cruzados detrás del fuego del infierno, y dice con mirada maligna y sonrisa aterradora: "¡Ah, que sensatos son estos locos para hacer mi juego! Dejémosle seguir y yo cosecharé el beneficio. Me deleito en ello". Pero cuando ve la Palabra conteniendo sola en el campo de batalla, entonces tiembla y flaquea de miedo. La Palabra es todopoderosa y cautiva los corazones.

Lutero tenía siempre un corazón de campesino. Se jactaba de tener sangre campesina en sus venas, su corazón amaba a los campesinos. Pero en esta hora terrible, el hombre que había hablado como nadie lo hiciera contra los abusos de la clase gobernante, enfrentaba un extraño y terrible conflicto entre su idealista simpatía natural por los campesinos y su creencia de que el gobierno civil era de orden divino. Los príncipes que había conocido en Sajonia, especialmente el gran Elector Federico, eran hombres sensatos y dueños de sí. Pero en la hora de mayor peligro, el Elector Federico yacía en su lecho de muerte incapacitado de organizar una defensa.

Guiado por su profunda simpatía hacia los campesinos había estudiado cuidadosamente los Doce Artículos que aquéllos redactaran durante el invierno del 1524 al 25, y que habían sido aceptados por una Junta reunida en Memmingen, el 7 de marzo. Eran éstos:

- 1. Derecho a elegir sus propios pastores.*
- 2. Pago del diezmo de los cereales, con el cual se pagaría a los pastores, yendo el resto a ingresar en el fondo de la parroquia. Pero no se pagarían los diezmos menudos, tales como los del producto de los animales, cada décimo ternero, o lechón, o huevo, etc.*
- 3. Serían libres, y nunca más siervos o esclavos.*
- 4. La caza salvaje y la pesca serían libres para todos.*
- 5. La leña de los bosques y selvas pertenece a todos.*
- 6. Ningún servicio de labor debe ser mayor al prestado por sus antepasados.*
- 7. Si se requirieran más servicios, deben pagarse salarios.*
- 8. El arrendamiento cuando fuere superior al valor de la tierra, ha de ser revaluado y reducido.*
- 9. Tendrán que fijarse los castigos por las transgresiones.*
- 10. La tierra común deberá ser entregada nuevamente al uso general.*
- 11. Los "regalos de muerte" (es decir, el derecho del señor a tomar los mejores enseres del arrendatario fallecido) deben ser suprimidos.*
- 12. Cualquiera de estos artículos que se compruebe contrario a las Escrituras o a la Ley de Dios, será nulo y sin valor.*

Todo esto, a juicio de Lutero, era claro y honorable, y después de viajar por la zona insurreccionada y visitar los campamentos de los campesinos, escribió en Eisleben su Exhortación a la paz sobre los Doce Artículos de los campesinos suavos, en la que, dirigiéndose a los nobles, se expresaba así:

A nadie en la tierra hemos de agradecer esta insensata rebelión, sino a vosotros, mis señores, y especialmente a vosotros, obispos, párrocos, y frailes ciegos, porque vosotros, endurecidos, no cesáis de bramar contra el Evangelio sagrado, aunque sabéis que nuestra causa es justa y no podéis desmentirla. Por otra parte, en el gobierno civil no hacéis otra cosa que oprimir e imponer impuestos para mantener vuestra pompa y orgullo, hasta que el pobre plebeyo

no puede ni quiere soportar más. Tenéis la espada sobre vuestras gargantas y aun os creéis tan firmes en vuestras monturas que nadie podrá desmontaros. Vuestra empedernida presunción os romperá el cuello... Si no lo hacen estos campesinos otros lo harán; Dios designará a otros, porque se propone castigarlos y os castigará...

Pero los profetas del asesinato son tan hostiles a vosotros como a mí, y en estos tres años que han andado entre la gente, nadie sino yo les ha resistido. Y luego a los campesinos les dice: Mi amistosa y fraternal súplica, muy queridos hermanos, es de de que tengáis mucho cuidado con lo que hacéis. No creáis a todos los espíritus y predicadores... todos los que toman espada a espada perecerán y toda alma debe estar sometida a las potestades que existen, en temor y honra... Si el gobierno es malo e intolerable, ello no es excusa suficiente para el tumulto y la insurrección, pues el castigar el mal no es función de todos, sino de la autoridad civil que lleva la espada ... El padecer la tiranía es una cruz dada por Dios.

Con igual firmeza creía en los derechos del campesino y en los del gobierno civil, y deseaba un arbitraje; pero era demasiado tarde para un arbitraje. Ni siquiera el poderoso espíritu de Lutero podría refrenar la lucha fratricida. Veía con creciente angustia su país arruinado, sus campiñas destruidas, claustros y castillos incendiados y toda clase de violencia y anarquía abatirse sobre Alemania. Repasaba mentalmente el progreso de su causa. Recordaba nuevamente la Dieta de Worms, y veía la fe evangélica defendida por los príncipes de la Alemania septentrional. Sabía cuán terrible e irrefrenable era la licencia de Munzer y sus seguidores, y cuán fútil e impotente era la destructiva guerra civil. En pueblo tras pueblo y en los campamentos de los campesinos predicó contra esa violencia, abogando por la paz mientras visitaba a los heridos y los atacados por la peste en los acantonamientos del ejército de campesinos. Eisleben, Stalberg, Erfurt, Wallhausen, Weimar, oyeron sus alegatos en pro de la paz. En Nordhauser los partidarios de Munzer ahogaron su voz echando a vuelo las campanas.

Hacia marzo y abril, la situación se tornó más terrible. Federico y su hermano, que había de sucederle como Elector de Sajonia, eran incapaces de hacer frente al levantamiento. El anciano y austero Elector, siempre leal a sus súbditos, se debilitó mientras Lutero predicaban contra la revolución. En Weimar le avisaron que lo llamaba desde su lecho de muerte, pero era demasiado tarde. Federico murió y Lutero tuvo profundo pesar. Su protector había desaparecido y a su alrededor sólo habían tumultos y destrucción. Finalmente, desesperado, cansado por la continua resistencia que los campesinos oponían a sus deseos de paz, presintiendo la destrucción del país por la anarquía, tuvo que elegir en una hora de intensa amargura, entre dos males el menor. Basándose en la antigua afirmación paulina de que el pueblo debe obedecer a los gobernantes que Dios le ha impuesto, el 4 ó 5 de mayo escribió su panfleto titulado *Contra las hordas ladronas y asesinas de campesinos*.

En mi primer libro (Exhortación a la paz) —escribe— no me atreví a juzgar a los campesinos porque ellos pidieron ser instruidos y Cristo dice no juzguéis. Pero antes de que me diese vuelta, olvidaron su petición, se dieron a la violencia, robaron, se enfurecieron como perros rabiosos, por lo que puede verse lo que tenían en sus falsas mentes, y que su pretensión de hablar en nombre del evangelio en sus Doce Artículos, era simplemente una mentira. Únicamente hacen obra del diablo, especialmente ese satanás de Muhlhausen que no hace otra cosa sino robar, asesinar y derramar sangre.

Los campesinos han merecido la muerte por tres razones: 1) porque han roto su juramento de fidelidad; 2) por amotinarse y saquear; y 3) por haber encubierto sus pecados con el nombre del Evangelio. "Por tanto, señores míos, librad, salvad, y ayudad y compadeced a los

pobres; apuñalad, herid y matad a todos los que podáis. Si morís en la batalla jamás podríais tener un fin más bendito, pues morís obedientes a la Palabra de Dios en Romanos 13, y en servicio de amor para librar a vuestro prójimo de las bandas del infierno y del diablo. Imploro a todos los que puedan que rehúyan a los campesinos como al diablo mismo. Ruego a Dios que cambie sus corazones y los ilumine. Pero si no cambian, no les deseo felicidad nunca más... El que crea esto demasiado severo considere cuán intolerante es la rebelión.

Amaba a los campesinos tanto como a los nobles, pero se trataba de un asunto de consecuencias sociales perdurables, y sabía bien que la dirección de los primeros estaba en manos nada responsables, sin ningún fin práctico, sin esperanza alguna de que cambiasen, y tenía confianza en sus príncipes sajones. Ciertamente, esto no era un abandono de la causa de los campesinos, pues éstos nunca habían aceptado su dirección y el evangelio que él predicaba nunca había apoyado la revolución. Ellos, por el contrario, habían seguido las directrices de hombres brutales e insanos como Munzer, a quien Lutero llamaba "ese Satanás de Muhlhausen". La batalla decisiva de la revolución fue librada cerca de Frankenhausen el 15 de mayo. Fue un suceso terrible. Los campesinos, pertrechados con las más diversas y primitivas armas (horquillas, hachas de leñador, guadañas, picas y arcos), se atrincheraron a todo lo largo de un extenso campo abierto, tras carros volcados y toda otra clase de refugio que pudieron hallar, y estimulados por la promesa de Munzer de que se produciría un milagro, esperaron el ataque. Armados de sólidas lanzas y afiladas espadas y bajo el mando del landgrave Felipe de Hesse, un ejército de caballeros sobre caballos acorazados atacó, barriendo todo cuanto había ante ellos. Al ponerse el sol no quedaba con vida uno solo de los campesinos, salvo los que habían logrado esconderse o darse a la fuga. Munzer fue ejecutado.

Después, la oscuridad social se abatió sobre Alemania. Una gran causa había sido tan miserablemente dirigida, que la victoria aseguraba peores consecuencias que una derrota. Los campesinos se sintieron ofendidos y heridos porque el león de Wítemberg no había peleado en favor de ellos, mientras que por toda Europa la clase conservadora le culpaba de ser el causante de la rebelión, sin querer reconocer que habían sido sus miserables y egoístas exacciones de siglos las que habían puesto en movimiento esa furia. Si los campesinos hubieran seguido la dirección religiosa de Lutero, buscando su libertad en la vida interior y trabajando con heroico esfuerzo en la vida civil, podrían haber logrado un gran progreso en su libertad.

A pesar de todo, Lutero se mantuvo firme; no era un cobarde. Había trabajado por los campesinos, como campesino que sería hasta su muerte, pero había defendido su propia línea de conducta de sensatez y conducta moral e intelectual. No estaba en su mano dominar la violencia física. Pero la iglesia que lleva su nombre había de acercarse más y más a la causa de los príncipes, con desastrosas consecuencias.

Comentando las causas de la revolución Federico Seebohm escribe:

Los monjes culpaban a Erasmo y al nuevo humanismo; Erasmo culpaba a la rudeza de Lutero; y Lutero culpaba a los profetas exaltados. ¿Quién tenía la culpa? La historia no atribuirá la culpa a ninguno de los dos primeros ni a los profetas del movimiento o a los mismos campesinos, sino a las altas potestades que no atendieron a evitarlas a su debido tiempo; el negarse a reformar fue la verdadera causa de la revolución. Es a la conspiración de las más altas potestades de la Dieta de Worms para sacrificar el bienestar general a sus propios propósitos y ambiciones, a lo que la historia atribuirá la culpa de la Guerra de los Campesinos.

La Rebelión de los Campesinos aportó el último argumento necesario para provocar otra brecha en las filas de la Reforma. El grupo humanista encabezado por Erasmo había estado compenetrado con la dirección de Lutero en los primeros días. Pero a medida que presentían que el nuevo movimiento provocaría una separación de Roma, habían ido, uno a uno, desligándose de él, prefiriendo permanecer en la antigua fe. El propio Erasmo había estado tan relacionado con el movimiento en sus comienzos, que existía el proverbio: "Erasmo puso el huevo y Lutero lo empolló". Erasmo negaba toda verdad a dicho proverbio, pero no podía negar la íntima dependencia entre su humanismo y ciertas fases de la Reforma. Hombre exquisitamente fino en sus críticas y denuos, le molestaba el lenguaje rudo y grosero de Lutero. Al negarse a seguir a Lutero en su apartamiento de la Iglesia Católica Romana, sus caminos se separaron. Se encolerizó ante el lenguaje con que Lutero atacó a Enrique VIII, que había sido su protector. El evitaba siempre las grandes conmociones sociales, y para él la Rebelión de los Campesinos tenía origen, en parte al menos, en el desenfrenado ataque de Lutero contra el Papa y el Emperador.

Con todo, la ruptura definitiva tuvo lugar en el campo del pensamiento. La cuestión que estaba en discusión era el libre albedrío y la doctrina de la predestinación. Erasmo publicó un tratado sosteniendo la doctrina del libre albedrío, al menos en la medida en que el hombre debe aceptar por su propia voluntad la gracia de Dios. Por supuesto, en él se decían algunas cosas duras contra Lutero. Este consideró seriamente el asunto, y después de un intervalo que a él le pareció demasiado largo, en diciembre de 1525 publicó su respuesta, titulada *De la esclavitud de la voluntad*.

En ella se nos revela su mente apartándose del campo de la experiencia religiosa para entrar en el de los problemas del pensamiento. La historia de la Iglesia muestra que generalmente el enfoque desde el punto de vista lógico termina en la doctrina del libre albedrío, y el enfoque desde el punto de vista de la experiencia religiosa como tal termina en la doctrina de la voluntad absoluta de Dios. De modo que Lutero exponía en frases vigorosas, claras e inequívocas, que la voluntad humana está desprovista de toda libertad, que en su estado normal pecaminoso, era manejada por el diablo, así como un hombre maneja a un caballo. De la misma manera, en su estado salvado, era manejada por el Espíritu Santo. La base de esta creencia era una firme convicción de la absoluta y total soberanía de Dios. Aceptar el libre albedrío es negar el poder y la gloria de la mente creadora. No era ésta una idea que pudiera ser aceptada por los humanistas, de modo que, cuando después de un intercambio de opúsculos entre los debatientes se vio claramente que ésta era la posición de Lutero, la mayoría de los humanistas dejaron de seguirle.

El pobre Felipe Melanchthon, encariñado con Lutero y abrumado a la vez por el afecto de éste y por su fuerza, fue incapaz de protestar ante el maestro mismo, pero conservó toda su vida su simpatía por la posición del humanista. La terminación de la controversia halló a Lutero sin el apoyo del grupo erasmiano.

VI
AMARILLEAN LAS HOJAS

CATALINA VON BOBA
1525

Su infancia en Mansfield le había dado a Lutero un profundo aprecio por el hogar cristiano. Su amistad con Úrsula Cotta en Eisenach había robustecido en él el sentimiento de la santidad esencial en la vida de familia, pero todos los pensamientos que pudieran haber acudido a su mente durante esos primeros años respecto a la posibilidad de casarse y formar su propio hogar, habían sido apartados, con un poderoso acto de voluntad, al tomar sus votos en el monasterio de Erfurt. No hay ninguna noticia auténtica de que Lutero amara o cortejara a alguna muchacha en su mocedad; pero que era feliz, alegre y que a menudo andaba en compañía de muchachas en sus días estudiantiles en Erfurt, es bien notorio. En el monasterio, la lucha más importante no fue contra los deseos sexuales. Vivía entonces en uno de los campos más elevados de la experiencia humana, tratando de purificar su mente de los pensamientos que consideraba indignos de su vocación. Fue una lucha prolongada y dura, pero de lo que se trataba no era de un esfuerzo de la voluntad para subyugar las pasiones. En los primeros tiempos de la Reforma había actuado en un terreno impersonal, y en el Wartburgo, escribiendo contra los votos monásticos, lo hacía con el mismo caballeresco sentido, recordando su hogar de muchacho. De vuelta en Wítemberg, encontró que, como consecuencia de sus escritos en ese sentido, frailes y monjas abandonaban los monasterios y conventos, algunos de ellos probablemente por motivos no precisamente evangélicos; pero la gran mayoría lo hacía honradamente, por motivos de conciencia. El problema tomó serias proporciones, cuando a Wítemberg empezaron a llegar, en busca de su dirección, las monjas que dejaban los conventos, sin ninguna perspectiva económica.

Lutero defendía el matrimonio del clero, basándose en que, en toda la Escritura, el matrimonio aparece como la vida ideal, desde los primeros capítulos del Génesis en que Dios creó marido y mujer para que vivieran el uno con el otro. Y en ningún lugar del Antiguo Testamento encontraba justificación para la suspensión de esta relación, aceptada tanto por las leyes naturales como por Dios. La Iglesia Católica Romana basaba el celibato del clero — posición no compartida por su hermana mayor la Iglesia Ortodoxa Griega— en la separación de clérigos y laicos. Pero Lutero había negado firmemente esta separación, combatiéndola con su famosa doctrina del sacerdocio de todos los creyentes. De manera que cuando sus amigos de Wítemberg y otras ciudades alemanas, relevados de sus votos por su adhesión a la Reforma, empezaron a contraer matrimonio, Lutero se alegró. Hacia 1525, Felipe Melanchthon, Justo Jonás y otros dirigentes del movimiento habían formado ya sus propios hogares. Verdad es que Felipe había protestado de que los cuidados de una vida matrimonial podían estorbarle de sus estudios; pero finalmente Lutero le convenció, y se casó con la hija del magistrado principal de Wítemberg y con ella disfrutó de medio siglo de vida tranquila.

A principios de abril de 1523, entre los grupos de monjas que buscaban refugio en Wítemberg llegó uno compuesto por nueve de ellas. El diez de ese mes, Lutero escribía a Jorge Spalatin:

Wítemberg, 10 de abril de 1523

Gracia y paz. Nueve monjas fugitivas componiendo un grupo desdichado, me han sido traídas por honrados ciudadanos de Torgau. Me refiero a Leonardo Coppe y su sobrino Wolf Tomitzch; no hay motivo de sospecha. Las compadezco mucho, pero compadezco aun más a las que en gran número están muriéndose en su execrable e impuro celibato. Este sexo tan extraordinariamente débil, unido por la naturaleza, o mejor dicho por Dios, al otro, sufre cuando está separado. ¡Oh tiranos! ¡Oh, vosotros crueles padres y parientes de Alemania! ¡Oh, vosotros papas y obispos ¿quién os puede maldecir lo bastante? ¿Quién puede execrar bastante la furia ciega que ha enseñado y ejecutado tales cosas? Pero este no es lugar para hacerlo.

¿Preguntas qué haré con ellas? Primeramente, informaré a sus parientes y les pediré que mantengan a las muchachas; si no quieren, haré que sean atendidas en alguna otra forma. Varias de las familias me han prometido recibirlas; para otras conseguiré esposos si puedo. Sus nombres son Magdalena von Staupitz, Elena von Canitz, Ave Gross, Ave von Schonfeld y su hermana Margarita, Laneta von Goltz, Margarita y Catalina von Bora. Ellas, que sirven a Cristo, están ahora necesitando verdadera piedad; han escapado del claustro en lastimera condición. Te ruego que me ayudes en esta obra de caridad, pidiendo algún dinero a tus ricos cortesanos, para sostener a las muchachas una semana o dos, en tanto que sus parientes u otros las acojan, pues mis capernaumanos no tienen otras riquezas que las de la Palabra, a tal punto que el otro día yo mismo no pude encontrar un préstamo de diez florines para un pobre ciudadano. Los pobres, que de buena gana darían, nada tienen; los ricos, o bien se niegan o dan de tan mala gana, que ante Dios pierden el crédito de la dádiva, y me hacen perder mi tiempo mendigándoles. Nada les alcanza para el mundo y sus exigencias. A mí me sobran solamente diez o quince florines de mi salario anual; ni mis hermanos ni la ciudad me dan un cobre más. Pero tampoco les pido nada para imitar la jactancia de Pablo, despojando a otras iglesias para servir de balde a mis Corintios... Adiós y ruega por mí.

MARTÍN LUTERO.

Debe haber puesto mucho interés al hablar con Magdalena von Staupitz, en atención a las largas relaciones afectuosas, ahora tirantes, entre él y su hermano. Una tras otra, las monjas de este grupo fueron tomadas bajo el cargo de familias, o unidas en matrimonio a sus pretendientes, salvo una, Catalina von Bora. Catalina von Bora había nacido en un pueblecito a treinta kilómetros al sur de Leipzig, en el año 1499. Sufrió pronto la pérdida de su madre, lo cual, unido al nuevo matrimonio del padre, influyó para que a los cinco años la colocasen en una escuela de monjas benedictinas; más tarde pasó al convento Cisterciense de Nimbschen. Tomó el velo a los dieciséis años de edad, en la misma época en que Lutero dictaba su cátedra sobre los Romanos en Wítemberg. Dos tías de Catalina estaban en el mismo convento.

Durante el éxodo general de los monasterios, algunas monjas trataron de escapar del convento de Nimbschen, pero fueron atrapadas, castigadas y puestas bajo vigilancia. Posteriormente, con la complicidad de un negociante de Torgau, pueblo cercano, que tenía acceso al convento, consiguieron evadirse. Reunidas la noche del 4 de abril de 1523 en la celda de Catalina, saltaron por la ventana al jardín y luego escalaron la pared a la calle. Ocultas en sendos toneles vacíos, se alejaron del lugar en un carromato.

Entonces Catalina contaba veinticuatro años y había estado recluida desde los cinco. Una vez en Wítemberg, se alojó en casa de un rico ciudadano llamado Reichembeck, y allí ayudó por dos años en las tareas de la casa. A fines de 1523 se enamoró de un estudiante, Jerónimo Baumgartner, huésped de los Melanchthon, y se comprometieron en matrimonio; pero cuando el estudiante abandonó la ciudad olvidó a Catalina, y a los requerimientos que le hiciera Lutero

recordándole su compromiso, contestó anunciando su compromiso con la hija de una familia muy acaudalada. Catalina, que le amaba, quedó muy herida de su comportamiento.

No mucho tiempo después, otro amigo de Lutero, el doctor Glatz, cortejó a Catalina deseando casarse con ella; pero cuando mencionaron el asunto a ésta, no sólo rehusó al pretendiente, sino que dijo en son de broma, que sólo se casaría con el doctor Amsdorf o con el doctor Lutero. ¡Los viejos compañeros que habían viajado juntos a Leipzig y Worms, se encontraron así unidos nuevamente en la lucha!

Y repentinamente, casi sin comentarlo con sus amigos, Lutero decidió casarse. Hacía tiempo que su padre estaba instándole a que lo hiciera. Un fuerte sentido de familia hacía que Hans deseara ver a su hijo establecido en su hogar propio. Los nietos hubieran sido una dicha para el anciano, también. Lutero, desde luego, relacionaba su matrimonio, como lo hacía con todo, con la causa del evangelio, y le escribió a un amigo que se casaría "para agradar a su padre, fastidiar al papa y darle pique al diablo". Esto, dicho en su característica vena humorística, presenta, sin embargo, su estado mental. El amaba y honraba a su padre, y su matrimonio le complacería. Tenía al papa como su enemigo mortal, y con ello daría una prueba más de su irreconciliable ruptura. En cuanto al diablo, consideraba que estaba emboscado detrás de las leyes de celibato de la Iglesia Católica, para arrastrar a sus inocentes sacerdotes a pecados mortales, de modo que el matrimonio le infligiría una derrota. De modo que, en realidad, no se casó por un sentimiento juvenil e idealista, sino como una heroica y madura consumación de la vida evangélica que ahora profesaba. Catalina von Bora no tenía para él encantos juveniles. El tenía cuarenta y dos años y ella veintiséis. Durante diez años, Lutero había vivido para su actuación pública, y a causa de ello su mente y corazón estaban algo endurecidos. Esto, unido al completo dominio de sí mismo que le había dado la larga disciplina monástica, hacía que su matrimonio fuera cuestión de elección deliberada, no de emoción.

Catalina von Bora era de buena familia. Era capaz de desempeñar los deberes que recaerían sobre la esposa de Martín Lutero, y había demostrado su capacidad en la casa del amigo de éste. Era fuerte, vigorosa y llena de salud. Poseía un alto grado de vitalidad y buen humor. Lutero la había visto muchas veces durante su residencia en Wítemberg, y cuando oyó que ella había dicho que no se casaría con nadie más que con él o con Amsdorf, probablemente sintió picada su curiosidad y se dispuso a investigar el asunto.

Esa primavera, Martín le habló de sus esperanzas. No era cosa fácil. Ambos habían conocido la vida monástica, y él sabía lo que se diría de ellos. Le recordó que estaba sentenciado a muerte por el Papa y el Emperador. El amor de Catalina por Baumgartner no le era desconocido, pero el corazón de Lutero era benigno y su honor inexpugnable. La pequeña ciudad contempló asombrada el extraño noviazgo, en el que ambos estuvieron rápidamente de acuerdo, y luego que las palabras dulces fueron pronunciadas, se borraron las diferencias de edad: para Catalina él era el "gran doctor", pero era también su prometido. La mente y la lengua que habían despertado a Europa no fallaron en esta singular empresa de persuasión, y así fue cómo la noche del 13 de junio de 1525, en casa de Lutero, fueron unidos en matrimonio por Juan Bugenhagen, su colega de facultad. Después de la tranquila boda, se enviaron invitaciones para la celebración y el anuncio públicos. El 27 de junio, Hans y Margarita Luther, junto con otros muchos amigos, se reunían en Wítemberg para celebrar la boda de Martín con Catalina. Lutero compró un barril de la mejor cerveza de Torgau, al comerciante en uno de cuyos barriles vacíos se había escapado Catalina.

De la Universidad recibieron un rico vaso de plata, y muchos otros regalos de sus deferentes amigos, entre ellos un barril de cerveza de Eimbeck, buenos vinos y dinero, tanto en plata como en oro. El arzobispo Alberto de Maguncia les envió 20 florines de oro, que fueron

rechazados por Martín, pero aceptados por Catalina. Los novios se instalaron en las habitaciones que Martín ocupara en el "Claustro negro". Lucas Cranach, que les visitaba a menudo, como regalo pintó sus retratos.

Europa se alborotó con la noticia; el escándalo de otros tiempos no era nada comparado con éste. Las lenguas viperinas de sus más violentos enemigos católicos, se desataron frenéticamente contra él. Ni qué decir tiene que llegó a decirse que el matrimonio se hacía por necesidad, pero esto era ya demasiado aun para Erasmo, quien salió en defensa de Lutero. Dijo que "la Reforma comenzó como una tragedia, pero finalizaba como una comedia, en boda"; pero salió en su defensa sólo en consideración al escándalo que promovió. Roma decía que de esta unión nacería el Anticristo, ya que, según una tradición popular, éste sería fruto del matrimonio de un fraile y una monja; pero Erasmo impuso silencio en este aspecto, haciendo notar que, de ser cierto, el Anticristo ya antes habría tenido numerosas probabilidades de nacer.

Pero con este ambiente a su alrededor, era imposible que el matrimonio de Lutero fuese presentado en su real aspecto a Europa, y más de un católico adicto a su causa, se sintió defraudado con esta relación familiar que, a todas luces, aparecía impropia, pues muchos no podían olvidar que tanto Martín como Catalina habían tomado en su juventud lo que se tenía por votos irrevocables. Los que así pensaban no sentían el poder y la fuerza de la fe evangélica que para ellos había bastado para librarlos de la obediencia a los votos.

Martín Lutero se casó con pleno conocimiento de lo que había de seguir, pero para lo que no estaba preparado era para la singular y tranquila felicidad que lentamente fue adentrándose en su vida, a partir del momento en que fundó su hogar; Catalina von Bora le significó un fuerte y espontáneo servicio, un corazón leal y simpático, con un sutil y encantador sentido del humor y fue para él durante todo el resto de su vida, manantial inagotable de regocijo y paz. Él le rindió el mayor tributo el día en que, hablando de la epístola de San Pablo a los Romanos, dijo: "ésta es mi Catalina von Bora". En esa epístola había hallado por vez primera su paz religiosa.

LOS MOLINOS DE DIOS 1526 - 1545

El año 1526 trajo a Lutero tres importantes actividades. Primeramente debía seguir su batalla con el papado; simultáneamente debía organizar la Iglesia Evangélica en todos sus aspectos; luego, su hogar también necesitaba de su atención.

* * *

En el primero de estos campos, continuaba siendo técnicamente un proscrito: se entendía que el edicto de Worms continuaba en todo su vigor. Por él su vida estaba en continuo peligro; era un proscrito y cualquier ciudadano alemán debía entregarlo vivo o muerto, en cumplimiento de la ley del emperador. De manera que tenía que andar con cuidado de no caer en alguna celada que en cualquier momento pudiera tenderse por lo que no se permitía la presencia de extraños a su alrededor y no pudo tampoco aparecer en público en ninguna de las grandes reuniones que se realizaron, durante los quince años siguientes a Worms, con la esperanza de remediar el cisma. En esas reuniones, el jefe principal del partido reformista se veía obligado a permanecer oculto, y las tentativas de reconciliación eran conducidas por sus subordinados, principalmente Melancthon y Bucero.

En la vida pública, todavía el emperador intentaba esclarecer el asunto, pero la agitación causada por Francisco I de Francia ante la elevación del español Carlos al trono imperial había impedido a éste asistir a la Dieta celebrada en Spira en 1526 bajo la presidencia del hermano del emperador, Fernando, mientras Carlos V derrotaba a Francisco I en la batalla de Pavía. Por supuesto, Lutero tampoco asistió a esa Dieta. Luego de un intenso debate en el que el partido católico, encabezado por Fernando, propugnó la ejecución del edicto de Worms y el partido protestante, encabezado por el Elector de Sajonia, se negó decididamente a cumplirlo, se acordó que "cada estado debía vivir de acuerdo a como esperara responder ante Dios y el emperador". Esto fue, en realidad, una victoria para los reformistas; se les permitía volver a sus estados y continuar con el trabajo evangélico.

Entretanto, en Wítemberg Martín Lutero, junto a Catalina, vivía las mismas horas de dicha que Hans Luther viviera junto a Margarita Ziegler, a fines del verano de 1483. Catalina pasaba largas horas sentada junto a Martín, leyendo, estudiando y haciendo cuantas preguntas tenía ocasión de hacer. Martín, mirándola, sentía revivir el hermoso Magnificat que cantara la virgen María. Aguardaban el final de su paciente espera para el mes de junio, y el seis Martín contempló a su primogénito. Hans Luther, en Mansfield, supo también que tenía un nieto, y que llevaría su mismo nombre. Así, mientras aguardaba el resultado de la Dieta, Lutero oía en el otrora tranquilo claustro el llanto de su hijito. Catalina amamantaba a su Juancito, preguntándose qué le depararía la vida.

Cuando Carlos supo el resultado de la Dieta, la situación política en el Sur le impidió protestar demasiado. Sentía que debía invadir a Italia, porque el papa Clemente VII, sobrino de León X, se había inclinado demasiado hacia Francia. Y a la verdad que fue un hecho por demás extraño que Carlos V, el paladín de la fe católica en el Norte, ordenara a sus ejércitos marchar sobre Roma. León X había muerto en diciembre de 1521, mientras Lutero estaba en el Wartburgo, y le había sucedido Adriano VI, que había sido capellán privado de Carlos. La elección de Adriano había sido ordenada por el emperador; pero era hombre de poca salud y no pudo resistir el esfuerzo. Menos de un año después, los cardenales, convocados a una nueva elección, y escarmentados por los conatos de reforma de Adriano, consagraban gozosamente a otro Médici. Clemente era tan astuto, amante de los placeres y profano como había sido su tío.

El ejército de Carlos estaba compuesto por soldados españoles y alemanes, y los mismos hombres que habían aclamado y silbado a Lutero en la Dieta de Worms se encontraban ahora marchando juntos, bajo un general alemán, al ataque de Roma. Allí se encontraba a la sazón, trabajando para Clemente VII, Benvenuto Cellini. Ante la aproximación del ejército del Norte, el séquito papal buscó asilo en el inexpugnable castillo de Sant'Angelo. Tal era la prisa, que Cellini recogió la cola de las vestimentas del papa mientras pasaban a todo correr por la puerta que rápidamente se cerró tras ellos. Un cardenal tuvo que ser izado por una ventana por sus criados. Y mientras el ejército de alemanes y españoles saqueaba la ciudad, Cellini desengarzaba la pedrería y fundía el oro de los ornamentos papales con el fin de que el papa, en tan crítica situación, tuviera con qué pagar su rescate.

Entretanto en Wítemberg Lutero llevaba una vida heroica. Las nuevas del saqueo de Roma le entristecieron. Predicaba y enseñaba diariamente, pero su salud se estaba resintiendo por el prolongado esfuerzo. Ya en 1521 había sufrido trastornos gástricos que fueron agravándose, hasta que en 1523 pasó todo el mes de marzo atacado por continuos vómitos y náuseas, a los que se unieron unos dolores de cabeza que no habrían de abandonarlo durante el resto de su vida. Y ahora, en 1527, el seis de julio, al retirarse del comedor a su habitación sufrió un desmayo y estuvo muchos días gravemente enfermo. Aun no estaba del todo restablecido cuando volvió la peste a Wítemberg. La Universidad se trasladó a Jena, pero Lutero no había de huir tampoco esta

vez. Catalina estaba nuevamente encinta. El pequeño Juancito, de poco más de un año, cayó gravemente enfermo y pasó once días sin comer ni beber. El mismo Martín, débil y exhausto, tuvo que doblar sus fuerzas para atender el hogar y la iglesia. Uno de sus más íntimos amigos, que se había quedado con él cuando la Universidad se trasladó a Jena, perdió su esposa víctima de la peste, y Lutero temía por la vida de Catalina. Pero en medio de tanta miseria e incertidumbre, con la muerte rondando a su alrededor y las grandes autoridades de su niñez, la Iglesia y el Estado, luchando entre sí, Lutero hallaba fuerzas en su fe en Dios. Meditando sobre el salmo cuarenta y seis, sacó de él una gloriosa lección para su hora de prueba. El conocía la fortaleza de los castillos que coronaban sus colinas teutónicas; sabía cómo las gentes a la hora de la batalla se sentían seguras al abrigo de esos muros. Recordaba cuán seguro se había sentido en el Wartburgo y así en medio de la destrucción y aún de la muerte, se sentía seguro en Dios. Detrás de todos esos desgraciados movimientos del mundo estaba el diablo, pero Dios era su protección contra el diablo, y de esa hora de profunda ansiedad surgió el triunfante himno de Victoria:

Castillo fuerte es nuestro Dios, Defensa y buen escudo:
Con su poder nos librá
En este trance agudo.
Con furia y con afán Acósanos Satán:
Por armas deja ver Astucia y gran poder;
Cual él no hay en la tierra.
Nuestro valor es nada aquí,
Con él todo es perdido;
Mas con nosotros luchará De Dios el escogido.
Es nuestro rey Jesús,
El que venció en la cruz,
Señor y Salvador, Y siendo él solo Dios,
El triunfa en la batalla.
Y si demonios mil están
Prontos a devorarnos,
No tememos, porque Dios
Sabrá cómo amparamos.
¡Que muestre su vigor Satán, y su furor!
Dañarnos no podrá,
Pues condenado es ya
Por la palabra santa.

También compuso la música, solemne y cadenciosa, para éste su himno marcial. Y mientras tarareando daba forma a su melodía, vió restablecerse a Juancito y resistir a Catalina, que el diez de diciembre tuvo una niña a la que llamaron Isabel, aunque siendo de naturaleza delicada, la niñita no llegó a cumplir el año.

Escribiendo acerca de ella a un amigo poco tiempo después, Lutero se expresa en estos términos: "El pequeño Juanito le agradece el sonajero del cual está escandalosamente orgulloso... Mi hijita Isabel ha muerto. Me ha dejado sumamente angustiado y dolorido. Me ha dejado tan apenado y dolorido que parezco una mujer. Nunca hubiera creído hasta qué punto puede ablandarse el corazón de un padre por sus hijos".

Como si su trabajo no fuese bastante, tuvo que ocuparse de las parroquias alemanas que aceptaban la Reforma. Junto con Melanchthon viajó por toda Sajonia deteniéndose en todas las ciudades y examinando sus sistemas educativos y sus prácticas eclesiásticas. Este era un trabajo tremendamente arduo, por lo áspero de los caminos, lo incómodo de los alojamientos y la irregularidad en la alimentación, pero Lutero sentía la profunda necesidad de la educación en una iglesia que habría de bastarse a sí misma. Al volver de la visitación, llamó la atención a la falta de instrucción de que adolecía la provincia entera, e instó a los pastores a que empezaran una cabal reconstrucción de ese aspecto de su obra, poniéndose en el ínterin él mismo a escribir un catecismo que quedó terminado dos años después, y al que dio el nombre de Catecismo menor, que destinó para uso de las familias y que fija de una forma suave y sencilla todas las doctrinas históricas del cristianismo. En él impone la memorización de los Diez Mandamientos para conseguir un sentido de pecado. Debían también memorizarse el credo de los Apóstoles por contener la historia de la gran redención del pecado y el Padrenuestro por el sustento espiritual que trae al creyente.

Al presentar Lutero esa sólida teología en forma catequística, su mente y su corazón simpatizaban con los niños que tendrían que aprenderla y realmente, nunca su gran don para la aplicación práctica se mostró tan a las claras como cuando explicaba la doctrina de la iglesia a los niños pequeños.

Políticamente pudo Carlos apaciguar por fin a Italia y Francia y entonces volvió los ojos a la rebelde Alemania, convocando en 1529 una segunda Dieta que había de reunirse en la ciudad de Spira. Presidiendo en persona esta dieta, el emperador obligó a los delegados a anular los acuerdos de la que tuviera lugar en 1526, obteniendo el voto de la mayoría por la prohibición del culto reformado. En respuesta a esta acción, el 19 de abril los delegados de las zonas luteranas presentaron a la Dieta una protesta formal. En ella manifestaban que por ley del imperio una decisión por mayoría en la Dieta presente no podía anular la decisión por unanimidad de una Dieta anterior, y que ellos se adherían a la decisión de 1526. Esta protesta estaba firmada por los representantes de Sajonia, Brandenburgo, Brunswick, Hesse, Anhalt y catorce de las ciudades libres. A partir de este momento el partido no católico fue llamado "protestante". Algunos de los firmantes no eran luteranos por lo que el término protestante tenía un sentido más amplio. El emperador no fue capaz de componer la escisión y cuando terminó la Dieta había dos partidos bien definidos.

En Wítemberg, Lutero, al recibir las noticias de la Dieta, vió surgir de su reforma religiosa, un partido político, sin que él pudiera evitarlo ni controlarlo. La vida en el hogar de Lutero continuaba su marcha al margen de los acontecimientos políticos. El 4 de mayo, casi un año después de la muerte de la pequeña Isabel, nació Margarita, a quien se puso este nombre en atención a la tía de Catalina, que habiendo sido compañera de ella en el convento era ahora un miembro muy amado en el hogar de Wítemberg.

* * *

La ruptura en el partido protestante, que ya se notara en Spira fue ocasionada por el rápido desarrollo de un movimiento reformista en Suiza, encabezado por Ulrico Zuinglio. Nacido en Wildhaus, Suiza, el 19 de enero de 1484, Ulrico Zuinglio fue educado para la Iglesia y entró en el sacerdocio en 1506. Sus estudios lo habían puesto en íntimo contacto con el movimiento humanista y era un admirador de Erasmo.

Desde sus primeras predicaciones, atacó violentamente los abusos de que la Iglesia era víctima. Tales protestas hallaron eco en la ciudad de Zurich de donde fue pastor desde 1519 hasta

su muerte, iniciándose allí un movimiento reformista. El centro del movimiento zuingliano era intelectual y humano, y no como en Lutero, el problema del pecado. Zuinglio hablaba el lenguaje del humanista cristiano, Lutero el del antiguo católico: no podían entenderse.

De carácter simpático, dotado de una inteligencia clara y sutil, Zuinglio era un hombre amado por el pueblo de Zurich, al que estaba completamente dedicado por su servicio pastoral, lo cual no era obstáculo para que conviviera, durante mucho tiempo, con una mujer según costumbre en su época.

Los que en la Dieta de Spira pertenecían al partido de Zuinglio, deseaban mantener intacto el movimiento reformista y en consecuencia deseaban que las dos fuerzas se unieran. Estos hallaron en Felipe de Hesse al hombre ideal para su intento. Este era el más fuerte y capaz de los príncipes de la Reforma, a pesar de contar sólo veinticinco años de edad. El insistió en un encuentro entre Lutero y Zuinglio.

Cuando Lutero recibió la invitación se negó a ir. Desconfiaba enteramente del movimiento zuingliano, y mentalmente igualaba a Zuinglio con Carlstadio y Munzer. Por razones políticas el Elector Juan le pidió que fuese. Felipe consiguió que la reunión se celebrase en Marburgo. Zuinglio muy contento con el arreglo, viajó desde Zurich a Estrasburgo a pesar del gran riesgo a que se exponía, pues también él era un hombre marcado para la muerte. Una vez allí y después de visitar la ciudad, partió para el punto de reunión junto con los delegados de Estrasburgo. El 27 de setiembre Felipe los recibía personalmente. Bajando desde el Norte, contra su voluntad y con un aire casi tétrico, Lutero llegó el 30, acompañado por Melanchthon y Jonás. Cuatro días duró la conferencia entre los hombres de quienes dependía ahora la posibilidad de una unión entre ambas fuerzas protestantes. La reunión empezó con la siguiente oración de Zuinglio:

"Señor y Padre de todos nosotros. Te imploramos que nos llenes con tu dulce Espíritu y disipes en ambas partes las nubes de la desavenencia y la pasión. Pon fin a esta lucha de la furia ciega. ¡Levántate, oh Cristo, Sol de Justicia y brilla sobre nosotros! ¡Ay! Mientras nosotros contendemos, cuán frecuentemente olvidamos esforzarnos por la santidad que tú exiges de todos nosotros. Guárdanos de abusar de nuestras fuerzas y capacítanos para emplearlas con toda buena fe, para la promoción de la santidad. Amén".

Fuera de las reuniones, los hombres se dispensaron amistad y llegaron a apreciarse y a admirarse el uno al otro, pero en las sesiones de la conferencia el ambiente era muy otro. En aquellos días el mundo estaba basado sobre normas explícitas y, en el campo de la lógica, la mente religiosa no funciona lo bastante aprisa. Zuinglio era brillante, conciso, atacaba la posición ortodoxa de Lutero sobre la Santa Cena con todos los argumentos bien conocidos de los humanistas. Pero Lutero era inflexible. Ya sabían desde el principio, que el punto central de la controversia sería la presencia del cuerpo de Cristo en la Comunión, y sobre este punto Lutero defendía la doctrina de la presencia real.

Estaban sentados ante una mesa de madera. Lutero y Melanchthon a un lado, Zuinglio y Ecolampadio al otro. La discusión estaba necesariamente limitada a textos bíblicos, ya que Lutero había dicho que no sería convencido en este punto por ninguna otra autoridad.

En el primer choque fuerte, Lutero tomó una tiza y escribió sobre la mesa Hoc est Corpus Meum. Después de esto, en cada nueva crisis, se limitaba a señalar el texto, diciendo que no había sido refutado.

Ecolampadio citó Juan 6:63 "El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha, y Zuinglio tratando de llevar demasiado lejos su ventaja dijo a Lutero: "Ese pasaje le rompe a Ud. el cuello". Esto, en realidad era un modismo suizo que indicaba una refutación terminante. Pero

Lutero no lo entendió así, y se encolerizó. Sostuvo que Juan 6:63 no tenía relación con la institución de la Cena. Afortunadamente la intervención del Langrave salvo el momento.

Muchas veces llegaron a decirse palabras ásperas y airadas, pero al final, aun incapaces de ponerse de acuerdo, terminaban por pedirse disculpas de tales arranques.

Zuinglio, sentimental, afirmó que él deseaba la amistad de la gente de Wítemberg más que la de todos los hombres de la tierra. El langrave Felipe les pidió que redactaran un credo que todos pudieran firmar y Lutero redactó una definición de quince doctrinas cardinales, mostrando que estaban de acuerdo en todas, salvo en la última que se refería a la Cena del Señor. Los delegados firmaron el documento. Zuinglio le tendió la mano a Lutero diciendo que, a pesar de todo, seguirían siendo hermanos, pero Lutero hizo una clara distinción entre hermandad y amistad. La hermandad para él involucraba una creencia y comunión y una comunión común, y con Zuinglio, que no compartía la doctrina esencial de Lutero, no podía haber hermandad. De manera que rehusó la mano que se le tendía, lo que no fue obstáculo para que una vez terminadas las sesiones, se despidieran con cordiales apretones de manos de amistad personal.

Caminando hacia el norte y repasando los incidentes de las jornadas, Lutero cayó en la cuenta de que Melanchthon había estado particularmente silencioso durante los debates y vino a deducir que Felipe era mucho más católico que él y por tanto más distanciado de las ideas sostenidas por Zuinglio. Desde este momento las reformas luterana y suiza siguieron cada cual su camino. Zuinglio regresó a Zurich, para continuar la organización de un partido político protestante en los cantones suizos septentrionales, con la cooperación de Felipe de Hesse. Cuatro años más tarde y ya en la guerra civil religiosa que laceró su país, Zuinglio moría en la segunda batalla de Cappel, cuando acompañaba a las tropas en calidad de capellán.

El esfuerzo mejor que hiciera Carlos V para reconciliar las diferencias alemanas, tuvo lugar en Augsburgo en 1530. Tomás Lindsay en su Historia de la Reforma describe así la entrada de Carlos en Augsburgo:

Mientras Carlos estaba en Bolonia, se publicó la convocatoria a la Dieta, ordenando a los electores, príncipes y a todos los estados del Imperio, congregarse en Augsburgo el 8 de abril de 1530. Ninguna amenaza empañaba la invitación. El emperador anunció que su intención era dejar los errores del pasado a juicio del Salvador; que deseaba oír con espíritu de caridad la opinión de cada uno, sus pensamientos e ideas; y que su único deseo era procurar que todos vivieran bajo el mismo Cristo en un estado, en una iglesia y en una unidad. Salió de Innsbruck el 6 de junio, y viajando lentamente llegó al puente del Lech, a corta distancia de Augsburgo, al caer la tarde del día 15. Allí encontró a los grandes príncipes del Imperio que esperaban su arribo desde las dos de la tarde. Se apearon para reverenciarlo, y él gentilmente también desmontó, y los saludó con toda cortesía. Carlos traía en su séquito al nuncio papal, el cardenal Campeggio. La mayor parte de los electores se hincaron para recibir la bendición del cardenal, pero Juan de Sajonia permaneció impávido de pie, y rechazó la bendición que se le ofrecía.

La procesión —una de las más suntuosas que Alemania hubiera visto— fue escoltada, entrando ceremoniosamente en la ciudad. El séquito de los electores ostentaba cada uno sus colores y armas apropiadas, con Sajonia a la cabeza, de acuerdo a un derecho antiguo ya prescrito. Luego seguía solo el emperador, con un baldaquín cubriéndole la cabeza. El había expresado el deseo de que el nuncio y su hermano viajaran a su lado, bajo el palio; pero los alemanes no quisieron acceder; no podrían permitir a ningún representante del Papa que viajara hombro a hombro con el jefe del Imperio alemán en la más importante de las ciudades imperiales.

Los sacerdotes esperaban a la puerta de la ciudad a la procesión, cantando Advenisti desirabilis. El emperador; el clero, los príncipes y sus séquitos, todos entraron en la catedral. Se cantó el Te Deum, y el emperador recibió la bendición. Luego se volvió a formar la procesión y acompañaron a Carlos a su alojamiento en el palacio episcopal.

En respuesta a esta convocatoria el Elector de Sajonia, en compañía de Lutero y Melanchthon, habían esperado en Coburgo, la ciudad más austral de su territorio, un salvoconducto del emperador. Cuando llegó el salvoconducto, no mencionaba el nombre de Lutero. El Elector y Melanchthon, con el resto de la comitiva, siguieron viaje hacia Augsburgo, mientras Lutero se refugiaba en el castillo que domina a Coburgo, donde permaneció desde el 25 de abril hasta el 4 de octubre. Fueron esos días amargos para él. Estaba enfermo y desanimado, pero se mantuvo activo. Terminó la traducción de Jeremías, empezó la de Ezequiel y completó todos los profetas menores. Además publicó algunas de las fábulas de Esopo en alemán, escribió otros doce trabajos completos, y existen ciento veintitrés cartas escritas por él en estos días de su permanencia en el castillo de Coburgo.

Durante todo este tiempo recibió noticias de lo que sucedía en las sesiones de la Dieta. Le decían cómo los príncipes evangélicos habían rehusado marchar en la procesión de Corpus Christi por las calles de Augsburgo, que el leal Jorge de Brandenburgo había dicho a Carlos, a quien apreciaba, que antes de negar a su Dios, prefería arrodillarse y dejarse cortar la cabeza, y cuán resueltamente sus amigos estaban firmes en la fe. Pero cuando supo que Melanchthon estaba redactando la gran Confesión su ansiedad subió de punto. Temía que Felipe, que para él era demasiado conciliador, hiciese demasiadas concesiones a los papistas; y su temor era bien fundado, pues Melanchthon ansiaba por sobre todo remediar la escisión. En su mente había un terrible conflicto de lealtades. Como sobrino de Reuchlín, no podía entender la necesidad de la separación; como amigo de Erasmo todavía amaba a la Madre Iglesia. Pero esas dos lealtades eran superadas por su tremendo afecto por Martín Lutero y su fe en él. De modo que hizo todo lo que pudo por reconciliar las dos partes en su declaración. La Confesión de los príncipes Protestantes escrita por Felipe Melanchthon fue leída en la Dieta el 25 de junio por Christian Bayer, canciller de Sajonia.

Era una declaración clara y concisa, que contenía dos partes. En la primera explicaba los puntos de vista de los luteranos, y en la segunda daba una lista de los abusos que debían ser corregidos. Su teología era conservadora. Lutero se alegró cuando supo que se había permitido leer esa Confesión en público; pero su alegría fue corta, pues Carlos encargó a un grupo de teólogos encabezados por Eck de Ingoldstadt, que preparasen una respuesta. Esta fue una falla gravísima de la política imperial, pues Eck estaba lleno de encono. Prueba de ello fue que cinco veces el informe de Eck fue devuelto a la comisión para revisarlo y suavizarlo y cuando por fin se leyó, todavía era tan violento y ofensivo para los luteranos, que el propio Elector de Sajonia al que se conocía con el sobrenombre de el Inmutable, se negó a permanecer en la Dieta bajo tales condiciones y partió luego de una penosa escena con el Emperador. Ambos se profesaban mucho afecto y el Elector honraba a su Emperador con la antigua lealtad civil del alemán, pero en este caso el Emperador exigía la sumisión de la conciencia y así le dijo a Carlos que él debía permanecer fiel a su fe y se retiró de la Dieta. Las últimas palabras que Carlos le dirigió fueron: "Tío, tío, no esperaba esto de usted". Las lágrimas asomaban a los ojos del Elector cuando volvió la espalda a su soberano y partió hacia el norte.

Entretanto la ansiedad de Martín allá en el hermoso castillo no cesaba. A la mitad de una semana de enfermedad llegó un mensajero de Wítemberg trayendo pequeños obsequios de Catalina y el resto de la familia; entre ellos, un retrato pintado por Lucas Cranach de su pequeña

Magdalena que ahora contaba ya doce meses. Lutero lo sostuvo amorosamente y exclamó: "¡Qué morena es! no se parece a Magdalena. Tiene la boca de Juanito", y lo colgó a la cabecera de su estudio donde fue una fuente constante de alegría. Lutero no era feliz fuera del seno de su hogar, por lo que era particularmente puntual en su correspondencia. Juanito tenía ahora cuatro años de edad y Martín recordaba a menudo a su muchachito. Le escribió:

Castillo de Coburgo, 19 de junio de 1530.

Gracia y paz en Cristo, querido hijito: Estoy contento al saber que tú estás estudiando y dices tus oraciones. Continúa así, hijo mío, y cuando vaya a casa te llevaré un precioso regalo.

Conozco un jardín hermoso y agradable donde hay muchos niños; visten doradas chaquetas y comen lindas manzanas bajo los árboles, y peras y cerezas y purpúreas ciruelas, y cantan y saltan y corren y son felices, y tienen preciosos caballitos con riendas de oro y monturas de plata. Le pregunté al hombre que posee el jardín quiénes eran esos niños y me dijo: "Son los niños que dicen sus oraciones y estudian y son buenos." Entonces le dije: "Querido señor, yo también tengo un hijo que se llama Juan Lutero; ¿podría entrar en el jardín y comer las dulces manzanas y peras y cabalgar en esos gallardos petizos y jugar con estos niños?"

Entonces dijo el hombre: "Si dice sus oraciones y es bueno, puede entrar en el jardín, y también pueden venir Felipe y Justo, y cuando todos ellos vengan, tendrán pitos y tambores y flautas y danzarán y podrán disparar pequeñas ballestas."

Después me enseñó un hermoso prado de verde césped para bailar donde había lindos silbatos de oro y lindas ballestas de plata. Pero aún era temprano y los niños no habían acabado de comer y no pude esperar para verlos bailar, de manera que le dije al hombre: "Mi querido señor, debo marcharme y escribir en seguida a mi querido hijito Juan acerca de todo esto, a fin de que diga sus oraciones y estudie y sea bueno y así pueda entrar en el jardín, junto con su tía Lena a quien debe traer consigo." Entonces el hombre dijo: "Muy bien, vaya y cuénteles todo esto." Así que, mi querido Juanito, estudia y di tus oraciones, y dile a Felipe y Justo que digan sus oraciones y estudien también, de manera que podáis entrar todos al jardín. Que Dios te bendiga. Da a tía Lena mi cariño y un beso de mi parte. Tu padre que te quiere,

MARTÍN LUTERO.

Mientras se regocijaba pensando en su pequeño Juanito, Juan Reinicke amigo de sus días escolares, le trajo la nueva de que su padre había muerto. Ya Lutero había salido hacia Coburgo sabiendo la enfermedad de su padre, y le había escrito diciéndole de su imposibilidad de acudir junto a él; con mucho tacto en esa su última carta, habíale recordado su común fe. Cuando el pastor de Mansfield le leyó esta carta a Hans y le preguntó si creía en esta fe, éste contestó: "Sí, y el que no lo hiciera, sería un bellaco".

Habían transcurrido treinta y dos años desde que Juan Reinicke y Lutero dejaron sus hogares para ir a la escuela de Magdeburgo. Ahora Martín imaginaba a su amigo tal como era entonces Y como en sueños le oía relatar los últimos momentos de su padre.

Muerto. Sin vida. El espíritu de su padre estaba ante el gran tribunal. Hacía cuarenta y siete años que su padre le llevara ante Bartolomé Rennebrecher para su bautismo. Y ahora el lazo que uniera a ambos durante tantos años, estaba roto. Martín se levantó, tomó su salterio y penetró en su estudio en el que permaneció durante casi dos días dando rienda suelta a su dolor. Pero la oración y la fe fueron siempre para él manantial de fuerza, y al cabo del segundo día retornó otra vez a su vida normal.

Pocos días más tarde, su amigo Wenzel abrió una carta de Lutero y leía:

Ahora estoy afligido por la muerte de mi padre, el gentil y querido anciano cuyo nombre llevo, y aunque estoy contento de que por su bien, su tránsito a Cristo fuera tan fácil y piadoso y que, ya libre de los monstruos de este mundo, descansa en paz, a pesar de esto, mi corazón se entristece porque después de Dios a él le debo mi vida y mi crianza.

La Dieta de Augsburgo terminó con mala suerte para los protestantes, y Lutero regresó a Wítemberg sabiendo que la presión imperial sería ahora más fuerte que nunca. A partir de este momento la historia se convierte en una lucha de alianzas políticas en la que Lutero queda cada vez más relegado al último plano. Durante los años que siguieron vió nacer la Liga de Esmalcalda, para la protección del territorio reformado, a la cabeza del cual estaba Hesse y Sajonia. Tuvo noticias de los desórdenes en Munster y del aplastamiento, con crueldad criminal, de los anabaptistas allí reunidos. Vió la muerte de Clemente VII y la elección de Pablo III y a la Iglesia Católica gobernada por un Papa hábil y fuerte. Observó con extraño interés el largo juego entre Enrique VIII y el Papado, que finalizó con la ruptura entre Inglaterra y Roma. Leyó en 1539 un libro del joven Juan Calvino y le escribió una carta de encomio, pero, no presintió que bajo el dominio de Calvino, Ginebra se levantaría a igual altura que Wítemberg. Tuvo noticias de la formación de la compañía de Jesús, pero no supo que detrás de esa compañía estaba un espíritu igual al suyo en intensidad y devoción y superior en habilidad organizadora. Vió la derrota y retirada de los turcos de Viena y tembló junto con toda Europa cuando ésta se libró apenas del dominio de Solimán el Magnífico. Lloró la muerte del Elector Juan, pero se alegró de que su sucesor Juan Federico fuera fiel a la fe protestante. Y durante todo este tiempo perturbado, rara vez fue llamado a asumir una posición directiva. En 1537 viajó hasta Esmalcalda, donde luchó por redactar una confesión de fe que definiera las diferencias entre católicos y protestantes de una manera más vigorosa que la Confesión de Augsburgo. Con él estaban reunidos muchos otros jefes protestantes. Y estaba también el nuncio papal Vergerio, tratando de encontrar fórmulas conciliatorias. Estando allí la salud de Lutero se resintió, en un ataque del mal conocido entonces como de "la piedra" (cálculos hepáticos). Era tan intenso su sufrimiento que pensó que nunca más vería a su mujer y sus hijos, por los que clamaba continuamente. En vista de su estado Juan Federico ordenó que le llevaran a casa y envió recado a Catalina para que saliese de Wítemberg a encontrarle en el camino.

El traqueteo del coche, el del propio Elector, le hacía sufrir tanto, que el primer día no pudieron hacer más de unos tres kilómetros. Afortunadamente esa noche vino el alivio. Tanta era la alegría del mensajero que cabalgó de vuelta a la ciudad con la noticia de la mejoría de Lutero, que se detuvo ante la ventana del legado papal y gritó: "¡Lutero vive!" antes de seguir adelante para llevar la nueva a Juan Federico.

Pero este achaque dejó a Lutero tan inseguro acerca de su vida, que sin esperar a llegar a su hogar, en Gotha, redactó su primer testamento que, empieza en estos términos:

"Dios sea loado. Sé que hice bien en atacar al papado, el cual daña la causa de Dios, Cristo y el Evangelio", y terminaba así: "Ahora encomiendo mi alma en las manos de mi Señor Jesucristo a quien he predicado y confesado en la tierra".

Regresó a Wítemberg para reasumir sus trabajos, pero su vida estaba ahora llena de dolor. Su severo reumatismo, el continuo dolor de cabeza, los periódicos disturbios digestivos, neuritis

en el pecho y una enfermedad en el oído medio que le provocaba vahidos y aturdimiento, le importunaban constantemente.

En 1539 moría el Duque de Sajonia, el más imparcial y a la vez el más devoto de los defensores católicos del norte. Su sucesor era un admirador de Lutero y estaba adherido a la fe protestante. Para asistir a la proclamación del nuevo Duque, Martín Lutero cabalgó desde Wítemberg a Leipzig y una vez más estuvo en la sala del palacio ducal, en el mismo lugar donde veinte años antes se había desarrollado el debate con Juan Eck; pero ahora estaba lleno de una tranquila sensación de victoria. Había venido a proclamar la fe evangélica. Entonces su aparición en Leipzig había sido el preludio de una larga y severa lucha, y aunque esa lucha no había terminado, podía ya ver algunas de sus consecuencias duraderas, y estaba contento de poder agregar Leipzig a su patrimonio.

Pero todo este regocijo fue rápidamente enturbiado cuando Felipe de Hesse buscó el consejo de Lutero sobre el problema de su desgraciado matrimonio. Felipe se había desposado a los diez y nueve años con la hija del Duque Jorge. Nunca habían sido felices. Se repugnaban el uno al otro, y hacía años que no vivían como marido y mujer. Felipe había optado por la solución acostumbrada y mantenía una amante. Pero, a su manera, el trabajo reformista de Lutero y Zuinglio afectó de tal manera su conciencia, que no se sentía cómodo ya acerca de su manera de vivir. Despidió a su amante, pero últimamente se había enamorado de una joven de la corte de Leipzig. La madre rehusaba su consentimiento a menos que Felipe se divorciara o bien obtuviese permiso de los grandes predicadores para efectuar este segundo matrimonio sin la disolución previa del primero. Felipe llevó el problema a Lutero quien estudió el caso junto con Melancthon y Bucero. Los teólogos de Wítemberg se dirigieron a Eisenach y allí se reunieron con los representantes del Landgrave. Felipe expuso su caso con claridad y decisión, pero no dijo que hubiese tenido una amante y Lutero creyó que el caso era más limpio de lo que en realidad era.

El que un hombre tuviese dos esposas al mismo tiempo no era una cuestión terminada para el pensamiento europeo. Ya el cardenal Campeggio había sugerido esta misma solución a Clemente VII en el estudio de la petición de Enrique VIII y Lutero creía firmemente que la Iglesia tenía derechos de dispensación, en casos especiales, para la protección del carácter y la moral. Era esta una práctica de la antigua Iglesia de la cual él no se había apartado, y en consecuencia obró con la seguridad de que los pastores protestantes tenían derecho de autorizar desviaciones de la moral normal. Por ejemplo, la Iglesia había sostenido a menudo que cuando la esposa estaba atacada de lepra o demencia, estaba dentro del campo de la ley moral, que sin abandonarla, se concediera al marido el privilegio de casarse con otra.

Al emitir su opinión sobre el caso Hesse, Lutero, Melancthon y Bucero citaron el Antiguo Testamento, arguyendo que ellos no eran mejores que Abraham, Isaac y todos los patriarcas que habían gozado de este privilegio. Luego citaron el Nuevo Testamento afirmando, con razón, que en él no se prohíbe la bigamia. Sabían que era una ley cristiana aceptada por consentimiento general el que un hombre tuviese una sola esposa, pero este era un caso especial. Todas las partes estaban de acuerdo y en consideración a las exigencias de la vida, y en su derecho de pastores, concedieron a Felipe Hesse el permiso para casarse. Lo hicieron bajo lo que llamaron sigilo de confesionario, obligándose todas las partes a guardar el secreto. El acuerdo estipulaba que si se hacía público el matrimonio, quedaría anulado y revestiría carácter de concubinato. Este fue un error fatal. Era tan imposible mantener este secreto, como cualquiera otra cosa en esa generación, y antes de que pasaran muchos meses Lutero era nuevamente el centro de una tormenta de protestas. Había dado su sanción al quebrantamiento de la ley moral; había desafiado todas las normas aceptadas por la cristiandad. Todos esos ataques los aceptó

como aceptaba toda injuria y defendió su proceder con la misma franca intensidad con que siempre había procedido. Pero el daño era irreparable. Felipe, grandemente perjudicado por los denuestos que sobre él acumulaban los demás príncipes protestantes, no podía ser ya el director del movimiento luterano.

* * *

Entretanto el progreso interior de la Iglesia Luterana continuaba. El mismo Lutero, hombre de piedad profunda se esforzaba por impartir a su gente ese sentimiento. La traducción de la Biblia empezada en el Wartburgo y continuada a través de los desastrosos días de 1530 fue finalmente terminada en 1534. La última edición revisada personalmente por él apareció en 1546. En estas versiones, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, Lutero había luchado tremendamente para escribir en una forma que pudiera ser comprendida por todos los alemanes, y consiguió más de lo que se había propuesto, pues tan poderosa fue la calidad de su trabajo, que prácticamente creó un nuevo idioma alemán. Y dado que la Biblia era leída en ese siglo con ferviente y persistente ansiedad, el estilo y las frases de Lutero quedaron indeleblemente impresos en el léxico germano.

Asimismo fueron puestos en alemán los grandes servicios de la Iglesia Católica en la que Lutero había sido criado. El servicio de la Misa, punto central del culto luterano, fue traducido a la lengua familiar y corriente, encargándose el mismo Lutero de su revisión, y para el culto público produjo una serie de nobles himnos. En los días de encono que siguieron a la Dieta de Worms, el cumplimiento del edicto provocó la muerte de los primeros mártires luteranos en Holanda, el 1° de julio de 1533. Cuando Lutero recibió la noticia de que dos jóvenes habían muerto testificando su plena confianza en la nueva fe, se sintió terriblemente apenado. De buena gana hubiera querido ocupar el lugar de ellos, pero, no siendo ello posible, celebró su confesión escribiendo su primer himno. Es éste una poderosa y militante apelación, que en alemán empieza: "Ein neues Lied wir heben an" (Tenemos una canción nueva). De veras estaban elevando una nueva canción, y Lutero continuó agregando himno tras himno al culto de su iglesia. Son ellos osadas, militantes, confiadas y triunfantes expresiones, que abarcan principalmente la doctrina de la redención, girando libremente alrededor del sacrificio y la sangre de Cristo. Impregnado en los antiguos salmos y su adaptación en los himnos católicos, tradujo también éstos al alemán. El Salmo 130 se convirtió en *Aus tiefer Not schrei ich zu dir*, y el 12, en *Ach Gott, vortz Himmel sieh darein*. Los grandes himnos de la Iglesia Católica pasaron a ser posesión del pueblo alemán. El *Te Deum laudamus* se cantaba como *Herr Gott, dich lobea wir*. Y el *Veni Creator Spiritus* los elevaba en las palabras de *Kom, Gott, Schapfer, heiliger Geist*. Dotado de sensibilidad musical, no sólo dio palabras sino también música a su movimiento. Quizá los más delicados de todos sus himnos sean los que escribió para sus propios hijos, aquellos que surgieron al calor de las veladas hogareñas en las que padre, madre e hijos cantaban juntos. Lutero sintió siempre la dulzura, belleza y sencillez del entendimiento del niño y al acercarse las veladas navideñas llevaba con sus himnos la gran historia de Belén al entendimiento de sus hijos e hijas alemanes.

Para ellos escribió *Del alto cielo vengo, y Allá en un establo, sin cuna ni bien*. Así el muchacho que tan vigorosamente cantara en las calles de Magdeburgo y Eisenach, ahora con una nueva experiencia, cantaba las suaves canciones de la niñez cristiana; el hombre que llevaba su laúd a la importante Dieta de Worms, solazándose en las noches de hostería, ahora componía música en la que vibraba el gozo triunfante de la vida cristiana.

Más de un corazón incapaz de comprender la elevada teología de Melanchthon, encontraba pleno consuelo al cantar los himnos que fluían del alma de Lutero. Y éste a medida

que envejecía, podía oír con los oídos del espíritu a su pueblo alemán marchando a la victoria al ritmo heroico de su música. La potencia de su vida religiosa tuvo plena expresión entre los cantos de cuna de Jesús, y la segura fortaleza de Dios.

* * *

Catalina von Bora, tenía muchísimo que hacer en estos años turbulentos. Administrar una casa sin fondos suficientes ya es bastante tarea, pero ella tenía además muchas cosas a que acudir. El salario de Lutero no era suficiente para sus necesidades, a pesar de que recibía numerosos presentes, entre ellos una pensión del rey de Dinamarca, concedida por los servicios que prestó a la Iglesia. En su casa siempre había huéspedes y visitantes a quienes había que dar alojamiento y comida, Mientras criaba a sus propios hijos Lutero llevó a vivir con ellos, a sus propias expensas, varios sobrinos huérfanos. En el curso de los años un total de once parientes huérfanos hallaron refugio en el hogar de Lutero.

Dos de los sobrinos, Jorge Kaufman y Juan Poiner, les ocasionaron bastantes disgustos. Se tomaban gran libertad en la casa y la ciudad, bebían y alborotaban en grande, de manera que el dedo de la murmuración señalaba al gran tío por las faltas de los sobrinos. Lutero intentó frenarlos explicándoles cómo, con su comportamiento manchaban la noble causa y menoscababan su propia dignidad. Un día le dijo a Juan Poiner:

"Otros hombres, cuando beben, se sienten felices y tiernos, cantan y bromean como hacía mi padre, pero tú te vuelves una furia, Hombres como tú debieran huir de la bebida como de un veneno pues es un veneno mortal para esas naturalezas. El licor es para hombres de mejor carácter".

Pero el mismo Lutero no tenía método en el uso del dinero. Jamás vendió un libro o manuscrito, negándose resueltamente a hacerlo aunque los impresores le ofrecían un buen precio por ellos. Decía que esos eran dones de Dios y que no se vendían. Tampoco recibió nunca dinero por su enseñanza. Después de la ruptura con la Iglesia fue sostenido por una donación del Elector que fue incrementada poco a poco hasta alcanzar un máximo de cuatrocientos gulden anuales. Pero a pesar de esto una vez tuvo que confesar a un amigo que le había pedido dinero, que no tenía y que aun estaban empeñando sus regalos de boda. Lucas Cranach, amigo fiel en la necesidad, le prestaba dinero constantemente. Para el sostenimiento de la familia tenían vacas, una gran huerta y un estanque de peces, Además, unas cuantas millas más allá de Wítemberg, sobre la carretera de Zulsdorf poseían una granja que era manejada asimismo por Catalina.

La intimidad les estaba negada. La tremenda reputación de Lutero y la insaciable curiosidad de sus seguidores los tenían siempre expuestos al público. Pero bajo la tensión y la borrasca de esa vida visible fluía otra tranquila y apacible. Catalina y Martín se amaban más cariñosamente a medida que pasaban los años. Sus conversaciones en casa y su correspondencia revelan un continuo ánimo de broma que posiblemente sólo era un mecanismo defensivo contra la revelación de un afecto muy feliz. Ella nunca perdió su respeto por él, pero nunca le rindió la independencia de su voluntad, y Lutero solía decir riendo, a Melanchthon y otros amigos, que al casarse sólo había cambiado una autoridad por otra. Catalina no se callaba tampoco sus propias opiniones, aun cuando hubiera huéspedes presentes, y Lutero que llamaba a esas tiradas "sermones", le decía a menudo que hubiera querido que hiciera una oración antes del sermón, ¡porque sabía que entonces la oración hubiera sido tan larga que nunca habría llegado al sermón!...

Lutero era especialmente feliz con los hijos pequeños. Constantemente tenía en las faldas al más pequeño, hablándole y jugando con él. Habiendo perdido su primera hijita de pocos meses

vigilaba con ternura el desarrollo de la segunda, Magdalena. A medida que fue creciendo y acercándose más a él, conoció las cumbres del amor paterno. Y cuando, en setiembre de 1542, Magdalena enfermó gravemente, Lutero conoció el más hondo dolor humano. Alguien que estaba con él en esos momentos, escribió:

Mientras su hijita seguía muy enferma, el doctor Lutero dijo: "La quiero muchísimo; pero, Dios mío, si tu voluntad es llevártela, me someto a ti." Entonces le dijo a ella: "Magdalena, hijita querida, ¿te gustaría quedarte aquí con tu padre o irías de buena gana con tu Padre allá en el cielo?" Ella respondió: "Querido padre, como Dios lo quiera." Entonces, él dijo: "Querida mía, el espíritu está dispuesto pero la carne es débil." Luego se retiró, diciendo: "La quiero muchísimo; si mi carne es tan fuerte, ¿qué puede hacer mi espíritu? Dios no ha dado a ningún obispo, en mil años, un presente tan grande como me ha dado a mí con ella. Estoy enojado conmigo mismo de que no pueda regocijarme en mi corazón y estar preparado como debiera." Luego, cuando Magdalena entró en la agonía, su padre cayó de rodillas ante la cama y lloró amargamente, orando a Dios para que la librase. Ella quedó como dormida en los brazos de su padre. Cuando la ponían en el féretro él dijo: "Querida Lena, tú te levantarás y brillarás como una estrella, más que una estrella, como el sol... Soy feliz espiritualmente, pero mi carne está triste y no será consolada; la separación me aflige más allá de toda medida... He enviado una santa al cielo."

Justo Jonás siempre próximo a la mente de Lutero en sus momentos de crisis, recibió esta carta de Martín pocos días después de la muerte de Magdalena:

Creo que ya sabrás que mi querida Magdalena renació en el reino eterno de Cristo, y aunque mi esposa y yo debiéramos dar gracias y regocijarnos ante una peregrinación tan feliz y su bendito fin, con el que ella ha escapado del poder de la carne, el mundo, el turco y el diablo, es tan fuerte el afecto natural, que en nuestro corazón sollozamos y gemimos bajo la presión irresistible del dolor... Ojalá que yo y todos los míos tuviésemos esa muerte o mejor dicho esa vida, pues, como tú sabes, era de naturaleza dulce, dócil y cariñosa.

* * *

La constante presión de veinticinco años de vida pública pesaba sobre Lutero, que se volvía quisquilloso y sensible. Tenía la sensación de que Wítemberg ya no le honraba adecuadamente y que nadie le prestaba atención. Los aldeanos menospreciaban la severa ética de sus predicaciones. A fines de la primavera de 1545, en viaje al pueblo de Zeitz dió vida a esa sensación. Le acompañaba su hijo Juan, y decidió permanecer alejado para siempre de la ciudad que él creía estaba repudiando su dirección. Así envió a Catalina la siguiente carta:

Querida Catalina:

...Me gustaría arreglar las cosas de modo que no tuviese que regresar a Wítemberg. Mi corazón se ha desinteresado de vivir allí, así que quisiera que vendieras el huerto y la granja, la casa y los edificios, excepto la casa grande que desearía devolver a mi bondadoso señor. Lo mejor sería que tú fueses a Zulsdorf, y allí procurases mejorar la propiedad con el salario que confío siga aún dándome, mi bondadoso señor, en este último año de mi vida. Después de mi muerte, los cuatro elementos no permitirán que tú vivas en Wítemberg; así que será mejor para ti hacer durante mi vida, lo que tendrías que hacer después de mi muerte.

Parece como si Wítemberg y su gobierno tuviesen no el baile de San Vito o el baile de San Juan, sino el baile de los mendigos y el baile de Belzebú; las mujeres y las muchachas han empezado a ir desnudas de delante y de atrás y no hay nadie para castigarlas y corregirlas, y la palabra de Dios es escarnecida. ¡Fuera con esta Sodoma!... Pasado mañana voy a Merseburg, a instancias del príncipe Jorge. Viajaré por ahí, y comeré el pan de la caridad antes de martirizar y manchar mis últimos días con la desordenada vida de Wítemberg, donde perdí toda mi amarga y costosa labor. Puedes decirle esto a Melanchthon y a Bugenhagen si quieres, y pedir a este último que dé a Wítemberg mi bendición, ya que no puedo soportar más su ira y desprecio. Dios os bendiga. Amén.

MARTÍN LUTERO.

Wítemberg no iba a permitir que ocurriese esta tragedia y envió a Melanchthon, Bugenhagen, el Burgomaestre y el médico del Elector, para que volvieran a Lutero a su casa. Lo encontraron en Merseburg, le dispensaron los debidos honores y lo llevaron a casa triunfalmente. El ocaso de la vida había llegado ya.

VII INVIERNO

QUERIDO GÉNESIS 1545 - 1546

Era el 10 de noviembre de 1545. En el hogar de los Lutero se celebra un cumpleaños y los viejos amigos venían a festejar al hombre que amaban. Allí estaba Catalina eficiente y cuidadosa como siempre en todos los detalles. Ahora Juanito tenía ya diecinueve años, catorce Martín, doce Pablo y diez Margarita. Las canciones y las risas resonaban por todas las habitaciones, pero el corazón de Martín no se regocijaba como antes. Las enfermedades, agravadas por la edad, se ensañaban en él, y al igual que el extranjero que dama por su patria, él anhelaba la dulce llegada de la muerte. Hubiera deseado paz y tranquilidad en estos últimos años; pero el mundo no habría de dárselas. Ahora con la certidumbre de su próxima muerte vivía como en dos mundos; en éste gustaba cuantos goces le proporcionaban aquellos a quienes amaba, pero en el otro, casi podía sentirse unido a su Señor y Maestro. Su corazón estaba estrechamente unido a los ya idos. Hans y Margarita, sus padres, Isabelita de diez meses de vida, y su amada Magdalena que ya hacía tres años que había partido de su lado.

Su mirada cruzó el cuarto lleno de amigos, buscando a su amada Catalina, ahora más rolliza, más vieja que cuando viniera a vivir a su casa veinte años antes: el tiempo también había hecho con ella de las suyas. Recordó la férrea voluntad con que había conducido a la familia a través de muchas horas difíciles. Vióle las manos ásperas por el trabajo de la granja y del campo y de todo corazón dio gracias a Dios por la vida y el amor que había colocado junto a él. Sus miradas se encontraron y pronto estuvo ella a su lado para tomarle la mano y preguntarle por su más pequeño deseo. Los amigos se retiraron y la noche se cernió sobre los dos. Sesenta y dos años habían pasado desde que un 10 de noviembre se puso el sol sobre Hans Luther y Margarita Ziegler, en Eisleben. ¡Sesenta y dos años! En ese tiempo su hijo había visto cambiar radicalmente los hábitos de siglos. El mundo que le viera nacer, no era el mismo de su sexagésimo segundo aniversario. Él creía haber sido un instrumento en las manos de Dios, siguiendo los dictados de su conciencia a través de todas las circunstancias. Su mente reposaba en la palabra escrita de Dios aunque había sido más bien su propia conciencia quien le había guiado. Dios había sido misericordioso. Mañana terminaría la serie de conferencias que estaba dando y quedaría libre. Así se durmió ese día, cansado y anhelando su ida al hogar.

Su conferencia del día siguiente versó sobre el Libro de Génesis. Sus alumnos le vieron cerrar su cuaderno, levantar lentamente los ojos y decir con calma:

"Este es el querido Génesis; quiera Dios que los que vengan después de mí lo hagan mejor que yo. Me siento débil. Rogad a Dios que me conceda pronto la hora bendita". Y con estas palabras abandonó la sala de clases. Aquella sala alrededor de la cual había detenido los giros del oscilante universo en una hora poderosa.

¡Querido Génesis! Sí, de veras querido. Génesis... "En el principio Dios creó". .. "haya luz"... "Y vio Dios que la luz era buena" "varón y hembra los creó" . "la serpiente".... "entre su simiente y tu simiente"... "Con el sudor de tu rostro"... "para que labrase la tierra de donde fue tomado"...

Pero su carrera no había acabado. En Mansfield, el hogar de su niñez, los condes Alberto y Gebhart, estaban sumidos en enconada disputa y nadie podía resolverla sino Lutero. En medio del frío y la tormenta partió para Mansfield. Allí pasó la Navidad pero su corazón estaba en

Wítemberg, pues su Catalina estaba sola en casa. La salud de Melanchthon se resintió en enero y tuvieron que regresar a casa sin haber podido poner fin a la disputa.

El 23 de enero, a pesar de los ruegos de Catalina, que suplicaba por su salud amenazada por ese cruel invierno, Lutero dejaba nuevamente su hogar. Hacía mucho tiempo que sólo conocía la voz del deber y no podía detenerse a pensar en sí mismo. Con lágrimas en los ojos, presintiendo próxima su muerte se despidió de su "patrona Catalina". Le acompañaron sus tres muchachos, Juan, Martín y, Pablo, y también su amigo Juan Aurifaber. Melanchthon se quedó esta vez en Wítemberg. A los dos días de viaje llegaron a Halle, siendo detenidos por un desbordamiento del río Saale, oportunidad que Lutero aprovechó para dirigir a su querida Catalina una amorosa esquela en la que bromeando le decía que habían sido retenidos por una dama de la secta anabaptista. Su próxima misiva fue escrita en Eisleben y en ella describe las dificultades de la jornada:

Os deseo gracia y paz en Cristo y os envió mi amor. Querida Catalina, estuve flojo en el camino a Eisleben pero fue por culpa mía... Mientras atravesábamos el poblado me sopló un viento tan frío por detrás de la cabeza que atravesaba mi sombrero y parecía que fuese a helarme el cerebro. Esto, seguramente, fue la causa de mi vértigo; pero ahora, gracias a Dios, me encuentro tan bien que incluso soy tentado por bellas mujeres a las que no hago caso, a pesar de lo muy galanteador que soy... Bebo cerveza de Neunburger, que tiene exactamente aquel sabor que tanto alabaras en Mansfield. Me siento bien y actúa como laxante.

Antes de ayer, tus hijitos fueron a Mansfield, después de haber rogado humildemente a Jack-an-ape que los llevase. No sé qué estarán haciendo; si hace mucho frío podrían helarse; pero como hace calor, que hagan o sufran cuanto quieran. Que Dios te bendiga con toda mi familia, y da mis recuerdos a mis compañeros de sobremesa. Tu viejo que te ama,

M. L.

Entretanto en Eisleben continuaban las negociaciones. Lutero deseaba que el problema se resolviera por afecto y con amor fraternal, pero según él decía, los abogados dificultaban este deseo. Su mente, como siempre estaba en Wítemberg, como lo demuestran sus cartas a Melanchthon y a Catalina. Sus hijos estaban en Mansfield con sus parientes. El 14 de febrero escribía de nuevo diciendo:

Gracia y paz en el Señor. Querida Katie, si Dios quiere volveremos esta semana a casa, pues Dios ha mostrado gran indulgencia con los señores, que se han reconciliado en todo, salvo en dos o tres puntos. Falta aún conseguir que los hermanos, el conde Alberto y el conde Gebhard sean hermanos de verdad, cosa que intentaré hoy, y para ello les invitaré a que me visiten y así puedan verse, pues hasta ahora sólo se han insultado el uno al otro por escrito. Pero los señores y señoras jóvenes son felices y hacen fiestas..., reuniones de patinajes y mascaradas, y todos están muy alegres, incluso el hijo del conde Gebhard. Así veremos cómo Dios escucha las oraciones.

Te envió la trucha que me diera la condesa Albert, quien está muy satisfecha con esta unión.

Tus pequeños están todavía en Mansfield, atendidos por Jaime Luther. Aquí comemos y bebemos como grandes señores y nos atienden tan bien que incluso podrían hacerme olvidar de Wítemberg. No me siento molesto p los cálculos del hígado. La pierna de Jonás se ha puesto muy mal, pues está más floja en la tibia, pero Dios le ayudará.

Cuéntales todo esto a Melanchthon, a Bugenhagen y a Cruciger.

Hasta aquí llegó la noticia de que el doctor Lutero había partido para Leipzig o Magdeburgo. Tales cuentos son inventados por los, sabihondos de tus paisanos. Algunos dicen que el emperador está a treinta millas de aquí, en Soest, Westfalia; otros dicen que los franceses y el langrave de Hesse están reclutando tropas. Déjales decir y cantar, mientras nosotros esperamos en Dios. Que El te bendiga.

DR. MARTÍN LUTERO.

Tres días después los condes firmaron un acuerdo que terminaba la cuestión. La labor de Lutero estaba cumplida. Sus hijos volvieron de Mansfield y se hicieron los preparativos para el regreso, pero Lutero estaba enfermo, presa de una languidez que ya no había de abandonarle. Sentía una opresión en el pecho, alrededor del corazón y aunque algo le aliviaron unas compresas calientes y un brandy caliente, no consiguió descansar tranquilo, por lo que, a las dos de la madrugada del día 18, después de despertar a sus amigos, se abatió sobre un canapé. El fiel Justo Jonás estaba allí; el pastor de Mansfield, Coelius había acudido. Una de las condesas de Mansfield, que también paraba en la posada vino a la habitación. Martín y Pablo estaban junto al lecho de su padre. Faltaba Juan.

La agonía aumentaba. Un terrible dolor le desgarraba, pero estaba acostumbrado al dolor y esto no le alarmaba. Llamó a Jonás y a Coelius para rogar por "el Señor Dios y su Iglesia Evangélica, porque el Concilio de Trento y el Papa están airados contra él". Después la gran batalla con esa iglesia visible se esfumó de su mente, y se oyeron en sus labios las benditas frases de la Escritura. Tres veces repitió: "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna". Después sus hijos le oyeron susurrar: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

El dolor no se calmaba. Ahora oía la voz de Justo Jonás como si viniera de muy lejos:

"Querido padre, ¿se mantiene usted con Cristo y la doctrina que ha predicado?" Tiempo y espacio se borraron y en una clara visión abarcó toda su vida. ¿Qué estaba diciendo Jonás?

—Mantenerse!

¡Cristo y la doctrina!

¡En la hora de la muerte!

Su fuerte voluntad detuvo por un momento el golpe final mientras contestaba:

"Sí".

En el momento final, con sincera fe, sus vacilantes sentidos susurraron el glorioso mensaje:

"El que... tiene... mi palabra ... no ... verá ... la muerte..." Luego la oscuridad.

* * *

Wítemberg durmió intranquila aquella noche.

* * *

En Eisleben vino al mundo y en Eisleben murió, pero ahora viajaba por la querida carretera que conducía a Wítemberg.

* * *

El 22 de febrero recibía sepultura en la Iglesia Catedral. Melanchthon predicó el sermón de despedida.

* * *

Aquella noche Catalina congregó a sus hijos a su alrededor en el "Claustro Negro".

* * *

De Catalina Lutero a Cristina Von Bora:
Wítemberg, abril 2 de 1546.

Gracia y paz en Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Amable y querida hermana. Fácilmente puedo creer que tienes una sentida simpatía por mí y mis pobres hijos. ¡Quién no iba a estar afligido y sentir a un hombre tan noble como lo fuera mi querido señor, quien sirvió en mucho, no sólo a una ciudad o a un país, sino al mundo entero! En verdad estoy tan afligida que a nadie puedo confiar la pena de mi corazón, ni siquiera puedo dormir. Si hubiese tenido un principado a un imperio, no me hubiese costado tanto dolor perderlos como tengo ahora, que nuestro Señor Dios ha arrebatado, no sólo a mí sino al mundo entero, a este hombre querido y precioso.

¡Este hombre querido y precioso!

VIII VUELVE LA PRIMAVERA

EL ESPIRITU VIVIENTE 1546 - 1933

Lutero puso en movimiento una fuerza tan poderosa, que mucho antes de su muerte física había ya salido de los límites que él abarcara, para abrirse camino por sobre la faz de la tierra. El mundo pues no iba a permitirle descansar.

Un año después de la muerte de Lutero, en 1547, el Emperador entraba victorioso en Wítemberg a la cabeza de un ejército. Huyendo de la proximidad del Emperador, Catalina se cayó de su carreta, en uno de los ásperos caminos de Wítemberg, recibiendo heridas y una conmoción de las cuales ya no habría de recobrase más.

En la Iglesia del Castillo, Carlos se detuvo ante la tumba de Lutero. Habían transcurrido veintiséis años desde que ambos se enfrentaron en Worms: entonces el fuerte y violento agustino no había impresionado mucho al Emperador, pero ahora éste veía a la mitad de su Imperio dominado por el alto ideal del monje. Una última voz medieval le sugirió allí que desenterrase y aventase las cenizas del hereje, en la misma forma que se había hecho con las de Wyclif; pero Carlos antepuso su honor a tal acción y se cuenta que dijo:

"Yo hago la guerra a los vivos, no a los muertos".

Ciertamente que el espíritu de Lutero seguía vivo y la lucha continuaba. Hombres poseídos por su visión proseguían la batalla por su libertad. El se había sublevado con vehemencia contra el abuso dentro de un sistema, pero los defensores de tal abuso, al negarse a considerar la corrección pedida, habían sido la causa de que el ataque se desviara contra la Institución en sí. Lutero entendía que el abuso estaba dentro de la fase Romanista, no del sistema, no de la fase católica pero las gentes estaban demasiado acostumbradas a someterse a la autoridad romanista para que pudieran seguir con facilidad esta nueva dirección.

El creciente espíritu nacionalista salió en defensa de Lutero cuando éste atacó el poder de Roma; sin embargo Lutero en ningún sentido era realmente nacionalista. Antes hubiese entregado a toda Alemania, que ver al Estado crear una Iglesia alemana que no fuese católico-cristiana con el énfasis evangélico necesario. Pero la aparición coincidente de un fuerte sentimiento nacionalista, en el norte de Alemania, opuesto a Roma, prestó a Lutero el apoyo temporal que necesitaba. Recordemos que Hus había muerto en Constanza un siglo antes precisamente por faltarle ese apoyo temporal.

Quede bien claro que este apoyo nacional no era inherente al evangelio, pues una Iglesia del estado que dicte el pensamiento de sus feligreses en conjunto o individualmente, no tiene cabida en la doctrina de Lutero. El se hubiese opuesto con tanta firmeza a Hitler como a Lenin.

Sin embargo, tanto los partidarios de Lutero como sus adversarios adoptaban los organismos políticos que eran comunes, para realizar la tarea que tenían entre manos. La contradicción real entre los conceptos romanistas y luteranos del catolicismo se dirimió en la lucha política. La guerra y los conflictos se desencadenaron sobre la Europa Central por demasiado tiempo, con una suerte de terrible necesidad. La cuestión puramente religiosa en sí pronto se olvidó, y la lucha se convirtió en dinástica, nacionalista, económica y religiosa —todo revuelto.

La desdichada tentativa de paz de Augsburgo en 1555, fue un breve momento de respiro. Las partes beligerantes acordaron que el príncipe de cada división política decidiera la religión a

seguir por sus súbditos y que en el caso de no estar éstos de acuerdo, podrían trasladarse a otra provincia que gozara de la religión de su preferencia. Esta libertad constituía un adelanto sobre el sistema del mundo católico-romano que sólo permitía el traslado al otro mundo, por medio de la hoguera, en caso de que se estuviese en desacuerdo con el dogma de Roma.

Con el necesario e inevitable derrumbamiento del mundo medieval los acontecimientos se sucedieron rápidamente. Lutero podía reclamar como seguidores suyos a Escocia, Dinamarca, Escandinavia, el norte de Alemania, el norte de Suiza, las unidades protestantes de Francia y de los Países Bajos (Hugonotes) y grupos más pequeños en Inglaterra. Inglaterra misma no le pertenecía, puesto que Enrique VIII no tuvo, como no la tuvo Tomás More, la misma visión que Lutero del problema religioso. Por un tiempo, bajo Eduardo VI pareció que Lutero podía ganar a la nación para su ideal; también pareció por un tiempo que bajo el poder de la reina María, Roma se consolidaría en la nación, pero bajo Enrique e Isabel, la rebelión fue dinástica y nacional.

Ulrico Zuinglio, en Suiza, se independiza de Wítemberg en lo que concierne al pensamiento y a la práctica, pero no en cuanto a la libertad de Roma. Esa victoria pertenece exclusivamente a Lutero. Juan Calvino, dirigente francés, acepta la fe evangélica bajo la influencia directa de un profesor alemán de Nuevo Testamento griego, que simpatizaba con el movimiento de Wítemberg. Calvino se dedicó después a combinar sus dotes naturales de claridad, precisión, humildad y voluntad indomable, con la autoridad bíblica de los luteranos, para la construcción de la extraordinaria teología puritana.

Y a los pies de Calvino conoció Juan Knox, dirigente de Escocia, la fuerza interior de la fe evangélica independiente. Entonces, en Edimburgo echó los cimientos de la severa y espléndida piedad presbiteriana.

Pero todos esos movimientos, junto con los mismos luteranos, pronto se alejaron de lo que había sido la fuerza de Martín Lutero. Formularon definiciones de fe y normas doctrinales tan estrictas y severas que pronto habían renegado de la antigua libertad cristiana. Tratando de formar la vida interior a fuerza de catecismos y credos, según la costumbre de la época en que vivían, pretendieron en vano detener el espíritu cambiante del tiempo, pues con el correr de los años el ideal del gran Sajón ha agujoneado periódicamente a su pueblo con fuerza creciente. Pietistas y Moavos lo han mantenido un tiempo y a través de los Wesley y Whitefield, el pueblo común de Inglaterra volvió a oír la voz de Lutero. Sus comentarios sobre Romanos y Gálatas acunaron el movimiento wesleyano.

¿Y qué de su gran enemigo? La Iglesia Romana cuyo catolicismo histórico era el centro y el alma de la vida de Lutero debiera contarle entre sus santos, ya que en la hora en que los dirigentes de la Iglesia estaban perdiendo todo lo que el catolicismo considera sagrado, él fue su campeón. Entre Julio II, León X y Clemente VII agentes indignos de una fe santa, habían llevado la autoridad de la Iglesia al borde de la ruina. El Cardenal Cayetano en Augsburgo, Juan Eck en Leipzig, el Cardenal Arzobispo de Maguncia y Aleandro en Worms, todos prefirieron sacrificar a Dios y al alma humana en beneficio del poderío romanista. Lutero luchó en defensa de la fe católica, siguiendo los dictados de su honestidad espiritual, contra el amo más severo conocido por los hombres, y aún contrariando su verdadera voluntad católica. Y la Iglesia romanista actual está en gran parte construida sobre los resultados de esa magnífica campaña que le ocupó hasta el fin de sus días.

Dentro de la misma Iglesia surgió el poder para la reconstrucción. Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús tomaron la dirección. Pero el grandioso Loyola hubiese tenido el fin que tiene la paloma en poder de la serpiente, igual que Francisco de Asís, hubiese sido excomulgado y proscrito como lo fuera Lutero en Worms, y quemado como Savonarola en Florencia, si el monje

del norte no hubiese destruido al papado renacentista. Con todo, aun Ignacio supo lo que significaba enfrentarse con la Inquisición y temer por la recuperación de la Iglesia.

¿Qué pediremos para la grandeza de Lutero?

Sería insensato decir que él fue el primer hombre "moderno", o pretender que el mundo moderno se inició con la Dieta de Worms en 1521. No es posible tal cosa habiendo hombres como Abelardo, Giotto, Petrarca, Hus, Colet, Erasmo, Colón, Copérnico, Da Vinci y un centenar de otros hombres de envergadura semejante que existieron entre los siglos XIII y XIV.

Y no menos insensato sería, pretender para él la consumación del pensamiento cristiano, si no es posible hacerlo con Pablo, Agustín, Bernardo, Tomás de Aquino, Calvino, Edwards, Newman, Phillip Brooks, Jorge A. Gordon y tantas otras mentes que nos revelan el manantial de la inagotable Palabra.

El no puede proporcionarnos dirección en todas las cosas. No podemos vivir en su universo físico; ese mundo en que él nació y trabajó ya ha desaparecido. El estaba estudiando las Epístolas de San Pablo cuando se cartografiaban las Américas; las Américas hoy están cartografiadas, pero las cartas de Pablo necesitan todavía estudio ...

Diablos, brujas, y todo el mundo de la superstición que constituían su ambiente natural son hoy cosas claras para nosotros, aunque los demonios que a él le preocupaban, los del carácter, subsistan todavía. Allá en el Wartburgo queda la prueba de que arrojó un tintero contra un diablo imaginario. ¿Hemos de olvidar por eso que fue de ese estudio de donde salió la traducción del Nuevo Testamento, un servicio que señala una época en la creación de un idioma?

Creendo que la filosofía nos aleja de los senderos de la Escritura y la bendita oración, le enfurecía cualquier tentativa de asentar la teología en la filosofía o la razón. No fue un fundamentalista en el sentido moderno del término. La Biblia era para él la eternamente veraz y gloriosa Palabra de Dios, pero ejercía una soberana libertad en su interpretación. Fiel católico también en esto, pues la madre Iglesia no permitía que la interpretación saliese de manos del ministro.

No fue tampoco humanista. Nuestra actual interpretación, que ignorando la historia aúna el humanismo y el ateísmo, no entiende el humanismo teísta de Erasmo y sus contemporáneos. Pero Lutero rehusó su asentimiento aun a esa posición, que implica confianza en el pensamiento y el juicio humanos. La gracia omnicreadora, omnisustentadora y misericordiosa de Dios, excluye toda base humanista de la teología.

En todos los terrenos de lo TEMPORAL, Lutero es un hombre de su época. Rudo, fuerte, turbulento, sabía que él y sus alemanes eran iletrados e incultos. Pero también sabía de las dulzuras de la amistad y el afecto, de la fuerte atracción de las colinas y los valles, del ansiado solaz de la música. Compartía plenamente los odios, los prejuicios, los conocimientos, las filosofías, los hábitos y los placeres de la Sajonia del siglo XV.

Pero en la esfera de lo ETERNO, vivió como hombre libre. Trascendió todas las restricciones de la época y la costumbre. Conocía a los profetas hebreos, los primeros evangelistas de la Iglesia, los mártires, los obispos y los santos de la historia cristiana. Luchó con la ley moral y llegó a entender el primer gran principio de toda ética: que el objetivo es el hombre y no la ley. Su vida interior vibró con el ritmo de los Salmos y conoció el clamor de media noche del salmista. Centralizó toda su vida, y pensamiento alrededor del Señor de la esperanza cristiana. El relato de la vida humana de Jesús era el fundamento de su fe, y la "humanidad de Cristo" era una clave de toda su teología.

Si hoy nos fuera dado escuchar de nuevo la voz de Martín Lutero, oiríamos la antigua exhortación del corazón creyente, a sostener por fe la verdad de la vida histórica de Jesús, a

proseguir por fe, de ésta a sus elevadas implicaciones acerca del carácter de Dios, y a vivir por fe en la bienaventurada comunión de la eterna Ciudad de Dios.

Le hemos visto desarrollar normalmente sus fuerzas dentro de la Iglesia; le hemos observado conquistar la heroica fe personal de la experiencia cristiana; hemos estado presentes cuando, en la sala de clases, en el confesionario o en el púlpito, alimentaba a las ovejas de su rebaño; le hemos visto combatir por el honor de la fe y la pureza de la vida cristiana a través de una larga y oscura noche; le hemos conocido tranquilo e imperturbable en su paz interior, como los mártires de los primeros tiempos, ante los gobernadores de este reino temporal, afirmando la suficiencia de su fe; hemos andado con él a lo largo de los años que siguieron al entusiasmo y las aclamaciones; hemos oído sus canciones de cuna de encantadora belleza cristiana; y le hemos visto morir, sin que flaqueara su corazón — ¿no es bastante para nuestra humana condición?

No es dada a los hombres la validez eterna. Con todo, en un mundo de rápidas transformaciones, él buscó la antigua verdad y se afirmó a ella.

RECONOCIMIENTOS

Este libro está destinado al gran público. En inglés se dispone de estudios exhaustivos sobre Martín Lutero, en la obra de Preserved Smith y James MacKinnon. Estoy especialmente reconocido al primero por su permiso para utilizar sus traducciones registradas de cartas y discursos de Lutero, que deben ser consideradas como clásicas para los estudios sobre Lutero en América.

Mi obra debe mucho, desde luego, a los escritos anteriores, especialmente a los estudios de Philip Schaff y Tomás Lindsay², en inglés, y de Otto Scheel, en alemán. En el estudio de la vida monástica y de la época nos hemos guiado por la obra católica de Heinrich Denifle. Hemos utilizado también la edición de Weimar de las Obras de Lutero. La inmensa cantidad de materiales contenidos en estos volúmenes no debieran desalentarnos del estudio, y cada generación debiera hacer su propio aporte a la biografía de este hombre cumbre. Pocos documentos son más ricos y vigorosos como exponentes de la cualidad elemental de la vida, que las Charlas de sobremesa de Martín Lutero. Es mi esperanza que muchos lectores de este libro se dedican a leer esa obra fascinante³.

Finalmente, esta obra se presenta con la esperanza y la convicción de que el estudio humano de nuestros antiguos adalides puede ayudarnos a entendernos mejor a nosotros mismos.

Islington, Massachusetts,
10 de noviembre de 1933.

**SE FINALIZÓ EL PROCESO DE DIGITALIZACIÓN POR
ANDRES SAN MARTÍN ARRIZAGA, 18 DE FEBRERO DE 2015.**

www.escriturayverdad.cl

² Véase en castellano, Historia de la Reforma, por Tomás Lindsay. Editorial La Aurora, Bs. Aires, 1949.

³ Lamentablemente, no hay todavía una traducción castellana.